

COMBATIERON POR LA PATRIA

Mijaíl Shólojov



La presente edición se corresponde con:

Editorial Bruguera, Barcelona 1974.

Ha estado digitalizada por: Koba.

Antes del alba, sobre la amplia pradera, soplaban desde el Sur un denso y tibio viento primaveral.

Los charcos de nieve derretida, endurecidos por la helada nocturna, rezumaban por los caminos. La última nieve esponjosa, congelada, empezaba a desmoronarse en los barrancos, produciendo su característico chasquido. Por el oscuro cielo, negros nubarrones se dirigían hacia el Norte, inclinados a merced del viento en capas a ras de tierra. Un intenso sonido de alas hendiendo el aire húmedo, en profusa algarabía, precedía al movimiento pausado y solemne de innumerables bandadas de gansos y patos salvajes, en su ruta hacia los lugares en donde anidaban desde antaño, esperando a medio camino del calor.

Ya mucho antes de la salida del sol, Nikolái Streltsov, agrónomo jefe de la estación de máquinas y tractores de Chernoyarsk, se había despertado. Las contraventanas chirriaban lastimeramente. El viento silbaba en la chimenea. Una plancha de hierro mal clavada golpeaba en el tejado.

Streltsov permaneció Aún largo tiempo acostado boca arriba, con las manos debajo de la cabeza; sin pensar en nada, miraba distraídamente la penumbra azulada del amanecer. Prestaba atención a las ráfagas de viento que golpeaban contra la pared de su casa, al mismo tiempo que oía la respiración infantilmente tranquila de su esposa, que dormía a su lado.

Al cabo de un rato, la menuda lluvia empezó a golpear el tejado, escuchándose el entrecortado gorgoteo del agua al discurrir por el canalón, antes de caer, blanda y pesadamente, sobre la tierra.

No pudo conciliar de nuevo el sueño. Así pues, se levantó y, pisando cautelosamente y descalzo las crujientes tablas del suelo, se acercó a la mesa. Después de encender la lámpara, se sentó a fumar un cigarrillo. El mal unido entarimado dejaba pasar un intenso frío por sus rendijas. Streltsov encogió sus zancudas piernas, adoptando una postura más cómoda, y se puso a escuchar la lluvia, que caía cada vez con mayor intensidad.

«¡Qué bien! Todavía habrá más agua», pensó Streltsov alegremente, y en seguida decidió que por la mañana iría al campo. Quería contemplar el trigo de otoño del koljós Camino al Comunismo, y de paso echar un vistazo a las labores.

Terminado el cigarrillo, se vistió, calzó las botas de agua y se puso el impermeable, pero no logró encontrar la gorra por parte alguna. La buscó durante un buen rato en el recibidor medio oscuro, en el perchero, detrás del armario y debajo de la mesa. Al pasar por el dormitorio, se detuvo unos instantes. Olga seguía durmiendo con el rostro vuelto hacia la pared. Sus desordenados cabellos, casi rubios, con un levisimo tono rojizo, se esparcían sobre la almohada. La blanquísima hombrera de su camión, que casi le rozaba un oscuro lunar, moldeaba perfectamente su hombro lleno y bronceado.

«No oye la lluvia, ni el viento... Duerme como si tuviera la conciencia completamente tranquila», pensó Streltsov, mirando con una mezcla de amor y de odio el perfil sombreado de su esposa.

Permaneció todavía un rato junto a la cama, y cerró los ojos. En su mente resucitaban -con un sordo dolor en el corazón- los incoherentes y quizá poco vivos recuerdos de un pasado feliz, no muy lejano. Sintió con todo su ser que, lenta, serena e incontinentemente, le abandonaba esa alegría causada por la lluvia del amanecer y el viento impetuoso que rompía el marasmo del invierno, en el umbral del difícil y enervante trabajo de los campos del koljós...

Streltsov salió al exterior sin su gorra. Peto no reaccionó como antaño ante el batir de las alas por el cielo pizarroso, ni turbó con la misma intensidad al cazador apasionado de otros tiempos el grito seductor de la bandada de patos en la invisible lejanía. Algo se había envenenado en su conciencia durante aquel instante en que había mirado el rostro familiar, y a la vez extraño, de su mujer. A Streltsov le parecía nuevo y distinto todo cuanto le rodeaba; diferente aquel mundo inexplicable, ilimitado, que despertaba a nuevas realizaciones de la vida.

Arreciaba la lluvia. Caía menuda y de través y, al igual que en verano, empapaba con presteza la tierra, a la que daba de beber generosamente. Streltsov, con, su cabeza descubierta a la lluvia y al viento, aspiraba continuamente con la inútil esperanza de captar el olor del humus, de la enfriada tierra inanimada. Incluso la primera lluvia después del invierno, inexorable e incolora, carecía de aquel aroma casi imperceptible de las lluvias primaverales. Cuando menos, así se lo parecía a Streltsov.

Se cubrió la cabeza con el capuchón del impermeable, y se dirigió a la cuadra para echar heno al caballo. «Voronok», ya desde lejos, olfateó la presencia de su amo. Relinchó quedamente, movió inquieto las patas traseras e hizo resonar las herraduras sobre el suelo de madera.

El ambiente de la cuadra era cálido y seco; olía a remoto verano, al heno almacenado de la estepa, a sudor de caballo. Streltsov echó heno en el pesebre y se quitó el capuchón.

El caballo se aburría solo en aquella cuadra oscura. Husmeó de mala gana el heno, relinchó y se dirigió hacia su dueño, rozando suavemente con sus sedosos bellos la piel de su mejilla, pero al tropezar con el tosco bigote, lanzó involuntariamente un bufido, echándole a la cara una bocanada de aire con heno masticado y, jugueteón, se puso a mordisquear la manga del impermeable. Cuando Streltsov se hallaba de buen humor, le agradaban sus mimos y hasta charlaba con él. Pero ahora no tenía ánimo para eso. Empujó bruscamente al animal y se dirigió a la salida.

Sin parecer querer darse cuenta del mal humor de su amo, «Voronok», retozón, le cerró el paso con la grupa. De improviso, Streltsov descargó su puño sobre el lomo del animal, a la vez que le gritó con voz ronca:

-¿De modo que tienes ganas de jugar? ¡Vete al diablo!

«Voronok» tembló, y reculando, con un movimiento nervioso de sus patas, se pegó a la pared. Streltsov se sintió de pronto avergonzado por su injustificada falta de dominio. Descolgó el farol que pendía de un clavo y, sin apagarlo, lo depositó en el suelo. Luego se sentó sobre la silla de montar, que estaba junto a la puerta, y se puso a fumar. Poco después, dijo en voz baja:

-Bueno, hermano, perdona; ¡como si sucedieran pocas cosas en la vida!

«Voronok» torció bruscamente el cuello, giró el ojo violáceo y brillante, y, después de contemplar a su melancólico amo allí sentado, se puso a masticar con desgana el heno crujiente.

En la cuadra se percibía un triste olor a hierbas marchitas de la estepa. La densa lluvia, que parecía otoñal, caía sobre el tejado de juncos. Alboreaba un gris y turbio amanecer... Streltsov permaneció mucho rato sentado con la cabeza baja y los codos pesadamente apoyados sobre las rodillas. No tenía ganas de ir a la casa, donde dormía la mujer; no quería ver su cabellera rubia, ligeramente rizada, esparcida sobre la almohada, ni aquel lunar redondo, tan conocido, en el hombro moreno. Tal vez aquí, en la cuadra, estuviera mejor, más tranquilo...

Cuando abrió la puerta casi había amanecido ya por completo. Sobre los álamos se esparcían sucios bancos de niebla, una niebla grisácea en la que se hallaban inmersos los edificios de la estación de máquinas y tractores, y la granja, a lo lejos, apenas era visible. Las ramas de la blanca acacia, quemadas por el hielo, temblaban a merced del viento. De pronto, y desde más allá del azul de las nubes, resonó, en medio del silencio del amanecer, el grito de las grullas. A Streltsov se le oprimió aún más el corazón. Se levantó rápidamente, y durante mucho rato aguzó el oído para escuchar los gritos de la bandada de grullas; luego, como a través de un sueño, se dijo:

-¡No, no puedo más! Tengo que aclarar las cosas con Olga, hasta el final... ¡Ya no puedo más! ¡No tengo más fuerzas!

Así, sin alegría, empezó el primer día verdaderamente primaveral para Nikolái Streltsov, angustiado por la tristeza y los celos. Y aquel mismo día, cuando salió el sol, despuntó la primera brizna de hierba en la colina arcillosa, junto a la casa de Streltsov. Su aguda punta verde pálido asomaba ya a través del entramado de otoñales hojas de arce traídas por el viento desde algún lugar lejano, cuando la doblegó el excesivo peso de una gota de lluvia. Pero pronto, una ráfaga de viento procedente del Sur, y a ras de tierra, impulsó aquellas hojas muertas convirtiéndolas en húmedo polvo, mientras la trémula gota de lluvia rodaba por tierra. En seguida, aquella puntita de hierba se irguió y enderezó, imperceptible y solitaria en la grandeza de la tierra, tendiéndose ávida y tenazmente hacia el sol, eterna fuente de vida.

Junto a un montón de paja donde el suelo no se había deshecho todavía, el tractor de la fábrica de Chernoyarsk giró bruscamente, despidiendo gran cantidad de virutas heladas mezcladas con barro líquido y paja, mientras los elementos de la cadena izquierda se dirigían rápidamente al cerco. Apenas se había introducido, cuando, con un brusco movimiento, se hundió por la parte trasera. Cada tentativa por salir le hundía todavía más en el agua sucia del estiércol, hasta que se detuvo. Un humo azul envolvió todo el vehículo como una nube ondulada que se extendió por el pardo rastrojo. El motor se puso en marcha con pocas revoluciones, y al fin se paró.

El tractorista se dirigió a pie al barracón de la brigada de tractores; le costaba trabajo levantar los pies del barro, y mientras caminaba dificultosamente, se limpiaba las manos con estopa.

-Te lo dije, Iván Stepanovich, no era preciso empezar hoy. Ahí tienes el resultado: ahora se ha hundido el tractor. ¿Quién diablos lo sacará de ahí? Tendrán que trabajar hasta la noche para desenterrado -decía Streltsov, irritado, mientras jugueteaba con su negro bigote. Sin ocultar su enojo, miraba el rostro encendido y rollizo del director de la estación de máquinas y tractores.

El director no hizo otra cosa que responder con un gesto de amargura. Ya cerca del barracón, dirigió su mirada bondadosa hacia Streltsov, y, ladeando la cabeza, dijo:

-Vamos, no te enojés. No hay que enfadarse por tonterías. Ni se hundirá tu tractor, ni le pasará nada malo. Los muchachos lo habrán sacado antes del anochecer, y mañana volveremos a probar. El esfuerzo no ha sido inútil. Es necesario empezar alguna vez, ¿o es qué vamos a esperar hasta la sequía?... ¿Has estado en los cultivos de otoño?

-Hará unos cinco días.

-¿Y qué?

-Nada de particular; han soportado los fríos del invierno. Allá abajo, junto al barranco de Golog, se ha inundado una parcela.

-¿Muy grande?

-No, poca cosa, apenas dos hectáreas. Pero habrá que volver a sembrar. Ahora me acercaré otra vez por allí a echar una ojeada. ¡Y no se te ocurra volver a labrado todo el mismo día! Sé que eres un hombre obstinado, pero esta cualidad tuya no hará que la tierra se seque antes. Yo, en tu lugar, hubiera llevado dos tractores a Stalinets. Ya sabes que allí el terreno es arenoso y se puede arar.

El director, asustado, agitó las manos.

-Y el ganado, ¿qué? ¿Y el consumo de combustible? ¡Más vale que no me hables de esto! ¡Vaya una broma, enviar tractores a doce kilómetros por un par de días! ¡Me comerían vivo en el comité regional! ¡Dirían que no he sabido distribuir las fuerzas! Me llenarían la cabeza y me apabullarían. No, ni una palabra más sobre ese traslado.

-Entonces, según tú, ¿es mejor que los tractores permanezcan inactivos?

El director frunció el ceño, mientras agitaba silenciosamente la mano, como dando por terminada la conversación. No quería seguir escuchando los argumentos esgrimidos por Streltsov, y aceleró su paso. Pero éste logró alcanzarle y le preguntó:

-¿Por qué callas? El silencio no es un argumento a tu favor.

-Ya está dicho todo, y no discutamos más, aquí en el equipo.

-Está bien. Discutamos, pues, como dices, en otro lugar.

-¿Dónde, por ejemplo?

-En el comité regional.

Rara era la ocasión en la que el director no se mostraba, afable. En esta ocasión, soltó una carcajada y, golpeando el hombro de Streltsov con su manaza, exclamó:

-¡Ah, qué fogoso eres, agrónomo Nikolái! ¿Sabes adónde llegan los hombres impetuosos como tu? ¡Casi nada! Intenta decir algo en el comité regional y te verás en un gran apuro. Te acusaré de sustituirme ilegalmente y de inmiscuirte en mis funciones administrativas. ¿Qué te parece?

La inagotable bondad del complaciente Iván Stepanovich desarmaba siempre al impetuoso Streltsov. Sin bromear, pero ya mucho más calmado dijo:

No me inmiscuyo, sino que aconsejo...

Pero él director le interrumpió:

-Sobre todo, no te exaltes. Las emociones pueden ser perjudiciales para tu débil constitución.

Sin embargo, al advertir que Streltsov se enfadaba, abandonó su tono jovial y empezó a hablar como un hombre de negocios.

-¡Al diablo! Tal vez tengas razón. Lo pensaré, lo hablaré en el equipo y, si la cosa lo merece, entonces, durante la noche, trasladaremos los tractores a Stalinets. Indudablemente, allí se puede empezar. Pero yo pensaba que Romanenko podría arreglárselas él solo. Habría que llamarle, para saber si ya se ha puesto a arar o si aún no se ha decidido.

Y dirigiéndose al tractorista que se acercaba, movió la cabeza con aire de reproche, diciendo:

-¡Ay, Fiódor, Fiódor! ¿Cómo lo has hecho para hundir el tractor? Y, para colmo, serviste en tanques y te distinguieron cuando eras soldado...

El tractorista Fiódor Beliavin era llamado por sus compañeros -no sin malicia- Escarabajo Negro. Llevaba zapatos negros, pantalón negro de algodón y una prenda del mismo estilo, como abrigo, echada sobre los hombros; una gorra negra de cuero con orejeras, por debajo de la cual salía un mechón negro, y su rostro estaba tiznado con manchas de gasolina imposibles de lavar, todo lo cual justificaba sobradamente el apodo con que le designaban.

Guiñando burlonamente los ojos, hizo centellear el azul de sus pupilas y el blanco azulado de sus dientes, y respondió:

-¡Fue por tu culpa, Iván Stepanovich, que se hundió! Todos te lo dijimos: el brigada, el agrónomo y todos los tractoristas, que no pasaría. Es inútil discutir contigo. Todos estamos unidos en lo mismo. Y ahora contéplalo, si quieres, pero ayúdanos a sacarlo. Tienes fuerzas suficientes para ello. Tu aspecto es tan

lozano como el de la fábrica de tractores de Chernoyarsk. ¡Bien te has cuidado durante el invierno!

- ¡Ya estás otra vez lloriqueando! -exclamó el director, sin inmutarse y en un tono ligeramente despectivo-. ¡Vaya! Ya se te saltaron las lágrimas, y los muchachos te consideran un héroe. En mi opinión están equivocados... Vayamos a ver lo que has hecho.

Ambos se encaminaron hacia el tractor. El brigada iba también al mismo lugar con dos tractoristas. Streltsov, de mala gana, fue hacia el barracón junto al cual se hallaba atado «Voronok». No quería marcharse del equipo, donde respiraba con más libertad. En el trabajo y entre la gente, le resultaba más fácil soportar la desgracia que le había venido encima. Pero también debía echar una ojeada a las labores en las afueras de los koljoses. Caminaba lentamente sobre la marchita y aplastada hierba; miraba sus pies, tratando de alejar nuevamente el pensamiento de su mujer y de sus relaciones con el profesor Ovrazhin, de cuanto en los últimos tiempos le oprimía el corazón, como un peso amargo y vergonzoso que no le abandonaba ni de día ni de noche y le estorbaba "realmente para vivir y trabajar.

-¡Quédese a almorzar con nosotros, camarada Streltsov! He preparado unas gachas como no las ha probado usted en su vida -exclamó Marfa, la cocinera del equipo, cuando Streltsov, con la cabeza tristemente, inclinada, pasaba junto a la cocina de campaña, instalada cerca del barracón por las hábiles manos de uno de los tractoristas, avezado en aquellas lides.

Streltsov asintió agradecido con la cabeza, y, aun sin querer, le dirigió una sonrisa.

-Bueno, sírveme, Marfa, ya que no regresaré a casa hasta la noche.

Se sentó en uno de los peldaños del barracón, tomó de manos de la cocinera la escudilla con las gachas, y sólo entonces recordó que no había probado botado desde la mañana del día anterior. Tras haber saboreado unas cuantas cucharadas de aquellas gachas, colocó la escudilla en el suelo y, una vez más en aquella mañana, extrajo, de su vieja pitillera de cuero, un cigarrillo arrugado...

2

En el, cielo azul, cegadoramente azul, ardiente por el fuego del sol de julio, unas nubes increíblemente blancas van diseminándose y separándose al vaivén del viento. En el camino destacan claramente las huellas de los tanques en el polvo gris, cruzadas por las de los automóviles. A ambos lados, la estepa parece muerta por el calor agobiante; las hierbas, extenuadas, se hallan caídas, los terrenos salinos brillan inertes con pálido resplandor, la niebla es azul y trémula, poco densa, sobre los lejanos túmulos. Todo es tan silencioso en torno, que desde lejos puede escucharse el ronco grito del topo, y en el aire caliente vibra durante bastante rato el zumbido de las alas del saltamontes que vuela de un lado a otro.

Nikolái iba en las primeras filas. Desde la cima de la montaña se volvió para mirar, y abarcó de un vistazo a todos los supervivientes de la batalla, cerca de la granja El Olmo Seco. Ciento diecisiete soldados y oficiales -restos del regimiento cruelmente diezmado en los últimos combates- marchaban en apretada columna, con paso cansino, mientras tragaban el duro polvo de la estepa arremolinado en el camino. Asimismo, renqueando y siguiendo la linde del camino, iba el capitán Sumskov, el cual ocupaba el puesto de comandante en jefe del regimiento, por haber fallecido el comandante del mismo, dejando de ostentar el cargo de comandante del segundo batallón; al mismo tiempo podía observarse que el sargento Lyubchenko llevaba sobre sus anchas espaldas, envuelta su asta en una funda, la bandera del regimiento recuperada en la retirada. Sin quedarse atrás, marchaban los soldados levemente heridos, con los vendajes sucios de polvo.

Había algo grandioso y conmovedor en el lento caminar de aquel destrozado regimiento, en la mesurada conducta de los hombres, agotados por los combates, el calor, las noches de insomnio y las largas caminatas, pero dispuestos, en cualquier momento, a desplegarse de nuevo y comenzar otra vez la lucha.

Nikolái echó una rápida ojeada a los rostros conocidos, ennegrecidos y escuálidos. ¡Cuántos había perdido el regimiento en aquellos malditos cinco días! Notó que sus labios reseco empezaban a temblar, y se apresuró a volverse. Inesperadamente, unos leves sollozos le atragantaron, y se echó en seguida sobre los ojos la visera del casco recalentado, para evitar que sus compañeros vieran las lágrimas... «He perdido el aplomo, estoy aniquilado... Es la consecuencia del calor y el cansancio», pensaba, mientras movía dificultosamente los pies, que se le antojaban de plomo, procurando no acortar el paso.

Ahora marchaba sin volverse, mirando torpemente sus pies. Sin embargo, y como en un sueño inoportuno, acudían a su mente innumerables escenas de la reciente lucha, que quedaron grabadas para siempre en su memoria y que habían dado origen a esta gran retirada. Veía de nuevo cómo se arrastraban los pesados tanques alemanes por las laderas de aquella montaña; a los soldados que cruzaban corriendo por doquier, envueltos en polvo y sujetando sus armas automáticas, la formación de negras columnas de humo, los combatientes del vecino batallón que se retiraban en desorden campo a través, por entre los trigales sin segar... Después, el enfrentamiento con la infantería motorizada enemiga, la retirada del lugar en que se encontraba, medio sitiados, el fuego mortífero desde los flancos, los girasoles destrozados, el cañón estriado de la ametralladora enterrado en un embudo poco profundo, mientras su servidor se hallaba muerto,

despedido por la explosión, tendido boca arriba, cubierto de pétalos de girasol, extraña y horriblemente salpicados de sangre...

Los bombarderos alemanes llevaron a cabo cuatro incursiones en la retaguardia del regimiento en el transcurso de aquel día. Los cuatro ataques de los tanques enemigos fueron rechazados. «Han luchado bien, pero no han podido resistir...», pensó Nikolái al recordarlo.

Cerró los ojos durante un instante, y de nuevo vio los florecientes girasoles, entre los cuales se encontraba tendido sobre la porosa tierra el cadáver del servidor de la ametralladora... De modo incoherente, le asaltaban extraños pensamientos; se preguntaba por qué no se habían recogido las semillas de girasol; quizá porque en el koljós no había suficiente mano de obra, ya que muchos koljoses estaban ahora cubiertos de hierbajos y aún no se había procedido a recolectar las semillas de los girasoles desde la primavera. Pensaba que, el servidor de la ametralladora, era, por lo visto, un verdadero hombre, porque, de no ser así, ¿cómo la muerte en el campo de batalla se había apiadado de él y no le había destrozado, sino que, por el contrario, se le veía yacer cubierto por una especie de bandera de girasoles, con los brazos extendidos? Nikolái pensó después que todo eso eran tonterías, ya que había tenido ocasión de ver a muchos hombres valientes destrozados por la metralla, horriblemente deformados, y que lo del servidor de la ametralladora era una pura casualidad: una onda explosiva le había lanzado, y había caído una lluvia de pétalos de girasol sobre el cadáver, rozándole el rostro como si fuera la última caricia del invierno. Posiblemente resultara hermoso, pero en la guerra, la belleza exterior tiene algo de sacrilegio; de ahí que retuviera en su memoria durante mucho tiempo a este soldado, con su blancuzca guerrera descolorida, sus fuertes brazos extendidos sobre la cálida tierra y sus ojos azules inertes al sol...

Con un esfuerzo de voluntad, Nikolái ahuyentaba los inútiles recuerdos. Decidió que, tal vez, lo mejor sería ahora no pensar en nada, mantener los ojos cerrados, dejarse guiar por el pesado ritmo de la marcha, y procurar olvidar en lo posible el sordo dolor de la espalda y de los pies hinchados.

Tenía sed. A pesar de que estaba seguro de que no le quedaba ni una gota de agua en la cantimplora, estiró el brazo e hizo ademán como para beber de la misma, aunque lo único que consiguió tragar fue la pegajosa saliva que tenía en la garganta.

El viento había limpiado de polvo la ladera de la montaña. Súbitamente empezaron a retumbar sus pisadas sobre el duro suelo, porque sus pies ya no se hundían en el polvo. Nikolái abrió los ojos. Abajo se divisaba una aldea de cosacos, con su medio centenar de chozas rodeadas por sus respectivos huertos, y la ancha llanura limitada por el riachuelo de la estepa. Desde arriba, las pequeñas y blancas chozas resplandecientes parecían cantos rodados desordenadamente esparcidos sobre la hierba.

La silenciosa tropa se reanimó, y hasta se oyeron voces:

-Deberíamos hacer un alto aquí.

-Por supuesto. Hemos caminado ya cerca de treinta kilómetros desde la mañana.

Detrás de Nikolái, alguien hizo un chasquido con los labios y dijo con voz ronca:

-Nos haría falta a cada uno medio cubo de agua helada del manantial...

Después de pasar junto a las inmóviles aspas del molino, entraron en la aldea. Terneros de manchas rojizas deambulaban perezosamente por la descolorida hierba junto al cercado; cacareaba una gallina; las malvas inclinaban sus cabezas rojizas detrás de las vallas; en una ventana abierta apenas se movía un visillo blanco... Streltsov se sintió de repente invadido por una paz y tranquilidad tales, que abrió los ojos y contuvo la respiración, como temiendo que esta paz -que antaño experimentara ya, en alguna ocasión- se desvaneciera pronto como un espejismo en el aire abrasador.

En la plaza, se apagó de nuevo el rítmico paso de la infantería, debido al espeso armuelle. Sólo se oía cómo golpeaban los tallos de las hierbas, mientras los zapatos se cubrían de polen verde.

También a esta aldea, perdida en la estepa del Don había llegado la guerra. En los patios contiguos a las cuadras se hallaban los vehículos del batallón médico-sanitario; por las calles deambulaban los soldados del regimiento de zapadores del ejército rojo; camiones de tres ejes, completamente cargados, transportaban hacia el río las tablas de sauce recién aserradas; en un huerto cercano a la plaza estaba emplazada una batería antiaérea... Junto a los árboles, las piezas de artillería estaban perfectamente camufladas entre el verde follaje; en el fondo de los hoyos que acababan de abrir se hacinaban montones de hierba y cerca del callejón de las baterías se alzaba desafiante un tronco en el que se apoyaba una ancha rama de manzano, casi abatida por el peso de los frutos, de un color verde pálido, que aún no habían tenido tiempo de madurar.

Svyaguintsev empujó a Nikolái con el codo y le gritó alegremente:

-¡Pero si es nuestra cocina, Nikolái! ¡Levanta más las narices! Hacemos un alto, tenemos un río con agua y a Pietka Lisichenko con la cocina, ¿qué más rábanos necesitas?

El regimiento acampó junto a la misma orilla del río, en un gran jardín abandonado. Nikolái bebía a pequeños sorbos el agua fría, algo salada, deteniéndose de vez en cuando para volver después a aplicar sus labios al borde del cubo. Mientras le observaba, Svyaguintsev dijo:

- Haces igual cuando lees las cartas de tu hijo: lees un poco, te detienes y vuelves a leer. A mí no me gusta alargar las cosas. Bueno, dame el cubo, porque si no te vas a hinchar.

Tomó el cubo de manos de Nikolái y, echando la cabeza hacia atrás, bebió a largos y ruidosos tragos, como un caballo. Su nuez, cubierta de vello rojizo, se movía arriba y abajo, y tenía los ojos entornados. Después de beber, lanzó un gruñido y se secó los labios y la barbilla con la bocamanga de la guerrera; luego dijo, con mal humor:

-No es que sea muy buena el agua; solamente tiene una cosa: que está fría y mojada. Ya se le podría quitar un poco de sal,... ¿Vas a beber más?

Nikolái hizo un gesto negativo con la cabeza, y entonces Svyaguintsev preguntó de pronto:

-Tu hijo es quien más te escribe; no he visto que recibieras ninguna carta de tu mujer. ¿Eres viudo?

La pregunta resultó inesperada para Nikolái, que respondió:

-No tengo mujer. Me divorcié.

-¿Hace tiempo?

-El año pasado.

- ¡Vaya! -exclamó Svyaguintsev, en tono compasivo-. ¿Con quién están tus hijos? Tienes dos, ¿no?

- Dos. Viven con mi madre.

- ¿Abandonaste a tu mujer, Nikolái?

- No, ella me dejó a mí... El primer día de la guerra, al volver a casa después del servicio, ella ya no estaba. Había dejado una nota y se fue...

Nikolái hablaba tranquilamente, pero de pronto se interrumpió y guardó silencio. Con el ceño fruncido y los labios apretados, se dirigió a la sombra del manzano y en silencio empezó a descalzarse. Lamentaba profundamente lo que había dicho. Había precisado todo un año para llevar en su pecho un mudo e inexpressable dolor, para ahora, sin más ni más, soltarlo al primero que parecía demostrarle cierta compasión. ¿Por qué se pondría a hablar? ¿Qué le importaban a Svyaguintsev sus sufrimientos?

Svyaguintsev, que no podía ver la expresión enfurruñada de Nikolái, continuó con sus preguntas:

-¿Qué! ¿Se ha buscado otro, la sinvergüenza?

-No lo sé -respondió Nikolái, secamente.

-¡Entonces es que lo ha encontrado! -exclamó Svyaguintsev con decisión, moviendo desconsoladamente la cabeza-. ¡Cómo son estas mujeres! Se ve en seguida que eres un señor, y tendrías un buen sueldo. ¿Qué más quería? ¿Acaso no pensó en los hijos, la muy perra?

Cuando Svyaguintsev pudo ver el rostro de Nikolái bajo el casco, comprendió inmediatamente que no debía continuar aquel tipo de conversación. Con ese tacto peculiar de las personas buenas y sencillas, guardó silencio, suspiró y cambió sus piernas de postura. Luego, sintió lástima por ese hombre fuerte y robusto, por ese compañero junto al cual combatía y compartía las duras necesidades de los soldados desde hacía dos meses. Quiso calmarle hablando de sí mismo, y, yéndose a sentar a su lado, le dijo:

-Nikolái, no te atormentes por ella. Deja que termine la guerra y ya veremos lo que pasa. Lo importante es que tienes hijos. Los hijos son ahora lo principal, hermano. Mi opinión es que ellos son la raíz misma de la vida. A ellos les tocará ordenar la destrozada existencia; la guerra no habrá sido inútil. En cuanto a las mujeres, te diré sinceramente que son de lo más incomprensible. Alguna que otra consigue lo que busca. La mujer es un animal astuto, ¡yo las conozco bien hermano! ¿Ves la cicatriz que tengo en el labio superior? Es algo que ocurrió también el año pasado. Por la fiesta del Primero de Mayo, varios compañeros y yo, que trabajábamos en las máquinas, nos reunimos para echar unos tragos. Era en plan de familia; también vinieron nuestras mujeres. Como es normal, bebí un poco más de la cuenta, y mi mujer también. Pero ella es como un alemán con un arma automática cargada: si tiene un fusil, no para hasta que ha vaciado el cargador, e incluso, aunque sea a la fuerza, se sabe hacer dueña de la situación.

»En la fiesta se encontraba una muchacha que bailaba muy bien las danzas gitanas. Yo la miraba con interés, aunque sin ninguna intención particular, pero mi mujer se me acerca, y después de pellizcarme, me susurra al oído: "¡No mires!" Pienso: "Ya volvemos otra vez. ¿Es que voy a tener que poner mala cara durante toda la fiesta?" La miro otra vez. Mi mujer vuelve a acercarse y me pellizca en una pierna con fuerza, hasta hacerme daño: "¡No mires!" Me doy la vuelta y pienso: "¡Al diablo! No miraré, me privaré de este placer." Después del baile, nos sentamos a la mesa. Mi mujer se sienta frente a mí, y sus ojos parecen los de un gato: redondos y lanzando chispas. Me duelen los cardenales que tengo en los brazos y en las piernas. Distraídamente, miro a aquella muchacha y pienso: "¡Imbécil!, por tu culpa tengo que aguantar esto. Mientras tú mueves las piernas, yo pago el pato". Sólo hago que pensar esto, cuando mi mujer coge de encima de la mesa un plato de estaño y lo lanza contra mí. Desde luego, el blanco era apropiado: yo entonces tenía la cara gorda. Aunque no lo creas, el plato se partió en dos, pero empecé a sangrar por la nariz y los oídos como si tuviera una herida grave.

»Como es de suponer, la muchacha grita y se asusta, y el acordeonista se revuelca sobre el sofá,

levantando los pies por encima de la cabeza, riendo y gritando con una voz sumamente desagradable: "¡Pégale con el sarmovar; ya verás como aguanta su peso!" Yo lo veía todo turbio. Me levanto y, sin hacerle nada a mi mujer, como si fuera mi madrecita, le digo: "¿Qué te pasa, fiero? ¿Esas son maneras de hacer las cosas?" Y ella me responde con voz tranquila: "¡Ya te advertí que no pusieras los ojos sobre esa muchacha, diablo rojo!" Cuando me tranquilizo un poco, me siento y me dirijo a ella, tratándola de usted: "¿Es así, Natasha Filipovna -le digo-, como demuestra usted su cultura? Es de personas mal educadas lanzar platos delante de la gente, téngalo en cuenta. Ya hablaremos usted y yo en casa, como es debido".

»Bueno, como es lógico, me agué la fiesta. Tenía el labio partido en dos, un diente medio caído, la camisa blanca bordada llena de sangre, la nariz con un hematoma e incluso torcida. Tuvimos que abandonar la reunión. Nos levantamos, nos despedimos, nos disculpamos ante los dueños, como corresponde, y nos fuimos a casa. Ella delante y yo, como si fuera culpable, detrás. La maldita iba todo el camino muy vivaracha, pero nada más cruzar el umbral, ya se mareó. En el suelo estirada sin respirar, pero con la cara encendida como una granada y en el ojo izquierdo una rendija por la que apenas puede mirarme. "Bueno -pienso-, no es el momento oportuno para reñirla. No sea que le ocurra algo malo." Como puedo, le echo agua encima para quitarle el susto de la muerte. Al cabo de un rato, vuelve a marearse. Esta vez, ni siquiera mira con el ojo entreabierto. Le echo nuevamente un cubo de agua, recobra el conocimiento, y entonces empieza a gritar, se deshace en lágrimas, patalea: "¡Eres esto y lo otro! -exclama-. Me has estropeado mi blusa nueva de seda, la has dejado completamente mojada. ¡Traidor! ¡Pones los ojos en cualquier mujerzuela! ¡No puedo vivir contigo, con un monstruo!", y otras cosas por el estilo. "Bueno -pienso-, si se acuerda de su blusa y patalea, eso significa que está viva, que aún pasará el invierno. ¡Pobre!".

»Me siento a la mesa, fumo y observo. Mi amable mujer se dirige al baúl y hace un hatillo con sus cosas. Luego se va con su hatillo hasta la puerta y me dice: "Me marchó de tu casa. Iré a vivir con mi hermana". Me doy cuenta de que tiene en su cuerpo al mismísimo Satanás y que es inútil contradecirla; por eso le doy la razón: "Ve -digo-, allí estarás mejor". "¡Ah, de modo que ésas tenemos! -grita-. ¿Ese es tu amor por mí, que ni siquiera intentas retenerme? Pues bien, ahora no me iré, me ahorcaré, para que la conciencia te remuerda toda la vida, ¡hijo de perra!".

Svyaguintsev, animado por aquellos recuerdos, sacó la pitillera, sonrió moviendo la cabeza y se puso a liar un cigarrillo. Nikolái, que tenía en sus manos los calcetines húmedos y calientes por el sudor, sonreía también, pero se sentía débil y soñoliento. Tendría que ir al pozo a lavar los calcetines, pero la conversación de Svyaguintsev le atraía y no quería interrumpirle, aparte de que no tenía fuerzas para levantarse y ponerse a caminar a pleno sol. Cuando hubo encendido el cigarrillo, Svyaguintsev continuó:

-Pensé un poco y dije: «Está bien, Natasha Filipovna, ahórcate: detrás del baúl tienes una cuerda.» Soltó el hatillo, cogió inmediatamente la cuerda y se fue a la habitación de arriba. Corrió un poco la mesa y después sujetó un extremo de la cuerda al gancho donde en otros tiempos habíamos atado la cuna, mientras en la otra punta hizo un lazo corredizo que se colocó alrededor del cuello. Pero no salta de la mesa, sino que dobla las rodillas, apoyando su mentón en el lazo, al tiempo que emite estertores como si se estuviera ahorcando de veras. Seguí sentado junto a la mesa, y con la puerta abierta podía ver muy bien todo lo que ella estaba haciendo en aquella habitación. Esperé un rato, y luego dije en voz alta: «¡Vaya, afortunadamente parece que se ahorcó! Ya he dejado de sufrir.» ¡Hubieras visto cómo saltó de la mesa y vino hacia mí con los puños cerrados! «¿De modo que estarías satisfecho si me hubiera colgado? -grito. ¡Qué marido más amoroso!» La apacigué a viva fuerza. La borrachera me desapareció como si me hubieran dado un guantazo, a pesar de que había engullido casi un litro de vodka. Después de esta escena, me pongo a pensar: «Hay gente que se ha ido a la Casa del Pueblo para ver la función y yo tengo en mi propia casa una representación gratis.» Me entró la risa y hasta me puse alegre.

»¡Ahí tienes de qué cosas son capaces las mujeres! ¡Son de la piel del diablo! Y menos mal que no estaban los niños en casa aquella noche; una pariente mía se los había llevado con ella. De no ser así, les habríamos dado un susto de muerte.

Svyaguintsev guardó silencio durante un rato, y luego volvió a hablar, aunque ya no con la animación de antes:

-No creas, Nikolái, que siempre hemos estado así con mi mujer. Ella empezó a estropearse en los últimos dos años. Te lo diré claramente: la estropeó la literatura.

»Durante ocho años hicimos una vida normal. Ella trabajaba como tractorista: ni se mareaba ni inventaba trucos de ninguna clase. Luego empezó a leer libros, y la cosa cambió. Su manera de hablar es tan culta, que no pronuncia jamás palabras corrientes, sino que usa las más complicadas. Se pasa muchas noches enteras leyendo, de manera que de día va como una cabra loca, cayéndosele todo de las manos. En una ocasión, se me acercó remilgosa y me dijo: "Alguna vez, Vania, deberías hablarme de forma más elevada. Jamás he escuchado de tus labios esas tiernas palabras que se emplean en los libros". Me entró una especie de odio. "Ya está bien de lecturas", pienso, y le digo a ella: "Estás atontada, Natasha. Llevamos viviendo juntos diez

atlas, hemos criado a tres hijos y ¿a santo de qué tengo que declararme ahora? ¡Mi lengua ya no está para esas cosas! Desde que era joven no he dicho jamás palabras tiernas; siempre he trabajado más con las manos, y no voy a ponerme a hacerla ahora. ¡No estoy tan, loco como crees! Y tú harías mejor en ocuparte de los niños en lugar de leer estos libros". Es cierto que los niños están abandonados, corretean por doquier como golfillos y en la casa no hay orden ni concierto.

"Piénsalo, Nikolái, ¿acaso está bien eso? Desde luego no estoy en contra de los libros que pueden instruirle a uno, como los que escriben sobre técnica, sobre motores. Yo tenía varios libros muy interesantes: sobre el cuidado del tractor, uno acerca del motor de combustión interna, otros sobre la instalación de un motor Diesel, y no digamos sobre máquinas complejas, las que hacen el trabajo de varias. Cuántas veces le he dicho: "Natasha, lee el libro ese del tractor; es muy curioso, con esquemas y dibujos. Te hace falta conocerlo, ya que trabajas de tractorista". ¿Te crees qué lo ha leído? ¡Qué va! Huía de mis libros como de la peste; a ella dale solamente literatura de esa que trata de amor a todo pasto. La reñí, le hice ver que no obraba bien, pero todo fue inútil. Pegarla, no la he pegado en mi vida. Porque yo antes de trabajar en las máquinas, había sido herrero durante semanas y se me había hecho una mano muy dura.

»Así era, hermano, como transcurría nuestra vida familiar hasta qué me llamaron a filas. ¿Crees que ahora que estamos separados estamos mejor? ¡Me parece que todo lo contrario! Te lo diré francamente y en secreto: no consigo de ninguna manera poner orden en mi correspondencia con Natasha Filipovna; no lo consigo, por mucho que llore. Tú lo sabes, Nikolái: aquí en el frente, a todos nos da alegría recibir una carta de casa, incluso nos las leemos en voz alta unos a otros; tú mismo me has leído alguna carta de tu hijito. Sin embargo, yo no puedo leer ninguna carta de mi mujer, porque me da vergüenza. Cuando todavía estábamos cerca de Jarkov, recibí tres cartas suyas seguidas, y cada una empezaba así: "¡Mi querido pollito!" Cuando leo eso, se me ponen las orejas al rojo. Me pregunto de dónde habrá sacado esa palabra gallinácea, y la respuesta no puede ser otra que de los libros. ¿No sería mejor que escribiera "querido Vania" o alguna cosa por el estilo? ¡Pero, "pollito"!... Cuando estaba en casa, cada vez con más frecuencia, me llamaba "demonio rojizo", y desde que me he marchado, me he convertido en "pollito". En todas las cartas me decía las cosas como de pasada: que los niños estaban bien, y que en la estación de máquinas: y tractores todo seguía lo mismo; y luego, en todas las páginas, empieza a hablar de amor, pero con palabras tan raras, tan literarias, que se me nublan las ideas, y los ojos empiezan a darme vueltas...

»Leí dos veces estas insoportables cartas, y me puse como borracho. Se me acerca Sliusarev, de la segunda sección, y me pregunta: "¡Qué, muchacho! ¿Hay novedades en casa?" En seguida escondo la carta en el bolsillo y me limito a hacerle un gesto con la mano, como diciendo: "Largo, simpático, no me molestes". Me pregunta: "¿Todo va bien por allá? Deduzco por tu cara que ocurre alguna desgracia". Y yo, ¿qué le digo? Lo pienso un poco y contesto: "La abuelita, hijo, se me ha muerto la abuelita". Así se queda tranquilo y se va.

»Cuando anochece, me siento a escribir a mi mujer. Le mando recuerdos para los hijos, para los demás parientes, y después le explico con todo detalle lo relacionado con el servicio. Más adelante le digo: "No me pongas apodos ridículos, pues tengo mi nombre de pila; tal vez hace treinta y cinco años yo era un pollito, pero ahora soy un gallo hecho y derecho, y lo de pollito no le cuadra a mis ochenta y dos kilos. Es más, te suplico que dejes de hablarme de amor y de ponerme enfermo. Explícame cómo van las cosas en la estación de maquinaria, dime cuáles son los amigos que se han quedado en casa y qué tal marcha el nuevo director".

»Pues bien, recibí la respuesta poco antes de la retirada. Cojo la carta, con las manos que me tiemblan la abro, ¡y me dio como fiebre!!

»Escribe: "Hola, mi querido gatito", y durante cuatro páginas sigue hablando solamente de amor. De la estación de máquinas, ni palabra. En algún párrafo, el vez de llamarme Iván, me llama Eduardo. "Bueno - pienso-, esta mujer ha llegado al colmo; está visto que ese amor estúpido lo saca de los libros. Si no, ¿di dónde sale ese Eduardo? ¿Y por qué pone tantas coma en sus cartas? Antes no tenía la más mínima idea de las comas, y ahora no hay manera de entender lo que escribe; un hombre atacado de viruela no tendría tantas pecas como comas tiene su carta. ¿Y los apodos? Primero pollito, luego gatito... ¿Qué vendrá ahora? En la quinta carta quizá me llame tesoro o cualquier cosa de esas que se les dice a los niños de cuna. ¿Es que he nacido en el circo o qué?" Me traje de casa un manual de la fábrica de tractores de Chernoyarsk, y lo llevo encima por si alguna vez tengo ganas de leer. Pues me daban ganas de copiar un par de páginas de ese libro y después enviárselas, para pagarle en la misma moneda. Pero luego cambié de idea. Tal vez lo tomara como una ofensa. De todos modos, algo tendré que hacer para quitarle esas tonterías de la cabeza... ¿Qué me aconsejas tú, Nikolái?

Svyaguintsev miró a su compañero y emitió una exclamación de amargura. Nikolái, tumbado de espaldas, dormía profundamente. Bajo su caído bigote negro blanqueaban sus dientes torcidos, y en las comisuras de sus labios se le advertían unas arrugas, como si fueran la sombra de una sonrisa que no acertó a salir de su boca.

3

Nikolái se despertó en seguida. Un ligero viento movía las hojas del manzano.

Sobre la hierba, y en caprichosas cambiantes, se deslizaba el claro resplandor de la luz. En algún lugar cercano arrullaba la tórtola, aunque su voz se apagaba con el ruido de un tractor, cuyo motor funcionaba con escapes intermitentes. En la calleja se oían voces y risas; luego, alguien, con voz joven y sonora de tenor, gritó:

-¡Te dije que la bujía funcionaba mal! ¿Tienes la llave inglesa? ¡Tráela acá, querido! ¡Tráela, ojo de pez!

En el huerto olía a hierba marchita, a humo y a gachas recalentadas. Cerca de la cocina de campaña, con sus piernas torcidas muy separadas, se hallaba Pëtr Lopajin, fusilero antitanque y amigo de Nikolái. Estaba fumando mientras discutía con el cocinero Lisichenko.

-¿Otra vez estás cocinando gachas, caballo castrado?

-Sí; otra vez; y sin insultar.

-¡Aquí tengo yo tus gachas! ¿Entiendes?

-Me importa un rábano donde tengas tú las gachas.

-Tú no eres un cocinero, y hasta el diablo lo sabe. No tienes en la cabeza ni una sola idea que valga la pena; es como un puchero vacío, que dentro no hay más que ruido. ¿Es que no has podido hacerte en toda la aldea con una oveja o un lechón, a escondidas del dueño? Hubieras podido hacer unas buenas sopas de col, y de segundo plato podrías haber preparado...

-¡Vete! ¡Vete! Ya he oído eso antes.

-Durante tres semanas no nos has dado otra cosa que esas gachas de harina. ¿Es esa lo que hacen los cocineros decentes? ¡Tú lo que eres es un zapatero, no un cocinero!

-¡Pero bueno! ¿Que pretendes? ¿Un buen entrecot? ¿O quizá una chuleta de cerdo?

-¡De ti podrían sacarse magníficas chuletas, si la materia prima no fuera de tan mala calidad! ¡Es una lástima! ¡Te has hinchado como un intendente de segunda categoría!

-Ten cuidado, Pietia, tengo agua hirviendo al alcance de la mano... ¿Has ido al batallón médico-sanitario?

-Sí.

-¿Y qué?

-Pues nada.

-¿Para qué has ido?

Lopajin fingió un bostezo y guardó silencio. Lisichenko, sonriendo, se puso en jarras y le miró, en espera, de la contestación.

-Fui por pasar el rato, sin ningún motivo concreto; tan sólo a ver si había algún conocido -repuso Lopajin, con desenfado.

-Hay allí una mujer muy atractiva... ¿No ha picado?

-No he intentado que picara.

-Está bien, olvídale. He visto cómo te limpiaba los zapatos con hierba y que te frotabas la medalla con un trapo. Pero eso no te ha ayudado, ¿eh? Y ¿cómo iba a ayudarte? Supongamos que tuvieras alguna condecoración; entonces ya sería otra cosa. Piensa que no te han dado la medalla al valor. ¡Hermano, los hay con otra clase de condecoraciones!"

-¡Idiota!-replicó Lopajin, sin malicia-. Te digo que no llevaba ninguna intención; simplemente, iba a dar una vuelta por la aldea. Después de tus comidas no se puede pasear mucho. Últimamente he adelgazado tanto, que incluso he dejado de soñar con mi mujer.

-¿Y con qué sueñas, héroe?

-Mis sueños son de ayuno. Sueño con cualquier porquería como tus gachas.

«Buenas ganas tienen de darle a la lengua», pensó Streltsov, levantándose y estirando sus brazos entumecidos.

Lopajin se le acercó y, bromeando, le hizo una reverencia.

-¿Qué tal ha descansado el honorable señor Streltsov?

-Vete a hablar con el cocinero; me duele la cabeza -dijo Nikolái, ásperamente.

Lopajin entornó sus claros ojos de pícaro y movió la cabeza compasivamente.

-La cosa está clarísima: estás de mal humor a causa de nuestra retirada. ¿Tienes calor y te duele la cabeza? Escucha, Kólia, vamos abañarnos hasta la hora de comer. Pronto habrá que ponerse en marcha. Nuestros muchachos no salen del río. Yo ya me he chapuzado una vez.

Hacía poco que Lopajin y Nikolái habían entablado amistad. Fue durante la lucha por el sovjós Camino Claro, en el que sus trincheras, estaban juntas. Lopajin había llegado al regimiento el día anterior, con el último reemplazo, y Nikolái lo vio por primera vez en plena faena. Los soldados antitanques habían incendiado dos carros de combate, dejándoles acercarse a ciento cincuenta y a cien metro respectivamente;

pero cuando el segundo servidor de la pieza hubo muerto, Lopajin se retrasó en disparar. El tercer tanque, al ver el fuego desde el camino, cruzó junto a la trinchera de los fusileros antitanques, y se dirigió rápidamente hacia las posiciones de la batería. Nikolái continuaba de rodillas, cargando tembloroso el peine de la ametralladora. Vio cómo saltaba a la trinchera de Lopajin gran cantidad de tierra arcillosa que surgía de debajo del tanque y pensó que los fusileros anticarros habían muerto; pero unos instantes después, de la trinchera medio destruida salió el largo cañón del fusil, apuntando hacia el lugar donde estaba el agujereado tanque. Sonó un disparo y por el blindaje oscuro del carro salió despedida una llama como si fuera un lagarto; a continuación se elevó un espeso humo negro. En aquel mismo instante, Lopajin gritó a Nikolái:

-¡Eh, ese moreno de los bigotes! ¿Estás vivo? -Nicolái levantó la cabeza y vio el rostro de Lopajin enrojecido, colérico y manchado de sangre-. ¿Por qué no disparas? ¡Que se lleven tu alma al ataúd! ¿No ves que se nos echan encima? -gritó Lopajin, con una fiera mirada en sus ojos desmesuradamente abiertos, mientras señalaba a los alemanes que se arrastraban a lo largo del lindero.

La primera ráfaga que descargó Nikolái segó las cabezas de las margaritas que se encontraban en lo alto del parapeto, y luego, cuando apuntó más abajo, pudo escuchar, con satisfacción, un agudo grito repetido dos veces.

Al anochecer, después de la lucha, Lopajin entró en la chabola. Miró a todos y cada uno de los soldados, y preguntó:

-Muchachos, ¿dónde tenéis a uno moreno, con un bigotazo, parecido al ministro inglés Anthony Eden?

Nicolái volvió la cara hacia la luz, y Lopajin, al verle, exclamó:

-¡Vaya, te encontré! Vamos, compadre, salgamos a echar un pitillo.

Se sentaron junto a la chabola y encendieron un cigarrillo.

-Has tumbado con habilidad el último tanque -dijo Nikolái, mientras observaba el rostro moreno de color rojo-ladrillo del fusilero anticarro-. Creí que os habían sepultado, cuando de pronto vi aparecer el fusil...

Lopajin le interrumpió jovialmente:

-Eso, eso es lo que esperaba... Te maravillas de lo que he hecho, pero ¿por qué no disparabas tú cuando el tanque aplastaba mi trinchera? ¿Por qué no disparaste hasta que te grité? Me hace tanta falta tu admiración como una cataplasma a un muerto. ¿Está claro? ¡Me interesan los hechos, no la admiración!

Nicolái sonrió y repuso que la demora era debida, a que había vaciado todos los cargadores. Lopajin frunció el ceño, le miró de reojo y dijo:

-¿Cómo es que te metes en la lucha sin estar preparado? Entre nosotros sólo falta una cosa: deberías hacer como nuestros unionistas: echarte la conciencia a la espalda y luego darme los cartuchos para que yo haga la guerra por ti. ¿Qué te parece? ¡Bonitas serían vuestras relaciones!...

Al ver que Nikolái se molestaba, Lopajin le tendió su corta y fuerte mano y dijo, en un tono apacible:

-No te enfades. ¿Puede uno enfadarse por una cosa que es cierta? Ya que la necesidad nos ha unido, luchemos juntos; conozcámonos; tengo la impresión de que tú y yo somos paisanos. ¿Eres de la región de Rostov? Pues yo soy de la ciudad de Shajt. Lo dicho, amigos.

Desde aquel día, efectivamente, se hicieron amigos, con esa amistad sencilla y sólida de los soldados. Lopajin -bromista, mal hablado, alegre y mujeriego- era como el complemento del reservado Nikolái. El cabo primero Poprishenko, un viejo y tranquilo ucraniano, solía decir, al observarlos:

-Si a Pëtr Lopajin y a Nikolái Streltsov se les redujera a una pasta, y con ella, una vez amasada, se hiciera un nuevo hombre, tal vez de los dos saldría un hombre completo... O quizá no. ¿Quién sabe lo que podría salir de una mezcla semejante?

Allá, en la orilla del río, sonaban cantarinas las sierras de zapadores; se oía el chapoteo del agua y las carcajadas de los que se bañaban, todos ellos soldados del ejército rojo. Por su parte, Lopajin y Nikolái caminaban silenciosos sobre la hierba. Lopajin propuso:

-Vayamos detrás del puente; allí cubrirá más.

El fue quien saltó primero por encima de la valla caída. Con un movimiento de cabeza señaló el tractor que estaba parado en el camino. Dos tractoristas, con los brazos remangados, se afanaban junto al motor; Svyagintsev, con el torso desnudo, los ayudaba. Tenía los brazos y las robustas espaldas salpicadas de grasa, e incluso se le veían tiznones en la cara. Se había quitado la guerrera por precaución, y se sentía alegre por hallarse junto a un motor. Se puso a manejar las herramientas con sumo cuidado.

-¡Eh, tú, elegante! Pídeles un estropajo a los muchachos y ven a bañarte con nosotros. Ya buscaremos la manera de rascarte la grasa -dijo Lopajin al pasar.

Svyagintsev miró en aquella dirección, y al ver a Nikolái, sonrió.

-¡Mira, Nikolái, un tractor es siempre un tractor! Tiene una fuerza irresistible. ¿Has visto el juguete que lleva? Me he agarrado a él y me ha dado la impresión de que estaba en casa, cómo si estuviera en la estación de máquinas y tractores... ¡A fe mía que este motor puede desafiar a tres máquinas complejas!

El rostro sudoroso de Svyagintsev irradiaba una felicidad tal, que Nikolái, al advertido, no pudo por

menos que sentir envidia.

4

Nenúfares amarillos flotaban sobre el agua estancada. Olía a fango y a humedad de río. Nikolái, en cuanto hubo lavado la guerrera y los calcetines, se sentó sobre la tierra, cogiéndose las rodillas con las manos, mientras Lopajin se acomodaba a su lado.

-Te veo taciturno, Nikolái...

-¿Hay alguna razón para estar contento? Yo no la veo.

-¿Qué más razones quieres? ¡Estás vivo! ¡Vivo! Alégrate, pues. Mira, ¿has visto qué día hace? Y el sol, el río, los nenúfares flotando, míralo todo... ¡Todo es bello! Me asombras: ya eres un soldado veterano, llevas más de un año combatiendo, y resulta, que cualquier sufrimiento lo encajas como si fueras un novato. ¿Tú qué crees? Si nos han dado un descanso, ¿se acabó todo ya? ¿Es el fin del mundo? ¿El final de la guerra?

Nikolái se enfurruñó y replicó enojado:

-¿Por qué el final de la guerra? No pienso en ello en absoluto, pero tampoco puedo pasar por alto todo lo sucedido. Eres tú precisamente el que te comportas y aparentas como si nada trascendental hubiera ocurrido. Para mí está claro que ha sucedido una catástrofe. Tú y yo desconocemos el alcance de esta catástrofe, pero algo podemos adivinar. Ya llevamos cinco días de marcha, pronto estaremos en el Don, y luego Stalingrado... Nuestro regimiento se halla totalmente deshecho. ¿Qué habrá sido de los demás? ¿Del ejército? Está claro que el frente ha sido roto en gran parte. Los alemanes nos vienen a la zaga; tan sólo ayer pudimos desprendernos un poco de ellos. No hacemos más que patear, sin saber cuándo nos afianzaremos. ¿No es triste seguir de esta manera, sin saber nada? ¿Y con qué ojos nos miran los civiles? ¡Es para volverse loco!

Nikolái rechinó los dientes y se volvió. Permaneció en silencio durante un minuto como para superar la agitación que le invadía, y luego continuó hablando, ya más tranquilo y en un tono de voz más bajo:

-A uno se le parte el alma con todo eso, y tú te pones a predicar: «¡Vaya, alégrate, hombre, estás vivo, los nenúfares flotan...!» ¡Al cuerno tú y tus nenúfares, que da asco miradas! Pareces el animador de una obra de tres al cuarto, hasta te las has arreglado para ir al batallón médico-sanitario....

Lopajin se estiró con un crujido, diciendo:

-Es una lástima que no hayas venido conmigo, Kólia; hay allí una doctora de tercera clase que, sólo al verla, hace que a uno le entren ganas de que le hieran en el combate. ¡No es una doctora, sino algo magnífico, a fe mía!

-Oye, ¡vete al diablo!

- ¡No, en serio! Es una mujer de tal belleza, que pone los pelos de punta. No es una doctora, es un mortero de seis cañones, incluso más peligrosa para nuestro hermano soldado, y, ni que decir tiene, para los mismos mandos.

Nikolái en silencio, contemplaba con aire taciturno una nubecita blanca reflejada en el agua, y Lopajin prosiguió malévolamente, con toda calma:

-Yo no veo el motivo para que tenga que meter el rabo entre las piernas, siguiendo una costumbre perruna. ¿Nos atacan? Por algo será. ¡Luchad mejor, hijos de perra! Agarrad con los dientes cada palmo de vuestra propia tierra, pelead de tal manera contra el enemigo, que le hagáis sentir hasta el espasmo de la muerte. Y, si no podéis, no os ofendáis si os llenan la cara de sangre y los civiles os miran mal. ¿A santo de qué nos iban a recibir con el pan y la sal? Da por bueno que no nos escupan a los ojos. A ver, tú, que no eres animador, explícame eso: ¿por qué el alemán se mete en un pueblo, y, aunque sea del tamaño de un grano, cuesta un trabajo enorme sacado de allí, y, en cambio, nosotros entregamos ciudades, huyendo a todo correr? ¿Hemos de ser nosotros los que se apropien de ellas, o lo hará otro en nuestro lugar? Pero esto ocurre, «excelencia», porque tú y yo aún no hemos aprendido a combatir como se debe y nos falta el auténtico odio. Cuando sepamos entrar en combate de forma que la espuma de la rabia hierva en los labios, entonces los alemanes se volverán de espaldas al Este, ¿comprendes? Yo, por ejemplo, he llegado a tal grado de odio, que cuando escupo me hierva la saliva. Por ello me siento alegre, por eso mantengo el rabo en alto. ¡Soy terriblemente cruel! Pero tú vas con el rabo entre piernas y bañado en lágrimas: «¡Ay, han destrozado nuestro regimiento! ¡Ay, el ejército está deshecho! ¡Ay, han avanzado los alemanes!» ¡Que se aniquile a ese maldito alemán! Meterse ya se han metido. ¿Pero quién los va a sacar de aquí cuando reunamos fuerzas para dar el golpe? Si ahora combatimos y nos retiramos, cuando se produzca la invasión nos resultará diez veces más difícil enfrentarnos con ellos. Bien, nosotros nos retiramos, y ellos no necesitan retroceder, pero ¿qué ocurrirá? Tan pronto como se sitúen de espaldas al Este, les romperemos las piernas a esos hijos de perra, dondequiera que las tengan, para que no puedan seguir andando por nuestra tierra. Eso es lo que pienso, y aún te diré más: en mi presencia, por favor, no llores; de todas formas no voy a enjugar tus lágrimas. La guerra ha endurecido mis manos, e incluso podría arañarte...

-No necesito que me consueles, imbécil, no desaproveches tu elocuencia -replicó Nikolái-. Prefiero que

me digas cuándo aprenderemos a combatir, o cuando estaremos en Siberia.

-¿En Si-be-ria? -exclamó Lopajin, guiñando sin cesar sus ojos claros-. No, «excelencia», ¡esa escuela nos queda algo lejos! Aprenderemos aquí, en estas mismas estepas, ¿entiendes? De momento, a Siberia la borramos del mapa. Ayer, Sacha, mi ayudante, me dijo: «Llegaremos hasta los Urales, y allí, en las montañas, pronto daremos cuenta de los alemanes.» Y yo le dije: «¡Sapo terrestre, si vuelves a hablarme de los Urales, no ahorraré ni un cartucho para tirarte esa estúpida torre de encima de los hombros! ¡Para eso basta con el mosquetón y un poco de puntería!» El se echó hacia atrás y me dijo que sólo era una broma. Y le contesté que yo, también bromeaba. ¿Acaso por esa estupidez se van a malgastar los cartuchos de un magnífico fusil antitanque? Bueno, así terminamos la agradable conversación.

Lopajin se arrastró para acercarse al agua, se lavó los pies y luego estuvo un buen rato frotándose las plantas con arena gruesa. Después volvió el rostro hacia Nikolái.

-Me he acordado, Kólia, de las palabras de Rusayev, un instructor político, ya fallecido, unas palabras que, según creo, las pronunció un famoso general: «Si cada uno de los componentes del ejército rojo hubiera matado a un alemán, haría tiempo que la guerra habría terminado.» ¿Querría decir que matamos a pocos de esos canallas?

Nikolái se sentía aburrido, y respondió irritado:

-La aritmética es bastante simple... Si cada uno de nuestros generales hubiera ganado una batalla, la guerra habría terminado aún más rápidamente.

Lopajin dejó de frotarse los pies y soltó una carcajada.

-¡Majadero!, ¿cómo iban a ganar batallas los generales sin nosotros? Y, además, intenta ganar una batalla con soldados como mi Sacha. Todavía no ha llegado al Don, y ya piensa en los Urales. Yo creo que un general sin ejército o con un mal ejército, es como un novio sin miembro masculino, y nosotros, sin general, somos como una boda sin novio. Desde luego, hay generales como Sacra. A algún que otro desgraciado, los alemanes lo han estado cascando desde la frontera, y aún continúan cascándolo. Y, claro está, se halla tan agotado, qué ya no piensa en cómo vencer al alemán, sino en cómo arreglárselas para que no sigan zurrándole. Pero de éstos hay pocos, y no serán ellos los que inclinen la balanza. Lo que nos ha pasado a nosotros es lo siguiente: apenas nos llega la noticia de un fracaso en el frente, ya se está susurrando contra los generales: son unos tales, unos cuales, no saben combatir... Se les atribuye, alegremente, todos los males. Y si se hiciera justicia, no siempre serían los culpables, y no se les debería censurar tanto, porque los generales son las personas más desgraciadas de la tierra... Oye, ¿por qué te colocas delante de mí como un carnero frente a una valla nueva? Es tal y como lo digo, precisamente. Antes, yo era tan entupido, que envidiaba el nombramiento de general. ¡Vaya -pensaba-, qué vida más tranquila! Va por ahí presumiendo como un pavo real, no cava trincheras, no tiene que ensuciarse la barriga arrastrándose...» Pero luego, cuando lo he pensado un poco, me he desengañado.

»Entonces yo era tirador -aún no me habían hecho fusilero anticarros-, y de pronto lanzaron la vanguardia al ataque. A decir verdad, yo me quedé atrás; el fuego era muy intenso y no tenía ganas de despegarme del suelo, pero el comandante de la sección vino corriendo hacia mí amenazándome con el revólver y me chilló: "¡Levántate!" Entramos al ataque, y en aquellos momentos pensé: "Está bien, soy un soldado más, y he recibido una bronca por mi mal comportamiento; yo respondo sólo de mí mismo, pero el comandante de la división es el responsable de miles de personas. Si fuera él quien hiciera lo que no debía, ¿cuántas broncas le echarían? ¿Y el que manda el ejército?" Empecé a calcular, y me asustaron las proporciones que podía tomar el asunto. "¡No, no! ¡Prefiero ser soldado raso!"

»Imagínate el cuadro, Nikolái: el general, con el jefe de Estado Mayor, pasa noches enteras preparando el asalto, sin comer, ni dormir, con una sola idea fija; tiene los párpados hinchados a causa de sus difíciles reflexiones, y de tantas cábalas hasta la cabeza le da vueltas; tiene que preverlo y adivinarlo todo... Conduce los regimientos al asalto, y resulta que el asalto fracasa. ¿Por qué? ¡Quién sabe por qué! Supongamos que depositó su confianza en Pietia Lopajin como en su propio padre, pero Pietia se acobardó y se fugó, y tras el Kólia Streltsov, y tras Streltsov otras personas igualmente cobardes. ¡Se acabó el baile! Los que han muerto, desde luego, ya no se pueden meter con el general, pero los que respiran tranquilos después de haber huido, éstos dejan al general que no hay por donde cogerlo; y le censuran porque creen sinceramente que el general es el responsable de todo, como si ellos no contaran para nada. De acuerdo con el reglamento, naturalmente todos se echan las culpas, pero ¿es que es mejor así para el general? El permanece en su tienda, con la cabeza entre las manos, rodeado de invisibles voces que le injurian -¡miles de voces!-, como mariposillas revoloteando entorno a una lámpara. Y encima, suena el teléfono: llaman al pobre general desde Moscú y por la línea directa. Los pelos de su cabeza levantan la bonita gorra de general, coge el auricular y piensa: "¿Para qué mi pobre madre me habrá parido general?" Por teléfono no le insultan ni le nombran a la madre, en Moscú viven gentes educadas, pero supongamos que le hablaran así: "¿Qué clase de persona es usted, Iván Ivanovich, que combate de una manera tan inútil? Hemos gastado en usted dinero del presupuesto del

Estado, le hemos dado estudios, se le ha vestido y calzado, se le ha alimentado... ¿y hace usted esto? A un niño de pecho se le perdona que ensucie los pañales, para eso es un niño de pecho, pero usted ya no es un bebé, y, sin embargo, no son unos pañales lo que ha ensuciado, sino una operación de asalto. ¿Cómo ha podido sucederle? ¡Intente explicarse!" Es una voz amable y baja la que habla, pero consigue que el general se ahogue y que el sudor le empiece a bajar por la espalda como por tres arroyos...

»¡No, Kólia, puedes pensar lo que quieras, pero no deseo ser general! A pesar de todo mi orgullo no deseo ser general, y ¡basta! Y si de pronto me llamaran al Kremlin para decirme: "Camarada Lopajin, acepte el mando de la división tal", temblaría de pies a cabeza y me negaría en redondo. Y como insistieran en ello entonces saldría, treparía por la muralla del Kremlin y desde allí me arrojaría al río Moskova. ¡Así!

Lopajin juntó sus manos por encima de la cabeza, dio un gran salto, y como una piedra se dejó caer en las verdes y densas aguas. Salió a la superficie en medio del río, lanzó un resoplido y, mirando fieramente a su compañero, gritó:

-¡Échate pronto si no te ahogo!

Nikolái tomó carrerilla y se arrojó al agua, gritando al notar en su cuerpo el punzante frío; sacó sus largos brazos y se dirigió a nado hacia Lopajin.

-¡Ahora te vas a zambullir, diablo patizambo! -exclamó riéndose, y ya se disponía a coger a Lopajin, cuando éste, haciendo una mueca de susto, se sumergió de nuevo; durante un instante dejó ver sus nalgas morenas y brillantes, y después empezó a mover las piernas con gran rapidez.

Nikolái se sintió más aliviado con el baño. Desaparecieron el dolor de cabeza y el cansancio. Y, con brillantes ojos, miraba ya de otra manera el mundo que le rodeaba, invadido por aquel sol cegador del mediodía.

-¡Qué bien! ¡Es como si hubiera renacido! -dijo a Lopajin.

-Después de un baño así, sería bueno tomarse un vasito y unas buenas schi caseras, pero este maldito Lisichenko ha vuelto a calentar unas gachas. ¡Que se atragante con ellas! -exclamó Lopajin irritado, mientras saltaba sobre una pierna, intentando meter la otra en los pantalones que sostenía abiertos-. ¿No podríamos ir a pedir unas schi a alguna anciana?

-Resulta embarazoso.

-¿Crees que nos las daría?

-Quizá nos las diera, pero no deja de ser embarazoso.

-¡Ah, diablos! ¿Y si no tuviéramos cocina? ¡Qué embarazoso ni qué ocho cuartos! ¡Vayamos! Mira que no lograr unas schi en nuestra propia región...

-No somos peregrinos ni mendigos -agregó Nikolái, indeciso.

Dos soldados conocidos salieron de la represa. Uno de ellos, alto y enjuto, de ojos descoloridos y boca pequeña, llevaba un hatillo mojado en la mano, mientras el otro le seguía abrochándose los botones de la guerrera al tiempo que caminaba. Su rostro, azul como el de un ahogado, se contraía de frío, y sus labios temblaban. Los soldados se pusieron al lado de Lopajin, y éste, alargando el cuello como un ave de rapiña, preguntó:

-¿Qué lleváis en el hatillo, águilas?

-Cangrejos -repuso el más alto a regañadientes.

-¡Ajá! ¿Dónde los habéis cogido?

-Cerca de la represa. Hay unos manantiales allí. ¡El agua está fría, que mete miedo!

-¿Cómo no se nos ha ocurrido a nosotros? -exclamó Lopajin, enojado, mirando a Nikolái, y luego, con aire de hombre de negocios, se dirigió al alto:- ¿Cuántos habéis pescado?

-Cerca de un centenar, pero no son grandes.

-Da igual, para dos es demasiado -dijo Lopajin con decisión-. Dejad que vayamos con vosotros. Yo traeré un cubo y sal para cocerlos. ¿Hecho?

-Pescadlos vosotros mismos.

-¡Venga, hombre si no tendríamos tiempo! Invita, no te hagas de rogar; tan pronto como tomemos Berlín, te convidaré a cerveza. ¡Palabra de fusilero anticarros!

El alto puso sus labios como la boquilla de una trompeta, y silbó burlonamente:

-¡Eso me tranquiliza!

Era evidente que Lopajin tenía muchas ganas de probar los cangrejos cocidos. Después de haber pensado un instante, dijo:

-Además, tengo un poco de vodka; quizá alcance para un vasito por barba, lo guardaba por si caía herido, pero ahora habrá que beberlo con los cangrejos.

-¡Vamos! -dijo inmediatamente el alto, y sus ojos brillaron alegremente.

Lopajin, con aplomo, como si estuviera en su propia casa, empujó la doblada verja y entró en un patio casi intransitable por los hierbajos y las ortigas que lo invadían. La construcción medio derruida del patio, una contraventana colgando de un gozne, los podridos peldaños de la entrada, todo hacía suponer que en la casa faltaban manos masculinas. «Seguro que el amo está en el frente; algo lograremos», pensó Lopajin.

Cerca del cobertizo, una vieja de pequeña estatura, con aspecto enojado y vestida con una raída falda azul y una blusa sucia, colocaba briquetas de abono seco. Al oír el chirrido de la puerta, enderezó la espalda con dificultad y puso su mano, de color castaño, sobre los ojos, para mirar al desconocido soldado. Lopajin se acercó a ella, saludó respetuosamente, y preguntó:

- ¡Qué, madrecita! ¿No nos daría mi cubo y un poco de sal? Hemos pescado cangrejos y queríamos cocerlos.

La vieja se enfurruñó, y con voz áspera, casi de hombre, dijo:

-¿Sal para vosotros? Me daría lástima daros de estas sucias briquetas. ¡No digamos sal!

Lopajin, profundamente asombrado, parpadeó y preguntó:

-¿Por qué tanto desprecio hacia nosotros?

-¡Ah! ¿No sabes por qué? -preguntó a su vez, ásperamente, la vieja-. ¡Ojos desvergonzados! ¿Adonde vais? ¿Corréis hacia el Don? ¿Y quién va a luchar en vuestro lugar? Tal vez a nosotras, las viejas, nos ordenaréis coger las armas para defendemos de los alemanes. Hace tres días que estáis en la aldea. ¡Estamos hartos de veros! ¿Quién se queda a cargo de la población? ¡No tenéis vergüenza, ni conciencia, no tenéis nada, malditos! ¿Cuándo se ha visto que el enemigo llegara hasta nuestras aldeas? Desde que yo estoy en este mundo no había ocurrido nunca. Por las mañanas se oye cómo retumban los cañones por Poniente. ¿Queréis sal? ¡Que o salen en el otro mundo, que no dejen de hacerlo! ¡No os la daré! ¡Fuera de aquí!

Rojo de vergüenza, confusión y odio, Lopajin seguía escuchando las airadas palabras de la vieja y, anonadado, dijo:

-Está bien. ¡Qué cruel eres, madrecita!

-No mereces que me porte bien contigo. ¿Es que tengo que recompensarte por habértelas ingeniado para pescar cangrejos? Te habrán concedido la medalla por eso, ¿no?

-No te metas con la medalla, madrecita; esto no es asunto tuyo.

La vieja estaba inclinada, sobre las desparramadas briquetas y, enderezándose de nuevo, clavó en él su profunda mirada. Jovialmente, pero con odio, dijo:

-Todo es asunto mío, muchacho. Me he doblado sobre el trabajo hasta la vejez, he pagado mis impuestos y no he ayudado al gobierno para que ahora corráis todos como condenados, dejándolo todo en la desolación y la destrucción. ¿Comprendes esto, cabeza hueca?

Lopajin lanzó un gemido e hizo un gesto como si le doliesen las muelas.

-¡Madrecita, todo eso ya lo sé, no hace falta que me lo digas! Pero juzgas equivocadamente...

-Juzgo como puedo... A mis años no vendrás ahora a enseñarme.

-Seguramente no tienes a nadie en el ejército, de lo contrario, no hablarías así.

-¿Que no tengo a nadie? Vete a enterar, por los vecinos, a ver qué te dicen. Tengo tres hijos y el yerno en el frente, y el más joven murió a las puertas de Sebastopol, ¿entiendes? Tú no eres de aquí, eres forastero, y por eso te hablo pacíficamente, pero si ahora apareciera uno de mis hijos, no le dejaría entrar en el corral. Le bendeciría con un palo en la frente, y le diría con palabras maternas: «¿Habéis ido a luchar? Pues bien, demonios, hacedlo como está mandado, no traigáis detrás vuestro al enemigo por todo el Estado, ni llenéis a vuestra madre de vergüenza delante de la gente.»

Lopajin se secó el sudor de la frente con un pañuelo y dijo:

-Bueno, pues, perdona, madrecita; lo nuestro corre prisa, iré a otro patio a conseguir el cubo.

Y después de despedirse, se metió por un callejón lleno de hierbajos, mientras pensaba con despecho: «El diablo me ha traído hasta aquí. Hablé como si hubiera tragado miel...».

-¡Eh, soldado, espera!

Lopajin se volvió. La vieja iba detrás de él; en silencio se dirigió a la casa, subió lentamente los crujientes peldaños y luego sacó un cubo y sal en una escudilla de madera desportillada.

-Cuando terminéis, tráeme los cacharros -dijo la vieja en el mismo tono severo.

Con su ocurrencia y desenfado de siempre, Lopajin murmuró en un tono ininteligible:

-Bueno, no somos orgullosos... Se puede coger... Gracias, madrecita. -Y sin saber por qué, se inclinó.

Y aquella pequeña vieja, cansada, doblada por el trabajo y el paso de los años, pasó por su lado con tan severa majestad, que a Lopajin le pareció como si fuera dos veces más alta que él y se sintió mirado de arriba abajo, con una mirada como de desprecio y lástima...

Nikolái y los otros dos soldados le estaban esperando fuera del patio. Estaban sentados, soportando el frío bajo el tejadillo. Los cangrejos se movían en el hatillo que habían hecho con la camisa mojada.

El soldado alto miró al sol y dijo:

-Parece que tarda nuestro fusilero anticarros; al parecer no habrá encontrado el cubo. No tendremos tiempo de cocer los cangrejos.

-Lo tendremos -replicó el otro-. El capitán Sumskov, junto con el comisario del batallón, hace poco que fueron al teléfono, donde están los servidores antiaéreos.

Después se pusieron a hablar de que este año habría trigo en todas partes, de que las segadoras y trilladoras tendrían mucho trabajo, que las mujeres estarían muy atareadas en la recolección, y agregaban que, si no se retrasaba la retirada, era más que probable que los alemanes se aprovecharan de muchos bienes. Conversaban sobre las cuestiones del campo detenidamente, como suelen hacerlo los campesinos en los días de fiesta, sentados sobre un banco cerca de la isla. Nikolái pensaba: «Ayer, sin ir más lejos, esta gente tomaba parte en la lucha, y hoy da la impresión de que para ellos no existe guerra alguna. Han descansado, se han bañado, y hablan ya de la cosecha; Svyaguintsev se preocupa por el tractor. Lopajin intenta cocer unos cangrejos... Para ellos, todo es claro y sencillo. Apenas hablan de la retirada ni de la muerte. La guerra es algo así como el ascenso a un monte empinado, la victoria está allá en la altura, y van subiendo sin pensar en las inevitables dificultades del camino, sin ni siquiera pensar en ellas. Dejan en segundo plano sus propias experiencias: lo principal es llegar a la cumbre, ¡cueste lo que cueste! Resbalan, se precipitan, caen, pero se levantan de nuevo y siguen el camino. ¿Qué diablos puede detenerlos? Se destrozarán las uñas, sangrarán, pero llegarán a la cima. ¡Aunque sea a gatas, pero llegarán!»

A Nikolái le resultaba agradable pensar en la gente con quien había entablado amistad durante la guerra, pero sus pensamientos fueron interrumpidos de pronto por Lopajin. Rojo y sudoroso, se acercó a grandes zancadas, y, casi sin aliento, dijo:

-¡Menudo calor! ¡Es infernal!

Dirigió a Nikolái una mirada escrutadora, como tratando de adivinar si había oído la conversación sostenida con la vieja.

¿Te has preocupado de las schi? -preguntó Nikolái.

-Qué schi si vamos a cocer cangrejos -contestó irritado Lopajin.

-Entonces, ¿por qué has tardado tanto?

Lopajin, que no hacía más que lanzar miradas furtivas, repuso:

-La vieja era tan alegre y habladora, que costaba trabajo marcharse. Se ha interesado por todo: quiénes somos, de dónde venimos, adónde vamos... ¡Es una verdadera maravilla y no una viejecita! También sus hijos están en el ejército, y cuando ha visto a un soldado, claro, se ha derretido. Insistió en invitarme, me ofreció requesón...

-¿Y lo has rechazado? -preguntó Nikolái con asombro.

Lopajin le dirigió una mirada fulminante.

-¿Es que yo soy un peregrino o un mendigo, para privar a una vieja de la última ración de requesón que tenía?

-Es absurdo que lo rechazaras -objetó Nikolái, apenado-. Podías habérselo pagado.

Mirando hacia otro lado, Lopajin añadió:

-No sabía que te gustara tanto el requesón, de lo contrario, por supuesto que lo hubiera cogido. Aunque eso tiene arreglo: luego le devuelves tú el cubo, que yo con una vez de ir allá ya tengo bastante, y de paso le pides el requesón. La viejecita es tan buena, que no te pedirá ni un copec. No se te ocurra ofrecerle dinero, que podrías ofenderla. Me dijo: «Me dan tanta lástima los soldados en retirada, tanta lástima, que se lo daría todo...» Bueno, vámonos, si no, nuestros cangrejos se irán al cuerno.

6

Nikolái comió las gachas, y luego lavó y secó la escudilla. Lopajin no se puso a comer su ración. Estaba en cuclillas junto a la hoguera, y removiendo con un palo en el cubo, miraba ávidamente los cangrejos que tenían sus pinzas inmóviles fuera del agua envuelta en vapor. En torno a la hoguera se percibía el olor dulzón del hinojo recalentado, y, de vez en cuando, Lopajin movía la nariz olfateando el aroma y decía:

-Bueno, sencillamente como en el hotel Inturist, en Sadovoi de Rostov: huele a hinojo, a cangrejos frescos. Si tuviéramos aquí media docena de cervezas heladas de «Las tres montañas», ya no haría falta nada más. ¡Eh, camaradas, sostenedme! ¡Por culpa de este olorcillo podría caerme al fuego!

A intervalos, y en dirección este, pasaban vehículos del batallón médico-sanitario. El último en pasar fue uno descapotado de fabricación americana, nuevo, con una pintura verde que reflejaba un pálido resplandor, pero se le notaba que había sido alcanzado por las balas en varios sitios e incluso el capó estaba destrozado. Apoyados ambos lados iban los heridos leves: los vendajes blancos hacían resaltar aún con más fuerza el color moreno de sus rostros.

-Deberían llevar una lona impermeabilizada -dijo Nikolái con disgusto-; se asarán de calor en el coche.

El soldado alto miró a los heridos y suspiró.

-¿Por qué los llevarán de día? La estepa está pelada, llegan volando los aviones y los hacen papilla. ¡No tienen ni idea!

-Quizá sea necesario -replicó el otro-. Y los zapadores han dejado de martillar. Somos los únicos que estamos refrescándonos.

Nikolái se puso a escuchar; en la aldea reinaba un silencio extraño, sólo se oía el ruido de los vehículos que se alejaban y el despreocupado arrullo de la tórtola, pero pronto llegó del Oeste el conocido ruido sordo de los disparos de la artillería.

-¡Nos han fastidiado los cangrejos! -exclamó Lopajin tristemente y lanzó una palabrota a estilo minero.

Efectivamente, no hubo tiempo de cocer los cangrejos. En pocos minutos, el regimiento se puso en pie. El capitán Sumskov pasó revista rápidamente a los soldados formados, y llevándose la mano a su contusionada cabeza, con aire preocupado, dijo:

-¡Camaradas! Se ha recibido una orden: organizar la defensa en la colina, detrás de la aldea, en el cruce de caminos. Hay que defenderse hasta que lleguen refuerzos. ¿Está clara la misión? Hemos perdido mucho en los últimos días, pero hemos conservado la bandera del regimiento, y es preciso conservar, asimismo, el honor del regimiento. ¡Resistiremos hasta el fin!

El regimiento abandonó la aldea. Svyaguintsev empujó con el codo a Nikolái, y animadamente, con los ojos brillantes, dijo:

-¡Pase por que entremos en combate con la bandera, pero ojalá no nos retiremos también con ella! En los últimos días no podía verla ni de lejos, y he pensado más de una vez: «Que se la den a Pietia Lisichenko para que la guarde en la cocina; de lo contrario, volveremos la espalda al enemigo y con la bandera.» En cierto modo, era molesto ante la gente, por uno mismo y por la bandera... -Guardó silencio durante unos instantes y luego preguntó: ¿Tú qué crees? ¿Resistiremos?

Nikolái se encogió de hombros, respondiendo evasivamente:

-Es necesario resistir. -Y pensaba para sus adentros: «¡El romanticismo de la guerra! Ha quedado poca cosa del regimiento; solamente se conserva la bandera, algunas ametralladoras, varias armas anticarros y la cocina, y ahora vamos a colocamos de barrera... Ni artillería, ni servidores de mortero, ni conexión. Resultaría interesante saber de quién ha recibido la orden el capitán. ¿De un inmediato superior? ¿Y dónde está ese superior? Si al menos los antiaéreos nos cubrieran en el caso de que nos atacaran los tanques... Pero lo más probable es que ellos se arrastren hacia el Don, para cubrir el paso del río. ¿Y con qué fin recorrían la aldea? Todos iban hacia el Don, y por las estepas pululan unas unidades salvajes; podría ser que ni el propio comandante conociera su situación. Y no hay una mano dura para poner orden en todo esto... ¡Siempre se producen cosas absurdas en la retirada!»

Durante unos momentos, Nikolái estuvo pensando con inquietud: «¿Qué ocurrirá si nos asedian, si nos atacan con gran número de tanques, y en medio de esta confusión no nos llegan los refuerzos?»

Pero era tan profunda la amargura de la derrota, que ni siquiera tan trágico pensamiento logró causar mella en su conciencia, y haciendo un gesto con la mano, pensó, disimulando su rabia con una falsa alegría: «¡Bueno, al cuerno! Pronto tendremos la solución. Si podemos atrincherarnos, nos desquitaremos de los fascistas alemanes. ¡Vaya si nos desquitaremos! Sólo con que tengamos bastantes municiones... La gente que ha quedado en el regimiento es veterana, la mayoría son comunistas, y el capitán es bueno. ¡Resistiremos!»

Cerca de un molino de viento, un niño descalzo, de cabello claro, cuidaba de unos patos. Se acercó corriendo al camino, se detuvo, apenas moviendo sus rojos labios, y contempló admirado a los soldados que pesaban junto a él. Nikolái le observó detenidamente, y con los ojos muy abiertos, pensó: «¡Ya lo creo que se le parece!» Los mismos ojos azules de su hijo mayor, y su pelo descolorido... Había una extraña coincidencia en los rasgos de su cara e incluso en toda su constitución. ¿Dónde estaría ahora su tan querido hijo, el pequeño Nikolái Streltsov? Nikolái quiso volverse para mirar a aquel niño tan extraordinariamente parecido a su hijo, pero se contuvo: antes de entrar en combate no necesitaba recuerdos que le enterneceran el corazón. Se acordará y pensará en sus hijitos huérfanos y en su mala madre, no en su último momento, como suele escribirse en las novelas, sino después que haya arrojado a los alemanes del anónimo montículo. Pero ahora, el soldado Nikolái Streltsov tiene que apretar fuertemente los labios y esforzarse en pensar en algo superficial; será lo mejor...

Durante un buen rato, Nikolái continuó caminando con aire preocupado, con los ojos fijos en lo que tenía delante y la mirada abstraída, intentando recordar cuántos cartuchos llevaba aún en el macuto; no obstante, al fin no pudo reprimir su impulso y se volvió: a pesar de que la columna había pasado ya, el niño se hallaba todavía junto al camino, sin apartar su mirada de los soldados que se alejaban, y agitando un pañuelo que sostenía con su manecita por encima de su cabeza, en señal de despedida. Lo mismo que aquella mañana, Nikolái sintió que se le oprimía dolorosamente el corazón y notó que se le subía la garganta como un nudo caliente y trémulo...

7

Allá arriba, la tierra roturada, seca por el sol, estaba dura como el pedernal. Apenas la pala hendía unos centímetros, cuando arrancaba pequeños trocitos que se deshacían, y en el lugar por donde se había introducido la pala se advertía un borde brillante y pulido.

Los soldados cavaban las trincheras con febril celeridad. Hacía poco rato que un avión de reconocimiento alemán había efectuado una pasada; sin descender, disparó dos ráfagas de ametralladora y luego se dirigió al Este. «Ahora, a esperara que lleguen los huéspedes», se dijeron los soldados.

Nikolái cavó una zanja que le llegaba hasta las rodillas, y después se enderezó para respirar. Svyaguintsev cavaba cerca de él. La guerrera que llevaba sobre la espalda estaba húmeda y caliente, y por su rostro bajaban torrentes de sudor.

-¡Esto no es tierra, sino una joroba para el pueblo! -exclamó, respirando fatigosamente, mientras se limpiaba su congestionado rostro con la manga-. Hay que destriparla con pólvora, en vez de escarbar con una pala. Menos mal que los alemanes no presionan todavía, de lo contrario, bajo el fuego, en una tierra así, no podríamos escondernos en seguida.

Nikolái prestaba atención al ruido de la artillería, que se alejaba y apagaba, y después volvió a coger de nuevo la pala.

Un polvo molesto se le metía por los ojos y por la nariz, su corazón palpitaba agitadamente y le era difícil respirar. Cavó la trinchera hasta casi la altura de la cintura; cuando de repente se dio cuenta de que ya no tenía ánimos para seguir sacando tierra del fondo de la zanja, y, escupiendo con rabia la arena que chirriaba entre sus dientes, se sentó al borde del hoyo.

-¿Qué tal ese productivo trabajillo? -preguntó Svyaguintsev.

-Terminado.

-Ya ves, Nikolái, la guerra es la guerra. ¡La de tierra que uno ha de remover con la pala! Echando cuentas, creo que yo solo, en el frente, he trabajado tanta tierra como un tractor en una temporada. Es más de lo que realiza una unidad de trabajo cotidiano del koljós.

-¡Está bien, para de hablar! -gritó fuertemente el teniente Goloshtchyekov, y con insólita habilidad, Svyaguintsev saltó a la trinchera.

Hacia las tres de la tarde, las zanjas habían sido cavadas a la altura de una persona. Nikolái camufló cuidadosamente su trinchera con un manojó de ajeno grisáceo, y en el hueco que había en la parte anterior de la zanja, colocó granadas y cartuchos; entre las piernas tenía el macuto abierto, con los consabidos objetos personales del soldado y varias municiones. Entonces se dispuso a mirar atentamente a su alrededor.

El declive occidental de la colina descendía hacia un precipicio en el que se diseminaban jóvenes encinas. En la vertiente verdeaban ciruelos silvestres y espinos.

Dos profundos precipicios se iniciaban a ambos lados de la colina y se juntaban en el barranco, y Nikolái se tranquilizó pensando que los tanques no pasarían por los flancos.

El calor no cesaba. Al igual que antes, el sol seguía recalentando la tierra. El profundo olor del ajeno despertó en él una súbita tristeza. Apoyado en la trinchera, Nikolái, extenuado, contemplaba la destripada y maltratada estepa, densamente cubierta por montecillos de viejas madrigueras de marmotas, y la cumbre de la colina, por la que se deslizaba el blanquecino basardo de la estepa. A través de las ramitas del ajeno, se podía ver un cielo intensamente azul, y, a lo lejos, se dibujaban apenas los contornos de los sotos, que parecían de un color azul claro y como si planearan sobre la tierra.

A Nikolái le torturaba la sed, pero sólo bebió un trago de la cantimplora, sabiendo por experiencia el valor que tiene cada gota de agua en el momento del combate. Miró el reloj. Eran las cuatro menos cuarto. Aún transcurrió media hora más de angustiosa espera. Nikolái fumaba su segundo cigarrillo cuando, de pronto, se dejó escuchar el zumbido de los motores. Crecía, se ensanchaba y cada vez se hacía más agudo e intenso aquel tronar que parecía surgir de la tierra. Por el camino se arremolinaba una larga nube de polvo. Los tanques avanzaban. Nikolái pudo contar unos catorce. Se ocultaron por el precipicio y se desperdigaron, tomando posiciones para el ataque. El ruido de los motores no cesaba. Por el camino pasaban ahora vehículos transportando a la infantería. El último en pasar se ocultó en un recodo del camino: era un camión-cisterna blindado.

Habían llegado ya aquellos instantes que preceden al combate, breves pero llenos de una gran tensión interior, en los que el corazón late rápida y sordamente, y el soldado se siente solo, a pesar de hallarse entre sus camaradas, invadido de un sudor frío y latiéndole el corazón frenéticamente. Nikolái conocía ya estos instantes y sus consecuencias; ya en cierta ocasión, habló de ello con Lopajin, y éste le dijo con insólita gravedad: «Luchamos juntos, pero morimos separadamente, ya que la muerte de cada uno es la suya propia, tan personal como un macuto que lleva las iniciales escritas con tinta... Además, Kólia, la cita con la muerte es algo grave. Se realice o no esa cita, no por ello el corazón deja de latir como el de un enamorado, e incluso delante de la gente, te sientes como si en el mundo sólo estuvierais los dos: tú y ella... Cada hombre es un ser

viviente, ¿qué quieres, pues?»

Nikolái sabía que tan pronto como se iniciara el combate, este sentimiento se vería sustituido por otros, breves, intensos, quizá no siempre razonables... Con la respiración entrecortada, se puso a mirar fijamente la estrecha franja verde que separaba el barranco de la pendiente de la colina. Más allá, tras esa franja, todavía se escuchaban sorda y acompasadamente los zumbidos de los motores. La tensión hizo que brotaran algunas lágrimas de los ojos de Nikolái, y todo su cuerpo comenzó a hacer decenas de pequeños movimientos, como si ya no le perteneciese; incontroladamente, sus manos palparon los cartuchos que estaban abajo, como si éstos, calentados por el sol, pudieran desaparecer. Se alisó las arrugas de la guerrera, pero sin apartar la vista del precipicio, movió un poco la ametralladora, y cuando del parapeto cayeron trozos de arcilla seca, la aplastó con la punta de la bota, y después separó las ramitas del ajeno, a pesar de que se veía lo suficiente, tras lo cual se encogió de hombros... Eran todos movimientos instintivos, de los que Nikolái ni siquiera se daba cuenta. Concentrado en la observación, miraba fijamente hacia el Oeste, sin advertir que Svyagintsev le llamaba en voz baja.

En el barranco rugieron los motores y aparecieron los tanques. Detrás de ellos, sin encorvarse, con el cuerpo erguido, seguía la infantería.

«¡Qué insolentes se han vuelto los malditos! Caminan como en un desfile... ¡Bueno, ahora os prepararemos una recepción! Lástima que no tengamos artillería, de lo contrario hubiéramos recibido el desfile como corresponde», pensaba Nikolái respirando afanosamente, mientras contemplaba las minúsculas figuritas de los enemigos allá en la lejanía.

Los carros de combate avanzaban lentamente, sin separarse de la infantería, sorteando con cuidado las madrigueras de las marmotas y ametrallando aquellos lugares que consideraban sospechosos. Nikolái vio como era alcanzado por las balas un arbusto espinoso que se hallaba a unos doscientos metros, y como impulsadas por el viento, caían sus hojas y sus ramas.

Los tanques abrían fuego sobre la marcha. Los proyectiles no alcanzaban la cumbre de la colina; la mayoría se quedaban por entre los arbustos, y después empezaron a formarse negras columnas de humo negro mientras se acercaban a las trincheras. Nikolái se apretaba contra la pared, dispuesto a saltar a cada instante.

Cuando los tanques hubieron superado más de la mitad de la distancia y se encontraban entre los espinos, aceleraron la marcha. Nikolái oyó las monótonas voces de mando. Casi al unísono empezaron a disparar las ametralladoras y los fusiles antitanques; al ruidoso tableteo de las armas automáticas se unía el ruido seco y trepidante de los fusiles.

Separada de los tanques, la infantería alemana sufrió algunas pérdidas; pero siguieron adelante, y luego se echaron al suelo, obligados por el fuego que se cernía sobre ellos.

Los disparos de las armas anticarros fueron incrementándose. El primer tanque se detuvo, sin alcanzar la zona de los espinos, y el segundo estalló y quedó del revés, lanzando hacia el cielo una columna de negro alquitrán, rodeado de una densa humareda. Otros dos tanques se incendiaron en los flancos. Los soldados arreciaron el fuego, disparando sobre la infantería, que intentaba ponerse en pie, a las mirillas y sobre los servidores de los tanques, que pretendían saltar por las escotillas.

Un quinto tanque logró alcanzar la línea de defensa a unos ciento veinte metros, aprovechando que el foco antiaéreo de Borsyj enmudeció mientras cubría el centro. Sin embargo, el cabo Kochetygov ya iba a su encuentro. Apretado contra el suelo, el pequeño y hábil Kochetygov se arrastraba con rapidez entre los montecillos parduscos de las madrigueras de las marmotas, y su desplazamiento sólo era advertido por el ligero movimiento de los arbustos.

Nikolái vio cómo se levantaba impetuosamente, se llevaba la mano a un lado, y tras haber lanzado una granada contra aquel colosal y enorme carro blindado, se agazapaba rápidamente.

De un lado del tanque se elevó una pálida columna de arena, como si un gran pájaro hubiese sacudido de pronto sus negras alas, y el tanque se volcó sobre un lado y quedó inmóvil; bajo el fuego a que estaba sometido, se veía el flanco en el que tenía dibujada una cruz.

El fusilero antitanque Borsyj, que había permanecido inmóvil durante unos momentos, volvió a la carga, haciendo funcionar ininterrumpidamente su fusil sobre aquel tanque volcado, averiado e indefenso. La ametralladora del tanque empezó a disparar una ráfaga, pero en seguida enmudeció. Sus servidores no quisieron o no pudieron salir; unos minutos más tarde empezaron a estallar sus municiones, y se levantó una gran humareda que salía en densas columnas a través del boquete y de la enmudecida torreta.

La infantería enemiga, sometida al fuego de las ametralladoras, intentó varias veces incorporarse y avanzar, pero en seguida se echaba de nuevo al suelo. Finalmente lo consiguieron; con rápidas carrerillas lograron adelantar y acercarse, pero al mismo tiempo los tanques se desplegaron y dieron media vuelta, dejando abandonados, en la vertiente, seis tanques quemados y averiados.

De algún lugar, como si fuera de debajo de la misma tierra, Nikolái oyó la sorda y alborozada voz de

Svyaguintsev:

-¡Nicolái! Les hemos dado un baño, ¿eh...? ¡Querían tomarlo como si fuera un paseo militar! ¡Les está bien empleado! ¡Que vengan otra vez, les daremos otro baño!

Nicolái cargó cuidadosamente los peines, se acercó la cantimplora a los labios, bebió un poco de aquel agua que estaba como caldo y miró el reloj. Le daba la impresión de que la lucha había durado unos minutos, pero en realidad había transcurrido media hora desde que empezó. El sol se dirigía a su ocaso, y sus rayos comenzaban a disminuir la intensidad de unos momentos antes.

Después de beber otro sorbo de agua, Nicolái apartó, asqueado la cantimplora de sus reseos labios y miró con cautela hacia el exterior. Percibía un terrible olor a hierro quemado y gasolina, mezclado con el amargo de la hierba carbonizada. Por encima de los montículos, los hierbajos ardían junto a un tanque cercano, lo cual apenas se percibía a la plena luz diurna; las lengüetitas de hierba seguían humeantes en la vertiente, destacándose las oscuras cajas de los tanques inmovilizados; junto a ellos se encontraban los montecillos de color pardusco de las madrigueras de las marmotas, que ahora tenían una forma mucho más aplanada, e incluso su color parecía haberse vuelto de un tono gris verdoso. Cuando lo observó más detenidamente, Nicolái se dio cuenta de que se trataba de los cadáveres de los alemanes muertos, y en el fondo de su alma habría deseado que no hubiera tantos montecillos de color gris verdoso como antes hubiera querido...

Desde el barranco subía el ruido de las ametralladoras. Nicolái escondió la cabeza tras el parapeto; suspirando, apoyó su cuerpo sudoroso en la trinchera y miró hacia arriba. Sólo allí, en aquel firmamento azul, nada había cambiado: el aguilucho de la estepa volaba dando vueltas armoniosamente y movía de vez en cuando las alas, iluminadas desde abajo; una nubecilla blanca de tono violáceo, parecida a una concha bañada de finísimo nácar, permanecía en el mismo sitio de antes, completamente inmóvil, y de alguna parte se oían los trinos de la alondra; todo ello se sentía en el corazón. Tan sólo la columna de humo parecía difuminarse en la lejana colina, y los sotos que la limitaban no parecían ya insoportables y como flotando sobre la tierra, sino que daban la impresión de ser más azules y de tener más tosca consistencia...

Nicolái esperaba que el segundo ataque alemán empezaría cuando los tanques y las ametralladoras hubieran realizado un movimiento envolvente, pero, por lo visto, los alemanes pretendían llegar a la encrucijada de caminos y salir al camino nivelado a los pies de la colina; al igual que la primera vez, los tanques y la infantería que les acompañaba, con obtusa terquedad, iban a la cabeza de la formación, por la vertiente sembrada de cadáveres.

Nuevamente el fuego separó a la infantería de los tanques, y tuvieron que echarse al suelo, mientras éstos se dirigían precipitadamente a la zona defensiva. Dos de ellos pudieron llegar a las trincheras por el flanco derecho. No obstante, ambos habían sido alcanzados por las granadas, pero uno logró aplastar algunas trincheras y, a pesar de estar envuelto en llamas, siguió avanzando; rugía terriblemente y la torreta dirigía el fuego por la única banda que no había sido tocada, y por su blindaje recalentado se deslizaban luciérnagas de un azul amarillento, mientras la pintura, desprendida por el calor, íbase desprendiendo en espirales.

Los oblicuos rayos solares daban bajo el casco, por lo cual resultaba difícil mirar y seguir con el punto de mira las figuras de los que corrían y a quienes ocultaba el sol. Nicolái disparaba con ráfagas cortas para ahorrar municiones; disparaba solamente sobre seguro, pero tenía los ojos cansados y cegados por los rayos del sol, y cuando se rechazó el segundo ataque, suspiró con satisfacción y los cerró un instante.

-¡Les hemos dado otro baño...! -sonó a su lado la bronca aunque más contenida voz de Svyaguintsev-. ¿Estás vivo, Nicolái? ¿Estás vivo? Eso está bien. Lo importante es saber si tendremos suficientes reservas para seguir limpiándolos. Uno les dispara, pero se arrastran por entre el trigo como un insecto dañino...

Murmuró algo más en un tono de voz incomprensible, pero Nicolái ya no le escuchaba. Se sentía absorto por un ruido bajo e intermitente producido por los aviones alemanes.

«Sólo faltaba esto», pensó, mientras oteaba el firmamento y maldecía al sol que le molestaba para ver bien.

Doce *Junkers* seguían la ruta norte-oeste, y, al parecer, se dirigían al Don. Desde el primer instante, Nicolái calculó la dirección que llevaban, y dedujo que aquellos aviones iban a bombardear el paso del río. Incluso suspiró aliviado y pensó: «¡Pasaron!» Pero en aquel mismo momento observó que cuatro de los aviones se separaban de la formación y, dando la vuelta, se dirigían directamente hacia la colina.

Nicolái se ocultó cuanto pudo en el interior de la trinchera y se preparó para disparar, pero sólo pudo lanzar una ráfaga contra el avión que se dirigía hacia él oblicuamente. Al rugido del motor se unió el zumbido de las bombas.

Nicolái no pudo escuchar el bramido del suelo al ser sacudido por la explosión, ni se dio cuenta de la masa de tierra que se había levantado y arrancado, junto a él. Una oleada de aire caliente, densa y compacta, se apoderó de la trinchera, arrastrando el parapeto anterior con fuerza tal, que la cabeza de Nicolái fue a chocar contra un lado. La parte posterior del casco le golpeó y zarandéo la nuca de tal modo, que la correa

que llevaba debajo del mentón se rompió. Perdió el conocimiento y quedó medio asfixiado, ensordecido...

Nikolái se recobró cuando los aviones enemigos habían efectuado ya dos pasadas y arrojado su cargamento de bombas, y la infantería alemana se preparaba para el tercer ataque, aproximándose a la línea defensiva para un golpe final.

Alrededor de Nikolái, la lucha estaba en su momento álgido. Los escasos soldados que quedaban aún en el regimiento aguantaban con sus últimas fuerzas; su fuego se había debilitado, quedaban pocos recursos para la defensa. Por el flanco izquierdo se hacía uso de las granadas, y los supervivientes estaban disponiéndose a recibir a los enemigos con la bayoneta calada. Sin embargo, Nikolái, medio cubierto de tierra, permanecía en el fondo de la trinchera como un macuto inerte, respirando trabajosamente, y cada vez que expelía el aire, su mejilla rozaba el suelo de la trinchera... Sangre tibia y cosquilleante manaba de su nariz. Por lo visto hacía tiempo que le salía, porque la sangre se había secado en su bigote y en sus labios. Nikolái se pasó la mano por el rostro y se incorporó un poco. Unas fuertes náuseas le tumbaron de nuevo. Luego se le pasó. Se levantó, miró con ojos turbios y lo comprendió todo: los alemanes estaban cerca.

Sus brazos, debilitados, le dolieron durante mucho tiempo. Nikolái se puso a colocar municiones en el peine, mientras intentaba incorporarse, pero sólo pudo ponerse de rodillas. La cabeza le daba vueltas, el agrio olor de lo que había devuelto le mareaba todavía más. Pero pudo superar las náuseas, los mareos y la molesta debilidad que invadía su cuerpo, y se puso a disparar ajeno a cuanto sucedía a su alrededor. Movía fuertemente los labios, teniendo presentes sus dos más poderosos deseos: ¡Vivir y luchar hasta el fin!

Así transcurrieron minutos que le parecieron horas. No se dio cuenta de que tres K. V. procedentes del sur del precipicio se echaban encima de los vehículos alemanes; iban acompañados por una brigada de infantería motorizada, y tan ofuscado se hallaba, que no acertó a comprender por qué los alemanes, tendidos a unos cien metros de sus trincheras, cesaron de repente el fuego y retrocedieron, arrastrándose, para luego levantarse y correr a la desbandada, pero no hacia atrás, sino de Norte a Sur, hacia el precipicio.

Resbalaban por la pendiente como hojas de color gris verdoso recogidas e impulsadas por un fuerte viento; la mayoría de ellos caían, se confundían con las hojas y ya no volvían a levantarse...

Sólo cuando Svyaguintsev, el teniente Goloshtcheykov y otros soldados dieron un salto por encima del hoyo practicado por una bomba, pasando junto a Nikolái, éste comprendió en seguida lo que ocurría, al fijarse en sus rostros, pálidos de furia y, rebosantes de alegría. En su garganta sonó algo ronco, pues también quería, al igual que los demás, gritar con fuerza; como había hecho en otros tiempos, también deseaba saltar y correr junto con sus camaradas, pero sus miembros, débiles, sin fuerza, le caían y se arrastraban por el borde del parapeto de la trinchera. No pudo salir de ella... De su nariz manaba una sangre tibia y cosquilleante. Nikolái se apoyó en el destrozado parapeto y, con rabia y despecho, se puso a llorar por su propia impotencia y porque la suerte le había dado la espalda. Habían resistido en la colina, la ayuda había llegado a tiempo y el maldito enemigo huía por tercera vez.

No vio cómo Svyaguintsev y algunos soldados más atacaban con las bayonetas a los alemanes que huían; no vio cómo el sargento Lyubchenko se apartaba del ejército, caminando lentamente con su pie herido, mientras sostenía con una mano la bandera sin desplegar y aguantaba fuertemente con la otra la ametralladora; no vio cómo el capitán Sumskov había salido arrastrándose de la trinchera destruida por una bomba... Apoyado en el brazo izquierdo, el capitán se deslizaba por la vertiente siguiendo a sus soldados; tenía el brazo derecho destrozado y la guerrera, hecha jirones, estaba empapada de sangre. De vez en cuando se tumbaba sobre el hombro izquierdo y luego seguía arrastrándose. Estaba pálido como un muerto, con rostro completamente blanco y, no obstante, continuaba avanzando, mientras echaba su cabeza hacia atrás para gritar con una voccecita infantil:

-¡Aguiluchos! ¡Amigos míos, adelante...! ¡Dadles su merecido!

Nikolái no vio ni oyó nada de esto. En el tenue firmamento nocturno, acababa de iluminarse la primera estrella temblorosa y tintineante; pero, para él, se había hecho ya la noche total, con una pérdida de memoria prolongada y benéfica.

8

Grandes extensiones de trigales maduros estuvieron ardiendo toda la noche, incendiados por las bombas alemanas. El inmóvil y tembloroso resplandor del fuego perduró durante toda la noche, y junto a la iluminación de la estepa por el cruel resplandor de la guerra, la luz páfida y engañosa de la luna, en cuarto menguante, parecía sumamente débil y quizá por completo innecesaria.

A impulsos del viento, el olor a quemado se trasladaba hacia el Este, acompañando inseparablemente a los soldados que se retiraban hacia el Don, y los perseguía como un recuerdo desagradable. Svyaguintsev, a cada kilómetro que caminaba, se sentía más pesadoso en el fondo de su alma, como si el aire amargo, envenenado por el fuego, le atacara no sólo los pulmones, sino también el corazón.

Las últimas unidades de cobertura proseguían su marcha hacia el río, mientras los carros de los

refugiados, repletos de enseres, se arrastraban siguiendo las lindes del angosto camino; los carros de combate retumbaban, haciendo resonar las llantas y levantando un polvo dorado, y los rebaños de corderos de los koljoses, empujados hacia el Don, se desperdigaban por la estepa ante la presencia de los tanques y se perdían en la oscura noche. Durante mucho tiempo pudieron escucharse las rápidas pisadas de las pezuñas de los corderos, y se oían, quedamente, los sollozos de las mujeres y de los niños, que empujaban los rebaños, al tiempo que trataban de contenerlos y evitar su desbandada.

En un lugar, rodeando una columna de vehículos que se hallaba estacionada en el camino, Svyaguintsev arrancó de junto al sendero una espiga que no había sido alcanzada por el fuego y se la acercó a los ojos. Era una espiga de trigo *memyanopus*, granada y rellena, que sus pesados granos ya hacían estallar. Se le habían quemado las puntas, la cascarilla del grano estaba abierta por el calor y toda ella aparecía lastimosamente desfigurada por el fuego e impregnada de un intenso olor a humo.

Svyaguintsev olió la espiga y masculló:

-¡Querida, cómo te has ahumado! Apestas a humo como un gitano... ¡Eso es lo que te ha hecho el maldito alemán, el desalmado!

Apretó la espiga entre sus manos, sacó los granos, sopló, los pasó de una mano a la otra, se los metió cuidadosamente en la boca procurando que no le cayera ninguno al suelo, y una vez los hubo masticado suspiró por tres veces.

Durante los largos meses de permanencia en el frente, Svyaguintsev había visto muchas muertes, muchos sufrimientos y desgracias personales; había visto incendios y destrucciones de pueblos enteros, fábricas derruidas, escombros y chatarra donde, hacía poco aún, podían contemplarse hermosos pueblos; había visto cómo los tanques pisotearon y el fuego destruyó para siempre campos frutales; pero hasta entonces, durante toda la guerra, no había visto jamás arder el trigo en grandes extensiones de la estepa, y esto acongojaba aún más su alma. Caminó durante bastante tiempo, conteniendo interiormente los suspiros; ya en el crepúsculo observó con los ojos secos los campos quemados y carbonizados por el enemigo, y, de vez en cuando, arrancaba alguna que otra espiga de trigo o de cebada que había sido liberada del fuego, en la linde misma del sendero, y pensaba cuánta riqueza del pueblo se echaba ahora a perder inútilmente y qué cruel guerra sostenían los alemanes contra todo lo que significaba la vida.

Algunas veces, su mirada descansaba, en espacios verdes, en los que se veía maíz y girasol, que no habían sido perjudicados por el fuego; pero luego, a ambos lados, del camino se extendía de nuevo la tierra quemada, tan oscura y fea en su muda desgracia, que a veces Svyaguintsev no podía ni mirarla.

Su cuerpo estaba extenuado, necesitaba reposo, pero después de lo que había visto, algo le impulsaba a seguir adelante; Svyaguintsev pensaba en la guerra, y para ahuyentar el sueño, empezó a hablar casi en voz alta:

-¡Ah; tú, alemán, eres un verdadero parásito! Estás acostumbrado, venenoso reptil, a patear la tierra ajena y a mostrarte insolente, pero espera a que llevemos la guerra a tu país. ¿Qué pasará entonces? Aquí te muestras muy despreocupado, y con un desenfado absoluto matas a mujeres y niños, quemas inmensas cantidades de trigo y arrasas nuestras aldeas, sin que ello conmueva tu conciencia... Bueno, pero ¿qué pasará contigo cuando la lucha se desarrolle en tu tierra fascista? ¡Entonces, alemán cabezota, cambiarán las tornas! Entonces no, estarás como ahora, sentado en las trincheras tocando un maldito acordeón, sino que te olvidarás de él, levantarás la boca hacia arriba y te pondrás a aullar con mala voz de perro, pues tu olfato te indicará que tu destino estará ya colgado de tu cuello. ¿Sabes a cuántos niños has dejado huérfanos, a cuántas mujeres viudas, alemán? A tantos, que por fuerza tendremos que ir a desquitarnos. Y ni uno de nuestros soldados o de nuestros oficiales te dirigirá palabras amables, ni un alma se levantará para abogar por ti. ¡Puedes jurarlo! Desde luego he de vivir hasta ese día en que nos traslademos a tu inmunda tierra, con fuego, para ver con qué manga te enjugas el llanto. Tengo que conseguirlo, porque te odio demasiado; siento ansias de cogerte y enviarte al otro mundo por todos los siglos, para que te quedes en tu nido de serpientes, y no aquí, en alguna de nuestras provincias.

Así, caminando y rezongando por lo bajo, contra un alemán invisible, se desahogaba contra todo lo que representaba en aquel momento el ejército alemán, contra toda la maldad que había llevado a cabo en territorio ruso. Maldad que Svyaguintsev había presenciado a través de la guerra y que ahora comprobaba una vez más entre los crueles resplandores de los incendios.

Los pensamientos en voz alta ayudaban a Svyaguintsev a disipar el sueño, y cada vez se afirmaba más en su corazón la idea de que el enemigo, tarde o temprano, tendría su merecido, a pesar de sus numerosas tentativas de destruirlos.

-¡Te destruiremos y te aniquilaremos, hijo de perra! Si te gusta ir de visita, aprende también a recibir las visitas -decía Svyaguintsev en un tono cada vez más alto, a medida que iba acalorándose en sus pensamientos.

En este momento, Lopajin, que caminaba cansinamente detrás de él, le puso una mano sobre los hombros

y le preguntó:

-¿Qué estás rezongando, maquinista? Pareces un urogallo en el pajar. ¿No estarás contando el trigo que se ha quemado? Déjalo, no te atormentes, esas pérdidas no caben en tu mollera. Para esto habría que llamar a un profesor de matemáticas.

Svyaguintsev se calló, pero luego respondió en tono bajo y soñoliento:

-Es que así alejo el sueño... Desde luego que me da lástima el trigo, lo mismo que al campesino. ¡Dios mío, cuánto se habrá perdido! Cien o ciento veinte puds por hectárea, esto es lo que hay que tener en cuenta, hermano. Hacer crecer un trigo así no es lo mismo que sacar carbón.

-Bueno, el trigo crece solo, mientras que el carbón cuesta trabajo sacarlo, pero esto no es cosa que puedas entender. Prefiero que me digas por qué estás hablando solo. Deberías hablar un poco conmigo, porque si sigues rezongando, pensaré si estás en tus cabales o si, has perdido en esta noche el poco juicio que te quedaba. No se te ocurra volver a hablar para ti solo; esas tonterías las prohíbo terminantemente.

-Tú no eres mi superior para prohibirme nada -replicó Svyaguintsev, despechado.

-Te equivocas, amiguito. Precisamente ahora soy tu jefe inmediato.

Svyaguintsev se volvió hacia Lopajin y, con voz apagada, preguntó:

-¿Y por qué razón figuras entre los mandos?

Lopajin golpeó el casco de Svyaguintsev con su uña amarillenta por el tabaco, y le dijo socarronamente:

-¡Hay que pensar con la cabeza y no con este hierro! ¿Dices que por qué, soy tu jefe? Pues mira por qué: durante el ataque el comandante se encontraba delante, ¿no es así? En la retirada, estaba detrás, ¿no es cierto? Cuando estuvimos defendiendo la colina, detrás de la aldea, mi trinchera estaba situada a unos veinte metros delante de la tuya, y ahora, en este momento, estoy detrás de ti. Usa, pues, tu pobre inteligencia: ¿quién es el jefe de nosotros, tú o yo? Y ahora no debes insolentarte conmigo, sino todo lo contrario, complacerme en lo que puedas.

- Y todo eso, ¿por qué? -preguntó Svyaguintsev, aún más enojado, que no sabía soportar las bromas y aguantaba mal las chanzas de Lopajin.

- Cabeza de alcorcho, porque en el regimiento sólo hemos quedado unos cuantos, y si todavía hemos de luchar un poco y resistir como antes en una o dos lomas más, del regimiento tan sólo quedaremos tres: tú, yo y el cocinero Lisichenko. Y si en todo el regimiento no quedamos más que tres, yo seré el comandante, y a ti, estúpido, te nombraré jefe de Estado Mayor. Así que, por lo que pueda ocurrir, procura no perder mi amistad.

Svyaguintsev, malhumorado, sacudió el hombro para colocar bien el correa del fusil. Sin volverse, dijo a Lopajin en tono de enfado:

- No se dan comandantes como tú.

- ¿Por qué?

- Un comandante de regimiento tiene que ser una persona seria, responsable de sus palabras...

- Y, según tú, ¿no soy persona seria?

- Tú no eres más que un charlatán y un juerguista. No usas la lengua si no es para bromear, como si tocaras, la *balalayka*. ¡Vaya un comandante serías tú! ¡Un sinvergüenza, pero no un comandante!

Lopajin tosió ligeramente, y cuando volvió a hablar, sus palabras tenían un deje guasón:

-¡Ay, Svyaguintsev, Svyaguintsev, no eres más que un ingenuo koljosiano! Hay diversas clases de comandantes, según la inteligencia y el carácter: los hay que son serios, otros son alegres, otros, inteligentes, y los hay incluso un poco tontos. Pero los jefes de Estado Mayor se hallan cortados por el mismo patrón, son todos hombres inteligentes. Te diré que en los últimos tiempos han existido comandantes como este que te voy a describir: un comandante que es un tonto de capirote, pero es una persona arrojada, tenaz, que sabe poner arrestos a todo y echarle mano al que se le acerque; en asuntos de guerra puede incluso tener ideas, pero, desde luego, tiene el pecho combado como un gorrión viejo, el bigote tieso, una voz fuerte para el mando, y su madre dice que es un genio; en una palabra, manda en todo, es un bravo comandante, y no puedes decir nada en contra. Pero en la guerra, con tener buena facha de uniforme no basta, ¿estás de acuerdo?

Svyaguintsev asintió satisfecho, y Lopajin continuó diciendo:

-Pues en este caso, van y le ponen a este comandante un jefe de Estado Mayor inteligente. ¡Y fíjate en qué se han convertido las buenas acciones de nuestro bravo comandante! Le basta tener una autoridad superior, para que la suya se incremente; rápidamente, todos empiezan a ensalzar al comandante, no hacen más que hablar de él, y el jefe de Estado Mayor -hábil como un perro, pero lleno de modestia- vive bajo la gloria del comandante, como una flor que se oculta en la sombra... Realmente, nadie le ensalza, nadie le llama Iván Ivanovich, y, sin embargo, es el cerebro de todo, el comandante es algo así como su pantalla. Cosas parecidas ya tenían lugar en tiempos de los faraones.

Con una amplia sonrisa, Svyaguintsev exclamó:

-Algunas veces, Pietia, dices cosas sensatas. Por su puesto que si a mí, pongamos por ejemplo, me

colocaran a tu lado en calidad de jefe de Estado Mayor, ¡no permitiría que hicieras tantas tonterías! Realmente, me considero una persona seria, mientras que tú, y no lo digo con ánimo de ofender, tienes la cabeza llena de serrín. Claro que a mi lado las cosas irían mejor.

Lopajin movió la cabeza con sincera amargura y replicó:

-¡Qué mala persona eres, Svyaguintsev! Todas mis palabras las has vuelto a tu favor...

-¿Cómo que las he vuelto? -preguntó Svyaguintsev, mirándole detenidamente.

-Las empleaste en beneficio propio, eso es todo. ¡Y no está bien!

-Espera un momento; tú mismo has dicho que al comandante le van mejor las cosas cuando cuenta con un jefe de Estado Mayor inteligente. ¿Lo has dicho o no?

Lopajin respondió con aire resignado:

-¡Lo he dicho, lo he dicho, no me vuelvo atrás en mis palabras! Es un hecho que un comandante lo resuelve todo mejor cuando a su lado se halla un buen jefe de Estado Mayor, pero con nosotros es distinto, y las cosas serán al revés: yo me convertiré en el comandante sensato, y tú, aunque no tengas nada en la cabeza, serás de todos modos el jefe de Estado Mayor. Ahora seguro que te interesa saber por qué he decidido de pronto nombrarte jefe de Estado Mayor cuando eres tan necio. No te preocupes, te lo explicaré en seguida. En primer lugar, te nombraré a ti, siempre y cuando de todos los que componen el regimiento sólo quede el maldito cocinero Pietia Lisichenko. A él le haré empuñar el fusil y le daré ordenes, mientras que tú desarrollarás todas mis ideas estratégicas, al tiempo que cocerás las sopas y te arrastrarás en mi presencia como un hijo de perra. En segundo lugar, si además de Pietia Lisichenko quedaran otros soldados del regimiento todavía, en ese caso no cuentes ni remotamente con asumir los poderes de jefe de Estado Mayor. A lo sumo, puedes contar con las funciones de ayudante mío, de ayudante y de ordenanza a un tiempo. Me limpiarás los zapatos, irás a la cocina a buscarme la comida o el vodka..., bueno, y todas las cosas que se me ocurran de carácter doméstico.

Svyaguintsev, que seguía escuchándole con atención, escupió con rabia y se calló. Un soldado que caminaba junto a Lopajin se rió quedamente. Finalmente, Svyaguintsev salió, al parecer, de su asombro y dijo:

-¡Lopajin, no eres más que una *balalayka*! Un hombre vacío. Ojalá nunca tenga que servir a tus órdenes. Con un servicio así me ahorcaría, ya que tú cometerías tantas sandeces en un solo día, que no bastaría una semana para deshacerlas.

-Pero, bueno, habla con más respeto, o no te tomaré ni como ordenanza.

-¿Has sufrido alguna desgracia alguna vez, Lopajin? -preguntó Svyaguintsev.

Lopajin bostezó abiertamente y dijo:

-Ya la tengo ahora. ¿Qué pasa?

-Que no se te nota.

-Mi desgracia no la exhibo, como en una exposición.

-¿Cuál es tu desgracia?

-La normal en las actuales circunstancias: los alemanes se han apoderado de mi Bielorrusia, de Ucrania, de la zona del Don, y seguro que han ocupado ya mi pueblo, donde está mi mujer, mi anciano padre, la mina en la que trabajaba... He perdido para siempre a muchos camaradas por culpa de la guerra... ¿Lo has comprendido?

-¿Te das cuenta de qué clase de hombre eres? -exclamó Svyaguintsev-. Con semejante desgracia encima, y aún te quedan ganas de gastar bromas. Después de esto, ¿se te puede considerar un hombre serio? No, eres un hombre vacío, sólo tienes fachada y basta. Todavía estoy extrañado de que te hayan hecho fusilero anticarro. Ser anticarro es de responsabilidad, no va con tu carácter. Tú tienes un carácter alegre, atolondrado, puede decirse que para lo único que servirías es para tocar la flauta a los platillos o, ¿porqué no?, el tambor.

-¡Piénsalo bien, Svyaguintsev! Confiesa que si has dicho esas tonterías, es porque estás medio dormido, de lo contrario ya te daré yo a ti -dijo Lopajin rabiosamente.

Pero Svyaguintsev se había despejado ya totalmente, y hablaba hasta con animación; de vez en cuando se volvía hacia Lopajin y miraba sus ojos sonrientes y soñolientos.

-Pietia, si tú no estás en el lugar que te corresponde, es porque algunos jefes tienen un carácter como el tuyo; es decir, que son cabezas huecas. Por ejemplo, ¿por qué me han metido a mí en infantería, si soy tractorista especializado, y lo que más me gusta son los motores? En realidad, debería estar en las fuerzas de tanques, pero me encuentro en el arma de infantería, abriendo trincheras y arrastrándome por el suelo como un topo. Y, por otra parte, tú, a quien le vendría bien tocar el tambor para alegrar a la gente, ya puedes estar satisfecho de que te hayan alistado en anticarros y, para colmo; como primer proveedor. Y todavía suceden cosas más extrañas. En la primera unidad en la que me metieron, se formó en una pequeña ciudad a orillas del Volga; allí había un regimiento cosaco de caballería como guarnición. Después llegó el reemplazo del

Don y de la provincia de Stavropolsk. A los cosacos y a los de Stavropolsk los destinaron a infantería, junto con nosotros; los cosacos fueron destinados a zapadores, a telefonistas... ¡Qué diablos habían de saber hacer! En cambio, los carpinteros que habían sido incorporados a filas en Rostov fueron destinados al arma de caballería y se les entregaron pantalones de montar con rayas rojas, chaquetas azules, y así sucesivamente. De modo que los cosacos daban hachazos, aprendían a construir puentes y suspiraban cuando venían los caballos, mientras que a los de Rostov -gente que antes de la guerra habían tenido un oficio, de carpinteros, de albañiles y otros por el estilo, más a propósito para la labor de zapadores-, se movían junto a los caballos, tan desconocidos para ellos que incluso temían montarlos, porque hay que tener presente que en tiempos de paz es muy posible que sólo vieran a los caballos en sueños. Además, aquellos caballos, de tres años de edad, fueron enviados de Salsk, de las estepas de los kalmucos, y estaban aún por domesticar, ¡completamente sin domar aún! ¿Te imaginas lo que pasó allí? ¡Risas y lágrimas! Los pobres carpinteros y albañiles empezaban a ensillar algún caballo salvaje, se reunían a su alrededor unas cuantas personas, el maldito animal comenzaba a brincar, hacía balancearse al jinete de mala manera, mordía, le tiraba al suelo, y el pobre hombre empezaba a dar tumbos como algunas mujercuelas cuando se marean... ¿Qué orden es ése? Un día, estando de guardia en un almacén de ferrocarriles, pude ver cómo un escuadrón se preparaba para ir al frente. Su comandante mandó ensillar, y como de los ciento cincuenta hombres unos cuarenta eran de aquellos albañiles y carpinteros de Rostov, resultó que no sabían ensillar un caballo. ¡No miento, te doy mi palabra! El jefe del escuadrón se echó las manos a la cabeza, poniéndose a renegar de tal modo, que ni siquiera una mosca se hubiera atrevido a ponérsele delante. Pero ¿qué culpa tenían esos carpinteros y albañiles? ¡Ya ves, hermano, las cosas que pasan! Y todo porque a veces hay comandantes que, como tú, sólo tienen serrín en su cabeza.

-Veo que, para mi desgracia, te he pinchado -exclamó Lopajin con un suspiro premeditado-. Te he pinchado y ahora no dices más que idioteces para tranquilizarte y al mismo tiempo demostrarme que no puedo llegar a ser comandante. Pues aunque no quieras, seré comandante y te sacaré la sandez que llevas en el cuerpo. ¡Te pondré a raya y té haré pasar por el ojo de una aguja! Kólia Streltsov, antes de que le llevaran al hospital, me encargó que cuidara de ti. Me dijo: «Cuida de ese Svyaguintsev, que está medio loco; si no lo haces, en fin momento en que le dé alguna tontería, le matarán.» Por eso no te pierdo de vista. «¡Ea -me dije-, hablar con él, así le distraeré de sus sombríos pensamientos!» Pero ahora no me alegro de haberte hablado. Ahora mismo incluso estoy pensando con qué podría taparte la boca para que calles un poco... ¿Quieres una tostada?

-Venga una.

- Ahí tienes dos; sólo te pido que calles y no discutas conmigo. No me gusta en absoluto que los subordinados me lleven la contraria.

Svyaguintsev soltó un ligero bufido, pero cogió una tostada y la hizo crujir entre sus dientes. En un tono completamente soñoliento, dijo:

-Nikolái Streltsov era un hombre serio y cabal, no como tú. Además, mientes al decir que me tenía por medio loco. Me apreciaba mucho, lo mismo que yo a él. Siempre hablábamos de la vida familiar y de todo en general. El sí hubiera sido comandante, porque era una persona de buenas palabras, muy instruido. Antes de la guerra trabajaba como agrónomo; por la seriedad de su carácter, incluso le abandonó su mujer. Pero ¿tú qué eres? Un minero, un alma de carbón, que sólo sabes sacar carbón, y que con ese fusil que tienes en las manos no haces más que disparar a tontas y a locas...

Svyaguintsev continuó hablando bastante rato acerca de las cualidades de Streltsov. Después, sus palabras empezaron a trabarse, fueron bajando de tono y finalmente se calló. Caminó durante algún tiempo con la cabeza agachada; marchaba con dificultad, hasta que de pronto se agachó del todo, y saliéndose de las filas, se dirigió a un lado. Lopajin vio que las piernas de Svyaguintsev no podían seguir el paso, que se le doblaban por debajo de las rodillas, y en seguida dedujo que Svyaguintsev se estaba durmiendo. Corrió a coger a su camarada, y le sostuvo con un brazo al tiempo que le sacudía con fuerza.

-Vamos a ponernos a la cola, no hay por qué romper el orden de la formación -le dijo con voz amable.

Tan inesperadas y extrañas resultaron estas palabras en la ronca voz de Lopajin, que, cuando Svyaguintsev se recobró, le miró atentamente y preguntó, ansioso:

-¿Qué, Pietia, me he adormilado?

-No te has adormilado, sino que te has dormido como un viejo caballo castrado con todo el equipo encima. Si no te hubiera sujetado a tiempo, te habrías caído de bruces al suelo. Tienes una fuerza de caballo, pero eres débil cuando te ataca, el sueño.

-Es cierto -concedió Svyaguintsev-. Podría volver a dormirme de pie. Tan pronto como veas que me baila la cabeza, por favor, golpéame en la espalda, pero fuerte, porque es la única manera de que me entere.

-Descuida, que lo haré con gusto; te pegaré fuerte con la culata del fusil -prometió Lopajin, y abrazó a Svyaguintsev por sus anchos hombros; luego le entregó la petaca, diciéndole:- Venga, Vania, líla un

cigarrillo, así se te acabará el sueño. Tienes un aspecto deplorable, soñoliento, peor que si fueras un prisionero rumano.

Siguiendo a Lopajin como un cordero, Svyaguintsev sostenía la petaca en la mano, y con un suspiro de pena, dijo:

-Aquí sólo queda para un cigarrillo; toma la petaca, no quiero acabar con tu tabaco. Hasta eso se nos ha ido acabando...

Lopajin retiró el brazo del compañero, mientras le decía en un tono autoritario:

-¡Fúmatelo y no pienses! -y tras su severidad ocultaba una ternura masculina que aún le hizo añadir-: Por un buen camarada no se lamenta dar el último cigarrillo, como tampoco se lamenta darle la última gota de sangre... Y tú eres un camarada como hay que serlo y un magnífico soldado, puesto que no te arredras ante los tanques, manejas estupendamente el fusil y combates con tanta furia, que las piernas se te tambalean cuando caminas. Yo siento respeto por esta clase de hombres que luchan hasta morir: es preciso combatir sin descanso al maldito alemán, es preciso estar preparado en todo momento hasta conseguir la victoria; un jornalero con sangre fría no sirve para estas lides. Por tanto, Vania, fuma y salud. Además, ¿sabes una cosa? Por favor, no te ofendas con mis bromas; me resulta más llevadero vivir y luchar gastando bromas, ¿verdad que lo entiendes?

Aquellas últimas briznas de tabaco recibidas de un camarada en un momento crucial, las tiernas expresiones amistosas que salían de labios de Lopajin, o tal vez el profundo sentimiento de soledad que experimentaba Svyaguintsev después que se hubieron llevado a Nikolái Streltsov al hospital en un camión que pasaba por el camino, impulsaron a Svyaguintsev a acercarse a Lopajin.

Al amanecer, cuando los restos del regimiento se unieron a los que defendían los accesos al paso del río, Svyaguintsev veía de otra manera completamente distinta a la de antes, la postura de Lopajin. Como siempre, él seguía graznando y soltando palabrotas contra el duro suelo y la amarga vida de soldado que llevaba, pero cavó rápidamente la trinchera, y luego se acercó a Lopajin, y con una sonrisa, en la comisura de sus labios, dijo:

-Deja que lo haga yo; parece que a un futuro comandante no le hace eso de cavar... -y echando saliva a sus manos cogió la pala.

Lopajin aceptó los servicios de Svyaguintsev con un silencioso reconocimiento, pero al cabo de unos minutos empezó a chillarle como si fuera su superior, gastándole bromas de mal gusto, y mientras con el codo golpeaba la sudorosa espalda de su nuevo amigo, decía:

-¡Cava más hondo, peregrino Iván! ¿Por qué trabajas como los viejos y no haces más que arañar la tierra? En la tierra, como en el amor, hay que lograr una determinada profundidad, y, en cambio, tú no haces otra cosa que escarbar. ¡Qué superficial eres como hombre! Ahora ya sé por qué tu mujer te escribe tan pocas veces: no puede recordar nada bueno de ti, del diablo rojizo...

El seco y escuchimizado Lopajin trabajaba con ardor de profesional, hábil y rápidamente, casi sin descansar, y no perdía el tiempo ni para fumar. En su rostro moreno, en cuyos poros se notaba el color azulado del polvo de carbón, las gotitas de sudor parecían pequeñas lágrimas, y tenía los finos labios fuertemente apretados. Con gran destreza, iba separando la tierra arcillosa que encontraba, y, cuando un pedrusco no cedía ante sus esfuerzos, torcía la boca y profería tales tacos, que incluso Svyaguintsev -gran experto en la materia- se enderezaba unos instantes, movía la cabeza, y, pasando la lengua por sus resacos labios, le decía en tono de reproche:

-¡Dios mío, Pietia! ¡Hasta dónde has llegado! ¡Ya basta de renegar! Deberías blasfemar menos y, no decir palabras tan fuertes, no las sueltas normalmente, es como si subieras una escalera y te olvidaras de cuál es el último peldaño...

Lopajin apenas mostró sus blancos dientes al sonreír, y con los ojos brillantes, replicó:

-Esto, hermano, depende de a quién se recuerda con más frecuencia; tú, por ejemplo, detrás de cada palabra, dices: «Señor, Dios mío»; yo, en cambio, tengo otra expresión... Además, si tú eres un palurdo que te has oxigenado encima de una máquina y, debido a tu trabajo físico, los nervios no se te han alterado, ¿por qué habrías de blasfemar? Pero yo soy minero, y cada día sacaba el trescientos por ciento de la norma diaria. Sacar el trescientos por ciento, y no con la inteligencia, sino a base únicamente de fuerza, no resulta nada fácil, y por lo tanto hay que considerar que mi trabajo era inteligente. Y por supuesto, como sucede a toda persona inteligente, los nervios de la inteligencia se me han desbaratado y por eso hay que blasfemar de vez en cuando para tranquilizar el ánimo. Y si tu esmerada educación no te permite escuchar mis palabras, tápate los oídos con algodón; así solían hacerlo en tiempos de paz los artilleros para no quedarse sordos, y dicen que les daba buen resultado...

En cuanto estuvo dispuesta la posición, a Lopajin se le ocurrió la idea de unir las respectivas trincheras con un pasadizo, pero Svyaguintsev, que ya estaba extenuado, protestó enérgicamente:

-Pero ¿es que piensas pasar el invierno aquí? Yo no voy a seguir cavando.

-No estoy pensando en pasar el invierno aquí, pero lo cierto es que tengo que parapetarme mientras los demás no pasen el río. ¿No has visto cuánto material había en el paso del río por la noche? ¡Menudo, si había! No les puedo dejar todo eso por las buenas a los alemanes, mi propia conciencia no me lo permite, ¿entiendes? -dijo Lopajin con inusitada seriedad.

-¡Te has vuelto loco, Pietia! ¿Cuándo vamos a cavar una zanja de cuarenta metros? Has de intentar pasar sin esa zanja. ¿Para qué diablos la necesitas? Y en caso de que sea necesario, cuando tengas ganas, no te queda otra solución que arrastrarte, te arrastras como si fueras un niño... Bueno, ¿por qué me metes la pala en las narices? Dije que no cavaría más, y no voy a hacerlo. ¿Es que soy tu zapador? No tenemos fuerzas suficientes para gastarlas inútilmente. Si quieres, haz tú mismo el camino de comunicación, como si lo quieres de un kilómetro, pero yo, hermano, estás equivocado si crees que voy a hacerlo yo.

-Y si llega el caso, ¿qué? ¿Tendré que trepar por esa parte pelada? -Lopajin, con un amplio gesto, señaló una zona de tierra yerma, apenas cubierta por alguna hierba marchita-. Tengo que ser el primero de todos, y como un clavo atraviesa un sombrero, así me echarán al suelo para convertirme en una pura chuleta. Esa es la gratitud humana que corre por ahí: tú le defiendes con el pecho de los tanques, pero él se muestra perezoso para seguir cavando con la pala... ¡Vete al diablo! Lo haremos sin ti, aunque te advierto de antemano que si llego a convertirme en comandante y me proponen para la orden, entonces no esperes nada de mí, por mucho que brinques, por mucho que intentes sobresalir, a pesar de que te comas vivos a los fascistas alemanes, ¡no recibirás nada!

-Ya encontró con qué asustarme -dijo Svyaguintsev, sonriendo, y, con visible desgana, se dirigió a coger la pala.

Lopajin salió de la trinchera para echar un vistazo, mientras Svyaguintsev y el segundo proveedor, Aleksandr Kopytovsky, un muchacho con la cara redonda como la arandela de un fogón y con un mechón que le colgaba sobre el cuello, limpiaban la pala del barro que se le había adherido.

El rocío, que cubría copiosamente la hierba de color gris azulado, hacía doblar pesadamente los tallos hacia el suelo, de modo que se apoyaban sobre las hojas secas. El sol se había puesto ya, y allá abajo, detrás de los álamos, se divisaba un meandro del Don; sobre las aguas se extendía la niebla procedente de las zonas ribereñas, que ahora parecían bañarse en agua hirviendo, como ocurre en primavera con la crecida de las aguas.

La línea de defensa pasaba por los límites de un poblado. Lo que había quedado del regimiento se había agrupado en una sola unidad y ocupaban sus puestos no muy lejos de un edificio en ruinas de tejas encarnadas, junto al cual se encontraba un huerto.

Lopajin estuvo mucho tiempo mirando a todos lados; calculó la distancia hasta la cima de la loma que tenían enfrente y, tras determinar los puntos de orientación correspondientes, exclamó satisfecho:

-¡Qué magnífica posición he conseguido! Esto no es una posición, sino una maravilla. Desde aquí podré atacar a esos *panzers* blindados de tal manera, que de los tanques sólo saltarán virutas, y sus servidores van a quedar como la carne asada con lana.

-Estás valiente ahora... -dijo, Sashka Kopytovsky, mordazmente, mientras se estiraba-. Te has vuelto alegre cuando te enteras de que además de nuestras armas contamos también con fuerzas anticarro. En cambio, ayer, cuando los tanques se echaban sobre nosotros, te ponías pálido...

-Siempre me pongo pálido cuando vienen contra mí -reconoció sencillamente Lopajin.

-Y pensar que me chillaste con voz de cabra: «¡Prepara los cartuchos!»... Como si yo no supiera qué es lo que tengo que hacer, sin necesidad de que me lo digas. Parecía que tuvieras los nervios de una mujer...

Lopajin se calló y prestó atención: procedente de algún lugar del huerto se oyó un chillido de mujer y el ruido de vajilla. Su distraída y dispersa mirada se avivó y aclaró; estiró el cuello y se inclinó hacia adelante con todo su cuerpo, aguzando el oído y prestando la máxima atención.

-¿A quién le estás haciendo una guardia canina? ¿Has olfateado que se aproxima la caza? -preguntó Kopytovsky sonriendo. Pero Lopajin no respondió.

Empapado por la humedad, brillaba el tejado de ladrillos de un blanco edificio. Los oblicuos rayos del sol doraban las tejas y se volvían de un color azulado en las ventanas. A media luz, y por entre los árboles, Lopajin distinguió dos siluetas femeninas, e inmediatamente tuvo una idea.

-Tú, Sashka, quédate un momento para velar por los intereses de la patria, mientras yo voy un instante a ese edificio de tejas para ver lo que pasa -dijo a Kopytovsky, guiñándole un ojo.

Aquél arqueó sus cejas de color, gris ceniza y preguntó:

-¿Para qué vas?

-Tengo el presentimiento de que, si en esa casa no hay una escuela o un dispensario antituberculoso, tendremos ocasión de desayunar algo magnífico.

-Lo más probable es que haya allí una clínica veterinaria -replicó Kopytovsky, y después añadió:- Seguro que no es otra cosa que una clínica veterinaria, y, aparte de sarna o tiña de oveja, no encontrarás en ella nada

para desayunar.

Lopajin entornó los ojos con desconfianza y preguntó:

- Y eso, ¿Por qué?... ¿Una clínica, y además veterinaria? ¿Cómo lo sabes, clarividente?

-Por el sitio donde está, en un lugar apartado, y porque no hace mucho mugía allí una vaca, en un tono lastimero, que lo más probable es que la hubieran llevado ahí para curarla.

Lopajin se puso a silbar; durante unos instantes se sintió decepcionado y melancólico, ya que tenía sus dudas, pero finalmente optó por ir.

-Voy a echar un vistazo -dijo, con decisión-. Si viniera el cabo, o alguna otra persona preguntara por mí, decidle que tengo unos fuertes dolores de vientre, y que tal vez incluso sea disentería.

Encorvado, arrastrando los pies y con el rostro inclinado, Lopajin rodeó la trinchera donde se encontraba el teniente Goloshtchykov, procuró también que los telefonistas que estaban tendiendo un cable entre el puente de mando y una posición no le vieran, y se metió en el huerto. Pero apenas se encontró protegido por los cerezos, que le ocultaban a los ojos de los demás, se irguió, se sujetó bien el cinturón, ladeó descuidadamente su casco y, contoneándose sobre sus piernas, se dirigió hacia la puerta del edificio, que estaba hospitalariamente abierta.

Ya desde lejos, observó el movimiento de algunas mujeres junto a las cuadras, distinguió una hilera de bidones iluminados por los débiles rayos del sol, y de todo ello sacó la conclusión de que se hallaba en una mantequería o en una granja lechera koljosiana. Grande fue su desilusión cuando, al saltar la valla, vio a un viejo junto a las cuadras que estaba dando órdenes a las mujeres. Siempre había confiado en la bondad y ternura del corazón femenino; a pesar de haber sufrido algunos fracasos en lides amorosas, creía también en su propia irresistibilidad... En cuanto a los viejos, sencillamente, no les tenía afecto alguno, a todos sin excepción los consideraba unos avaros, y procuraba por todos los medios no tener que acudir a ellos para pedirles nada. Sin embargo, en aquel momento, era completamente imposible librarse del viejo a juzgar por todos los indicios, él era quien mandaba allí.

Armándose de valor, y con la secreta esperanza de que el viejo tuviera una muerte rápida y providencial, Lopajin se dirigió a la cuadra. No llevaba el paso alegre y el rostro sonriente como al principio, de conquistador de corazones femeninos, sino un paso decidido. Se había puesto bien el casco y ya no le brillaban los ojos.

Después de echar un vistazo a los hombros rectos y a la espalda erguida del anciano, Lopajin se dijo para sus adentros: «¡No cabe duda de que este demonio barbudo habrá sido sargento! Habrá que tratarle con educación, no hay otro remedio». Avanzó unos pasos más, se detuvo haciendo chocar sus tacones, y saludó militarmente como si se encontrara, por lo menos, ante el comandante de una división. La estratagema no le falló; el viejo se sintió impresionado y, a su vez, saludó llevándose la mano a la visera del viejo gorro de cosaco, y no menos respetuosamente, contestó, con voz de bajo:

-Salud.

-¿Qué es lo que tiene aquí, padrecito? ¿Una cuadra del koljós? -preguntó Lopajin, al tiempo que señalaba la vaqueriza.

-No, es nuestra granja regional lechera. Nos preparamos para la retirada.

-Se han decidido tarde -objetó Lopajin con seriedad-. Tenían que haber pensado en ello bastante antes.

El viejo suspiró, se acarició la barba y, dirigiendo su mirada a Lopajin, dijo:

-En mala hora y precipitadamente habéis llegado, a nuestra aldea, malditos camorristas... Anteayer, la radio transmitió que los combates tenían lugar a la altura de Rososhi, Y aún no hemos tenido tiempo de volvernos, cuando ya os encontráis junto a nuestros almacenes; no cabe duda de que los alemanes os siguen los pasos muy de cerca...

Aquella conversación empezaba a tomar un cariz que no era el que Lopajin deseaba, y con notable habilidad, la derivó por otros derroteros, preguntando con interés:

-¿Aún no han sido trasladadas las vacas al otro lado del Don? Sin duda las vacas que tienen aquí deben ser de raza.

-¡Las vacas que tenemos en nuestra explotación no son vacas, son oro puro! -exclamó el viejo, con entusiasmo-. Anoche empezamos a trasladadas, pero no sé si haremos lo mismo con todo lo demás, porque en el paso del río hay un gran barullo. Hace dos días y dos, noches que los alemanes están lanzando bombas sobre el puente, y, si siguen así, acabarán por destruirlo todo. ¡Y pensar que hay allí miles de máquinas de guerra...! Detrás del paso del río, los oficiales se rompen la cabeza pensando en cómo van a navegar.

-Sí es algo complicado -confirmó Lopajin-. Pero usted no debe preocuparse demasiado, querido padrecito, ya que nuestro heroico regimiento, ha optado por sostener la defensa. Por lo tanto, puede estar seguro de que los alemanes no llegarán al otro lado del Don; en esté lado les haremos sangrar.

-Si nuestra aldea cayera, si la lucha prosiguiera aquí, todo sería pasto de las llamas -vaticinó el viejo, con temblorosa voz.

-Sí, padrecito, vuestra aldea llevará lo suyo, pero la defenderemos con todas nuestras fuerzas hasta el último aliento.

-Que Dios os ayude -exclamó el viejo, con confianza, y pareció que iba a santiguarse; pero al mirar de reojo a Lopajin y ver la medalla que adornaba su pecho, no se llevó la mano a la frente, sino que, poco a poco, fue mesándose los pelos de su sedosa y blanca barba-. ¿Ha sido vuestra unidad la que ha empezado a construir trincheras un poco más allá del huerto?

-Sí, padrecito, nuestra unidad. Cavamos, nos esforzamos al máximo, y lo que pasa es que tenemos la boca completamente seca... -Lopajin, diplomáticamente, guardó silencio, pero el viejo no pareció haber prestado atención a sus palabras. Se mesaba la barba y no hacía más que observar el trabajo de las ordeñadoras, que estaban cargando unos bidones en el carro; de pronto, con aire de fiera, empezó a gritar con voz sonora:

-¡Glashka, maldita seas! ¿Por qué no está aquí aún la yegua? ¡Empezaréis a afanaros cuando los alemanes estén ya aquí!

La ordeñadora, llenita y robusta, con gruesos labios de color carmesí, lanzó una mirada fulminante hacia el lugar donde estaba Lopajin, mientras les susurraba unas palabras a otras mujeres, las cuales se pusieron a reír quedamente; después, sin apresurarse lo más mínimo, respondió al viejo:

-La traerán en seguida, Luka Mijailich, no te impacientes; te dará tiempo de llevar a tu vieja al Don...

Lopajin, tranquilo, contemplaba maravillado a la ordeñadora, mientras fruncía el ceño como si le diera el sol en plena cara. Haciendo un esfuerzo, separó la mirada del rostro moreno y encendido de la mujer, suspiró y, acto seguido, preguntó con voz ronca:

- Y qué, padrecito, ¿se vivía bien en el koljós antes de la guerra? Parece, que el alimento de vuestras gentes es bastante decente...

- Se vivía magníficamente; había una escuela, un hospital, un club y todo lo demás, sin hablar de los alimentos; había de todo hasta rebosar, y ahora todo lo que nos da la tierra hay que abandonado. ¿Adónde iremos a parar? A verlo todo quemado, no cabe duda -dijo el viejo, con aire inexorable.

En otras circunstancias, posiblemente Lopajin habría sentido lástima de la desgracia ajena, pero ahora no tenía tiempo que perder y realizó una nueva intentona para que el viejo comprendiera el motivo de su visita.

- El agua del pozo que tenemos es salada. Estamos abriendo trincheras, tenemos una sed espantosa, pero en ninguna parte encontramos agua buena. ¿No tienen ustedes agua, buena? -dijo, con cierta insistencia.

-¿Salada? -volvió a preguntar el viejo, extrañado- Pero ¿de qué pozo la han sacado?

Como Lopajin no había probado el agua de la aldea, no sabía dónde se encontraba el pozo; por eso hizo un gesto vago con su brazo, dirigiéndolo hacia el lado donde estaban los árboles de la escuela. El anciano pareció extrañarse aún más.

-¡Me sorprende! El pozo de la escuela es el que mejor agua tiene de los de por aquí; todo el mundo se sirve de él para beber. ¿Qué habrá ocurrido para que se estropee? Ayer, sin ir más lejos, sacaron agua clara y limpia de allí; yo mismo fui uno de los que la bebieron.

Clavó su mirada en el suelo, pensativo, mientras Lopajin gritó con desaliento:

-No nos permiten beber agua que no haya sido hervida, padrecito, para evitar así descomposiciones y otras afecciones del vientre.

-Nuestra agua se puede beber sin necesidad de hervirla -afirmó el viejo-. Limpiamos el pozo cada año, y desde hace mucho tiempo nadie ha enfermado del vientre.

Lopajin había empleado todos los recursos para que aquel terco anciano le comprendiera, pero al ver que no lo conseguía, optó por espetarle directamente:

-¿No se podría lograr aquí un poco de leche, o bien algo de mantequilla?

-Muchacho, para poder conseguir eso tienen ustedes que dirigirse a la administración de la granja central lechera. Su administradora está ahí, junto a las ordeñadoras; es esa pecosa, llenita, que lleva un pequeño chal gris.

- Y usted... ¿qué cargo ostenta aquí? -preguntó Lopajin, algo confuso.

Y el viejo, mesándose nuevamente los pelos de la barba, repuso con orgullo:

-Ya es el tercer año que trabajo como mozo de cuadra. Trabajo -que Dios se lo dé a todos-, siego, vigilo que los caballos no enflaquezcan, y casi lo hago todo en la explotación. Para el presente año me prometieron una recompensa...

Todavía dijo algunas cosas más, pero Lopajin, nervioso, rozó con la mano la visera del casco, y sin pronunciar palabra se acercó a la mujer que llevaba el chal gris.

La administradora parecía ser una mujer sencilla y bondadosa. Prestó gran atención a los ruegos de Lopajin, e inmediatamente respondió:

-Hemos enviado para los heridos que se hallan en el hospital ciento cincuenta litros de leche y mantequilla; algo habrá quedado que no nos llevaremos con nosotros. ¿Les basta dos latas de leche? ¿Habrá bastante para los soldados? Glashka, entrega dos latas de leche de ayer por la tarde al camarada comandante

y, si ha quedado mantequilla en la nevera, dale también dos o tres kilos.

Satisfecho y admirado de que le hubieran tomado por el comandante, Lopajin estrechó efusivamente la mano de la bondadosa administradora y bajó en seguida a la cámara frigorífica. Cogiendo los rezumantes bidones de leche de manos de la ordeñadora, le dijo con admiración:

-¡Glashka, desconozco su patronímico, pero usted no es una mujer, sino una maravilla! Con el hambre que tengo, podría comérmela de un golpe; untarla a pedacitos en el pan y masticada, aunque fuera sin sal...

-Cada uno es como es -respondió secamente la ingenua ordeñadora.

-Nada de modestias, Glashka. ¡Usted está estupenda! Pero no está con nosotros, ésa es la lástima. Y diga, ¿con qué se ha puesto tan redondita? ¿Con la leche fresca o con las natillas? -decía Lopajin, que seguía extasiado.

-Coge los bidones y vámonos. Luego puedes venir por la mantequilla.

-Estoy dispuesto a pasarme toda la vida con usted en este frigorífico -agregó Lopajin, con aplomo.

Echó un cauteloso vistazo a la puerta cerrada e intentó abrazar el exuberante cuerpo de la ordeñadora, pero ésta le retiró el brazo y enseñó a Lopajin un puño moreno, a la vez que le sonreía amistosamente.

-Mira, mozo, con esto te enfriarás mucho antes que con el hielo. Para que lo sepas, soy una viuda muy seria y no me gustan esas tonterías.

-De una viuda así estoy dispuesto a llevarme cualquier despojo, pero lo que no pienso es echarme atrás. Ya he tenido que retroceder hasta la saciedad -agregó, y se dirigió decidido hacia la ordeñadora, directamente a sus labios de frambuesa.

En aquel instante, se abrió la puerta empujada por un tronco; en el umbral de la misma apareció la oscura silueta del viejo, quien con sonora voz empezó a bramar:

-¡Glikerya! ¿Te has perdido por ahí? ¿Acaso se te ha pegado la falda del vestido al hielo? ¡Ve pronto y que me traigan inmediatamente la yegua!

Lopajin se apresuró a saltar a un lado, mientras profería un montón de palabrotas, y luego subió atropelladamente por los húmedos y resbaladizos peldaños. Una vez fuera, esperó que saliera la ordeñadora, que seguía mirándole con una sonrisa maliciosa; Lopajin le preguntó:

-¿Pasáis al otro lado del Don o vais a quedaros? Me interesa por si acaso...

-Ahora nos vamos, soldadito. ¿Tal vez quieres venir con nosotros?

-Por el momento no es ése mi camino -replicó Lopajin, secamente y con expresiva entereza; pero su ronca voz en seguida se volvió dulce como la de una paloma-. Pero en caso de que fuera así, ¿dónde podríamos encontrarnos, Glashenka?

Ella, riéndose, apartó con su redondeado hombro a Lopajin de la puerta, y contestó:

-Mi opinión es que no tenemos por qué encontrarnos, pero si tuvieras ganas de verme y no pudieras aguantarte, sólo tienes que buscarme por el bosque, al otro lado del Don. No nos alejaremos mucho de nuestra aldea.

Lopajin cargó con los bidones, y, entre suspiros y maldiciones por la nómada vida del soldado, se dirigió al huerto y lo traspasó en seguida. Le entraron deseos de volverse a mirar a la viuda, tan austera en apariencia, pero con una mirada y una expresión tan dulces y tiernas. Se volvió, y por poco se cae de bruces al tropezar con una pequeña elevación del terreno. Se alejó rápidamente, mientras en su corazón notaba que se le clavaba el eco de una risa femenina...

Ya en la trinchera, Lopajin estuvo bastante rato bebiendo de uno de los bidones, sin apenas apartar sus labios del borde del recipiente, paladeando aquel líquido tonificante; luego, hinchado de tanta leche como había bebido y contento como un niño, mandó a Kopytovsky que repartiera aquel preciado líquido entre los soldados de la tropa y les diera un cazo por persona, añadiendo que no escatimara nada a nadie si sobraba. Se dispuso a marcharse de nuevo, pero Kopytovsky le aconsejó que no lo hiciera.

9

-El cabo se enfadará, no vayas.

Lopajin replicó, con aire soñador:

-Yo quizá no iría, pero las piernas me llevan... Hay allí una ordeñadora, Glashka, que si no fuera por la guerra estaría dispuesto a permanecer con ella toda la vida bajo el vientre de la vaca y sin soltar las ubres.

Con los ojos entornados y tapándose la boca con la negra palma de su mano, Kopytovsky, con voz entrecortada por la risa, dijo:

-¿De qué tetas te cogerías?

-Eso no importa -repuso Lopajin, con aire distraído, como pensando en otra cosa.

Su mirada se deslizaba por la frondosidad verde de los cercanos bosquecillos, y permaneció durante un buen rato contemplando el rojo tejado de la central lechera.

-Ten cuidado que no te sorprenda el cabo primero -le advirtió Kopytovsky-; desde ayer está furioso como

un perro encadenado.

Lopajin se puso a gesticular con la mano y respondió con calor:

-¡Vete al cuerno, con tus consejos y el cabo primero! ¿Es que no me va a dejar mover un pie? En todo caso, di que Lopajin se ha marchado a buscar mantequilla, invítate, entretanto, a leche, y listo. Y si sé atreve a meterse conmigo, le cantaré las cuarenta. No puedo comer más gachas de Lisichenko; por su culpa se me hará una úlcera en el estómago. Que nos den un rancho como corresponde según el reglamento; entonces no tendría que arreglármelas por mi cuenta. ¿Acaso estaría bien de la cabeza si rechazara la mantequilla fresca que me ofrecen las buenas gentes? ¡No pienso en absoluto dejársela al enemigo!

- Está bien. Si es que te dan mantequilla, no hay por qué dormirse; vete -dijo Kopytovsky, aviniéndose inmediatamente a razones.

A los pocos instantes, Lopajin caminaba ya por el pequeño sendero del huerto, acompañado por el canto matutino de los pájaros y respirando con satisfacción el olor fresco y fugaz de la hierba húmeda por el rocío.

A pesar de no haber apenas dormido en las últimas jornadas, de no haberse alimentado lo suficiente y de haber efectuado agotadoras marchas junto con los demás soldados, marchas de más de doscientos kilómetros, esta mañana se sentía de muy buen humor. ¿Acaso necesita mucho un hombre en la guerra? La completa alegría del soldado se consigue con apartarse un poco de la consabida muerte, descansar, dormir a pierna suelta, comer bien, recibir alguna que otra cartita de casa y fumar un cigarrillo con los amigos sin prisa alguna. La verdad es que Lopajin no había tenido correspondencia de su familia, pero en cambio, la noche anterior les repartieron tabaco, por el que tanto suspiraban desde hacía tiempo, una lata de carne en conserva y gran cantidad de municiones diversas. Antes de amanecer logró conciliar un poco el sueño, y luego, ya fresco y animado, cavó trincheras, convencido de que aquí, en la ribera del Don, finalizaría de una vez esa amarga retirada; ahora no sentía tanto odio como antes hacia el trabajo que le había sido encomendado; estaba satisfecho de la posición que había conseguido, y aún se hallaba más satisfecho porque había podido beber leche a sus anchas y, además, había tenido ocasión de conocer la belleza salvaje de Glashka. ¡Diablo! Por supuesto habría sido mucho mejor conocerla en algún lugar de descanso, ya que allí habría podido despacharse a gusto, como en otros tiempos; sin embargo, este breve encuentro le había proporcionado algunos minutos agradables. En la guerra se había acostumbrado a conformarse con poco y a resignarse con toda clase de pérdidas...

Lopajin sonrió a sus pensamientos y silbó muy bajito, mientras caminaba por el sendero, apartando con el pie las hojas de bardana tumbadas por el rocío, y al principio no se percató de un débil y bajo rumor que llegaba de detrás de la montaña. Pero, de improviso, el ruido se hizo más intenso, y Lopajin detuvo sus pasos para prestar atención. En seguida se dio cuenta de que se trataba de aviones alemanes, y al mismo tiempo oyó una voz que gritaba: «¡A-vi-a-ción!».

Rápidamente, Lopajin se volvió, y se dirigió a las trincheras a todo correr. Por espacio de unos segundos se deslizó por su mente un amargo pensamiento: «Ha desaparecido la mantequilla y Glashka también...», pero después, a pesar de la profunda tristeza que le causaba esta doble pérdida, se olvidó de ella por mucho tiempo...

Catorce aviones alemanes hicieron acto de presencia por encima del horizonte, y se acercaban con decisión. Apenas Lopajin había tenido tiempo de alcanzar su trinchera, cuando empezó a sonar el ruido de la artillería emplazada en el jardín de la escuela. Los pequeños círculos de color gris oscuro de las explosiones estallaban casi delante y por debajo de los aparatos. En seguida se incrementaron los disparos de la artillería, que se mezclaban en el claro y despejado cielo y, casi acompañando a los aviones, les obligaron a perder la formación que llevaban, e incluso a cambiar de ruta.

- ¡Uno fuera! -gritó, con gran entusiasmo, Sashka Kopytovsky.

Lopajin saltó a la trinchera y, cuando levantó la cabeza, pudo ver cómo el avión que dirigía la patrulla giraba sin control sobre un ala, se envolvía en un humo negro y empezaba a caer oblicuamente. Entre silbidos y chillidos, pasó por encima de las trincheras, y después de caer sobre la apisonada tierra de pastos de la aldea, estalló a causa de sus propias bombas. El ruido del estallido fue tan intenso, que Lopajin cerró los ojos por un instante. Luego miró a Shaska con rostro resplandeciente.

-¡Magnífico! ¡Vaya relleno que llevaba!... ¡Si estos demonios de artilleros dispararan siempre así...!

Otro aparato, atacado por el mismo fuego de la posición, se deshizo en pedazos en el aire y fue a caer más allá de la aldea. Los restantes pudieron orientar su rumbo hacia el paso del río. Recibidos por el fuego de las ametralladoras y de la segunda batería de artilleros, los aviones dejaban caer desacompañadamente las bombas, y a continuación se dirigieron hacia el Oeste, después de haber rodeado una zona extremadamente peligrosa.

No había tenido tiempo de posarse el polvo de las bombas explosivas, cuando por detrás de la montaña apareció una segunda oleada de aviones bombarderos alemanes, cuyo número rayaba los treinta. Cuatro aparatos se separaron y regresaron a las líneas de defensa.

- ¡Vienen sobre nosotros! -exclamó Sashka, con voz temblorosa y con los dientes apretados-. ¡Mira, Lopajin, estos bombarderos se ponen en picado! ¡Ahora empezarán a caer!... ¡Ahí vienen ya!

Tras haber cogido el fusil, Lopajin, ligeramente pálido, apoyó con fuerza su pie en el peldaño inferior de la trinchera y apuntó con precisión. Sus claros ojos estaban tan entornados, que Sashka, al dirigirle una rápida mirada, sólo vio unas diminutas rendijas como si hubieran sido cortadas con un cuchillo, con profundas arrugas en la tensa y negra piel alrededor de los ojos.

- ¡A tres cuerpos!..., ¡a tres y medio!..., ¡a cuatro! ¡Dispara, vamos! -pudo aún gritar el desorientado Sashka, en medio del ruido ensordecedor de los motores, que perforaba los oídos.

Lopajin oyó cómo en sueños su grito y la conocida y temblorosa voz del teniente Goloshtcheykov, que con su tono elevado de costumbre voceaba: «¡A los aviones e-ne-mi-gos!» Logró disparar y sintió en su hombro el empujón del rechazo, y en una pequeñísima fracción de segundo se dio cuenta de que había fallado el blanco. El conocido y odiado silbido de la bomba se incrementó por momentos hasta terminar con un bramido ensordecedor.

Por el casco y por la inclinada espalda de Lopajin empezaron a crepitar trozos de tierra, como si fue una lluvia de granizo; el corrosivo olor metálico de la explosión se le metía por las fosas nasales, impidiéndole respirar.

Las bombas estallaban con frecuencia a lo largo de la línea de las trincheras; sin embargo, la mayoría de las explosiones surgía detrás de las trincheras, en el jardín de la escuela. Con un esfuerzo, Lopajin levantó la cabeza, y a través de una película de polvo sucio y revuelto vio a su izquierda, en medio del cielo azul, un avión del que pudo divisar incluso la esvástica que llevaba en la cola. Se irguió como un muelle, los dientes le rechinaron de nuevo, y otra vez cogió el fusil con ímpetu.

- ¡Dale a esa carroña! ¡Dale pronto!... -Sashka gritaba a su oído, tembloroso y febril.

No, en esta ocasión, Lopajin no podía, no debía fallar el tiro. Estaba como petrificado, y sus manos, moviéndose hacia la izquierda, cogían el fusil con la férrea fuerza de un minero, de tal modo que parecían haber quedado fundidas con él; mientras tanto, sus ojos seguían entornados, como inyectados y despidiendo llamas de rabia, sin perder de vista el avión que volaba allá en lo alto, preparado para el ataque. Pero también en esta ocasión falló el tiro... Un ligero temblor se apoderó de sus labios al ver cómo el aparato tomaba la altura necesaria y se lanzaba de nuevo en picado sobre las trincheras.

- ¡Un cartucho! -gritó, furioso.

El «J-87» bajaba con todo su impulso, regando con su fuego de ametralladora los amarillos surcos de las trincheras. A su encuentro, la ametralladora del sargento Nikiforov disparaba sin cesar, de suerte que las ráfagas de las ametralladoras sonaban al unísono, sordas y tableteantes. Lopajin esperaba. Observaba continuamente el avión, que descendía con un tiroteo bajo, intenso y creciente, y al mismo tiempo, sin proponérselo, su oído recogía los distintos sonidos de la contienda: el desalentador estallido de las bombas que caían en el jardín de la escuela junto a las posiciones de ataque de la batería artillera, y los estridentes ruidos de las ametralladoras. Pudo incluso distinguir algunos disparos de los fusiles antitanques. Por lo visto, no era el suyo el único fusil antitanque que trataba de dar caza al bombardero en picado.

-¿Te has quedado helado? ¡Pregunto si te has helado! ¿No estarás herido? -le gritaba Sashka.

Pero Lopajin no perdía de vista al avión, y se limitó a proferir algunos tacos. Sashka se sentó en el ancho suelo de la trinchera cubierta de cascotes, con el total convencimiento y la completa seguridad de que Lopajin estaba vivo e ileso.

En este segundo ataque, la llama ardiente de las ametralladoras levantó mucho polvo, barriendo totalmente el ajeno que había en el parapeto delantero de la trinchera, y logrando incluso alcanzar un extremo y desmoronar parte del parapeto, a pesar de lo cual, Lopajin ni siquiera se inmutó.

- ¡Agáchate! ¡Te va a acribillar, loco! -gritó Sashka en voz alta.

- ¡Mientes, no tendrá tiempo! -exclamó Lopajin, y, llegado el momento en que el avión iba a entrar en picado apretó el gatillo.

El avión inclinó ligeramente su morro, aunque en seguida se enderezó para tomar rumbo sur, balanceándose como un pájaro y elevándose lentamente y sin seguridad. Por la banda izquierda de su fuselaje plano empezaba a notarse una nubecilla de humo.

- ¡Ajá! ¡Has terminado tu viaje! -dijo Lopajin quedamente-. ¡Has acabado de volar! -repitió, con voz más baja y un tono significativo, mientras seguía con avidez todos los movimientos del avión alcanzado.

Aún no había alcanzado la cima de la montaña, cuando el aparato comenzó a dar bandazos para caer finalmente en vertical. Dio en tierra con tal crujido, que parecía como si alguien hubiera soltado un huevo cocido sobre una mesa, y sólo entonces, Lopajin suspiro aliviado, con gran alegría y henchido el pecho, mientras dirigía una mirada a Sashka.

-¡Así es como, hay que atizarlos! -exclamó, al tiempo que inspiraba fuertemente por la nariz, sin ocultar su triunfo.

-¡No hay nada que decir! ¡Le has dado plena y certeramente, Pëtr Pedotovich! -exclamó admirado Sashka, que, casi por primera vez desde que habían comenzado el servicio, le honraba llamándole por su patronímico.

Con manos temblorosas, Lopajin se puso a liar un cigarrillo. Estaba cansado y, hasta cierto punto, destrozado; se sentó en el fondo de la trinchera y dio con avidez varias chupadas seguidas.

- ¡Creí que se me escapaba; el maldito! -dijo, ya más apaciguado, pero sus palabras eran lentas todavía a causa de la emoción-. Si hubiera llegado más allá de la loma, ¡demonios, quién sabe! Quizá hubiera caído, o quizá habría llegado a su propia guarida. Pero esto es mejor: se la pegó contra el suelo y ahora que se queme a gusto...

Sin terminar de fumar el cigarrillo, se levantó y contempló durante un rato con satisfacción, en silencio, los restos humeantes del aparato allá en lontananza. Los otros tres aparatos que habían bombardeado la batería de ametralladoras se dirigieron hacia el Sur, pero los bombarderos, como aves de rapiña, aún sobrevolaban el paso del río, la artillería disparaba hasta hacer perder el habla, estallaban las bombas, y densas columnas de agua se alzaban entre la espesa humareda. Pronto se terminó la incursión, y un enlace se acercó a Lopajin para indicarle que fuera a ver al comandante.

Todo el terreno que se hallaba delante y detrás de las trincheras parecía estar plagado de úlceras, unos agujeros redondos y amarillos de diversos tamaños, con los bordes de tierra calcinada. Los oblicuos senderos abiertos por las bombas en el jardín de la escuela estaban atravesados por árboles caídos y destrozados, y dejaban al descubierto las paredes y los tejados de las casas, que antes estaban cubiertas y ocultas por sus ramas.

No muy lejos de la trinchera que ocupaba Svyaguintsev había un gran cráter, y allí yacía una espoleta, cubierta de tierra hasta la mitad, con sus extremos metálicos retorcidos y destrozados. Todo el contorno daba ahora la impresión de ser algo nuevo, salvaje y desconocido. Sin embargo, casi por doquier se olía ya el dulzón aroma de la mazorca, se escuchaban las voces de los soldados, y desde el nido de las ametralladoras, situadas en un viejo silo subterráneo, llegaba una voz, temblorosa y alegre a un tiempo, interrumpida por una risa tan afable y alegre, que Lopajin, al pasar a su lado, pensó con satisfacción: ¡Qué diablos de gente! ¡Son inagotables! A pesar de que les han bombardeado hasta casi ponerlos patas arriba, cuando todo ha pasado, se echan a reír a carcajadas como garañones que no han sido montados durante mucho tiempo». Y en seguida él mismo se echó a reír involuntariamente, porque la conocida voz del sargento, Nikiforov, aguda y llorosa de tanto reír, acabó diciendo:

-...Lo miro: está como un cangrejo, mueve la cabeza y me pregunta: «Fedia, ¿no me han matado?» Y sus ojos se le salieron como puños por encima de la frente, oliendo que no queráis saber... Se conoce que de miedo...

Alguien, en una trinchera apartada, se reía cansada y quedamente, con sus últimas fuerzas, pero sin parar, como si le hubieran atado y le sometieran a un constante cosquilleo. Con la sonrisa en los labios, Lopajin rodeó los emplazamientos de las ametralladoras y evitó también los cráteres para alcanzar al enlace, y le dijo:

- Este Nikiforov es un muchacho alegre.

- Ahora hay alegría para unos, y para otros, lágrimas, o incluso el descanso eterno... -replicó el enlace con aire taciturno, al tiempo que señalaba una abertura destrozada por la caída de una bomba, y a un soldado con su guerrera empapada en sangre, que caminaba allá a lo lejos, como borracho, apoyándose en el brazo del sanitario.

El teniente Goloshtchyekov le recibió con una gran sonrisa mientras que con, un movimiento del brazo le indicaba que bajara a la trinchera. Aprovechando aquellos instantes de calma, había desayunado. Se limpió los labios con un pañuelo negro de tanta suciedad y le guiñó un ojo maliciosamente.

- ¿Lo has derribado tú, Lopajin?

- Así parece, camarada teniente.

- Buen trabajo. ¿Es el primero en tu servicio?

El primero.

- Bueno, siéntate, serás mi huésped. Dices que es el primero, pero hay que pensar que no será el último -dijo el teniente, bromeando, mientras ocultaba en la zanja un puchero con gachas sin terminar y sacaba una cantimplora que había cogido como botín.

En la trinchera del teniente se olía no sólo a tierra arcillosa y húmeda, que no había tenido tiempo de secarse, y a polvo, sino también a algo avinagrado debido al sudor humano, a las correas de las armas y las municiones allí amontonadas. Lopajin pensaba en lo rápidamente que las trincheras adquieren un olor humano, por completo distinto y característico de cada una de las personas. Aunque no venía a cuento, recordó las palabras del sargento Nikiforov y sonrió; pero el teniente interpretó aquella sonrisa a su manera y, escanciando vodka en un vaso de aluminio, le dijo discretamente:

-Son nuestros vecinos, los tiradores de la ametralladora, quienes me han proporcionado hoy el

«combustible»; yo hacía tiempo que había acabado el mío... Bueno, enhorabuena por el éxito: toma, bebe.

Lopajin cogió el vaso cuidadosamente con dos dedos y le dio las gracias, pero para sus adentros pensó con tristeza que el vaso era demasiado pequeño para el estilo ruso; sin embargo, cerrando los ojos, sorbió lentamente el tibio vodka, que olía a gasolina.

El teniente chascó la lengua al mismo tiempo que Lopajin, como si los dos estuvieran compartiendo la bebida, pero el teniente no bebió y guardó la cantimplora.

- ¡Vaya una gente que tenemos ahora!, ¿eh, Lopajin? Antes, tan pronto aparecían los aviones alemanes, se echaban al suelo y olían la hierba; ahora, en cambio, tienen que volar sobre nosotros a una altura prudente; de lo contrario, les rompemos las piernas. ¿No es cierto, Lopajin?

- Exacto, camarada teniente.

- Hace poco que llamó él comandante preguntando quién había derribado el avión. La gente te ha señalado a ti y yo mismo lo vi. Al parecer, serás propuesto para una recompensa. Bueno, márchate, hay que esperar un nuevo ataque; mira y cuida de los tanques. Pasa por donde se encuentra Borsyj y adviértele de mi parte que la lucha será fuerte: hay que combatir y resistir, como suele decirse, hasta la muerte. Dile que tengo confianza en él. Ahora yo voy al flanco derecho... Algún motivo tendrán los alemanes para arreciar en sus tentativas hacia el paso del río... Será un día muy caliente, de modo que preocúpate de las dos cosas.

Lopajin regresaba a su puesto radiante de alegría y rojo como un ladrillo a causa del vodka, pero cuando se acercaba a la trinchera del servidor anticarro Borsyj, suprimió la sonrisa, se puso serio.

Borsyj estaba desayunando, y rebañaba con sumo cuidado las paredes de una lata de carne con una miga de pan.

Lopajin se aproximó a la trinchera, preguntando:

- ¡Qué! ¿Cómo vas, ciudadano de Siberia? ¿No te impresionan ni las bombas?

- A mí no me impresionará nada hasta que me muera -repuso con voz de bajo aquel siberiano ancho de espaldas y ágil, sin interrumpir lo que estaba haciendo.

- ¿No me invitas a shaneski o qué? He venido en calidad de invitado.

- Ve como invitado a Omsk, a casa de mi mujer; hoy es domingo y seguro que preparará shaneski. Ella te convidará.

Lopajin movió la cabeza, triste y negativamente.

- Eso cae muy lejos; no iré. Que se las trague el polvo, y a ti también...

- Sí, cae un poco lejos, aunque... -dijo Borsyj, suspirando. Y no se podía adivinar por qué suspiraba: si porque su Omsk natal se encontraba lejos en la desnuda estepa, o porque se le había acabado la lata de conservas...

Sin apenas moverse, Borsyj arrojó la lata vacía a la maleza, se limpió las manos en los grasientos pantalones que llevaba y dijo:

- Mejor será que me invites a tabaco, Lopajin.

- ¿Es que ya has quemado todo el tuyo? -preguntó Lopajin, extrañado.

- ¿Por qué ha de estar quemado? El de los demás siempre sabe mejor -respondió Borsyj, juiciosamente, extrajo un papelito y sacó la mano de la trinchera-. Echa, no escatimes. Si yo hubiera derribado un avión, habría gastado todo el tabaco en convidar a los amigos.

Después de haber tragado dos bocanadas de humo de la mazorca, Lopajin exclamó:

-El teniente me ha ordenado que te diga que estés alerta. Es un tipo listo y cree que lo primero que harán los tanques será medir sus fuerzas con nosotros. Detrás de esas colinas que están frente a nosotros pueden concentrarse bien; además, allí tienen un buen camino y una barraca ocultos desde el montículo. ¿La has visto?

Borsyj, en silencio, asintió con la cabeza.

-El teniente dijo también estas palabras: «Lopajin, yo tengo confianza en ti y en Borsyj. Resistiremos hasta el final».

-Hace bien en confiar -dijo Borsyj, prudentemente-. Nos ha quedado poca gente; sin embargo, los muchachos son unos valientes. Nosotros resistiremos, pero los vecinos, ¿qué?

-Los vecinos que se preocupen de sí mismos -replicó Lopajin.

Borsyj asintió de nuevo con la cabeza.

Lopajin se levantó, y, mientras estrechaba la ancha y férrea mano del camarada, dijo:

-¡Te deseo suerte, Akim!

-Igual te digo.

Salvó dos trincheras de tiradores, y cuando estuvo a la altura de la tercera, se detuvo como si se encontrara ante un obstáculo inesperado; se frotó los ojos, como anonadado, y murmuró entre dientes: «¡Menuda maravilla! A mis años, sólo me faltaba eso...» Unos ojos azules, sin pestañear, cansados e inexpresivos como siempre, le estaban mirando por debajo de un casco; sentado en la trinchera, abierta al

cielo y perfectamente visible, se hallaba el cocinero Lisichenko. El rostro lleno del cocinero, con sus mofletes como manzanas, parecía muy joven e incluso alegre, y sus ojos azules despedían tranquilidad, aunque a Lopajin se le antojó que también se entornaban de un modo provocativo y descarado.

Con marcado paso marcial, Lopajin se acercó a la trinchera, se puso en cuclillas mirando al cocinero de arriba abajo y le dijo, impostando la voz:

- Se le saluda.

- Lo mismo le digo -respondió fríamente Lisichenko.

- ¿Cómo está de salud? -se interesó amablemente Lopajin, dirigiendo al cocinero una fulminante mirada, ligeramente contenida para no dejar traslucir su rabia.

- Bien, gracias; sigo pateando y váyase al diablo.

-Te respondería con todas las reglas militares, pero para ti -dijo Lopajin, irguiéndose- no guardo las palabras más amables ni las más rebuscadas. Respóndeme sólo a una pregunta: ¿Quién es el estúpido que te ha puesto en esta trinchera? Y si es que piensas seguir en ella, ¿dónde está la cocina? ¿Qué es la que vamos a comer hoy gracias a tu gran persona?

-Nadie me ha metido aquí, amiguito. Yo mismo he sido quien ha cavado la trinchera, y yo solito me he metido -contestó Lisichenko, con voz tranquila y triste.

Lopajin estuvo apunto de ahogarse de indignación:

-¿Tú te has metido aquí? ¡Ay de ti! ¿Y la cocina?

-He dejado la cocina. Y no vengas a lamentarte ni a tratar de asustarme. Empezaba a sentirme triste hoy en la cocina; por eso la he abandonado.

-Te has puesta triste, has abandonado la cocina, te has metido aquí tú mismo.

-Exactamente. ¿Qué más te interesa, héroe?

- ¿Es que piensas que sin ti no podremos resistir? -le espetó rápidamente Lopajin, dirigiendo a Lisichenko una fulminante mirada llena de odio.

Pero no resultaba tan sencilla asustar e intimidar a aquel cocinero que lo había visto todo y ya se encontraba de vuelta de muchas casas. Miró pausadamente a Lopajin de arriba abajo, y dijo:

- Precisamente has dado en el clavo, Lopajin; no me fiaba de ti, incluso pensé que en un momento de apuro te pondrías a temblar, y por eso he venido.

-¿Por qué no te has puesto el gorro blanco? He visto al cocinero del general que llevaba uno limpio, limpísimo... ¿Por qué no te lo has puesto? -preguntó Lopajin, casi exhausto.

-Buena, era el cocinero del general, pero yo ¿por qué demonios iba a ponérmelo? -preguntó el otro a su vez.

Lopajin no aguantó más y dijo con gusto y complacencia:

-¡Has de ponértelo para que así te maten antes, pavo gordo!

Pero Lisichenko se limitó a hacer un gesto, y replicó sin inmutarse:

-Entonces me matarán sólo cuando las malvas florezcan sobre tu tumba, Pietia, y cuando los sapos salten sobre tu cuerpo, pero no antes.

Era inútil hablar con el cocinero. Con su extremada paciencia de ucraniano, resultaba invencible, como una fortaleza de cemento armado; por ello Lopajin, después de suspirar, dijo quedamente y con inseguridad:

-Te pegaría con algo pesado para que se te saliera todo el mijo, pero no quiero gastar fuerzas en semejante porquería. Dime mejor, y sin bromitas, qué vamos a comer ahora.

-Schi.

-¿Cómo?

-Schi con carnero fresco y repollo tierno.

Lopajin perdía la partida, le estaba tomando el pelo, pero no sabía encontrar las palabras adecuadas para contestar como era debido.

De nuevo se puso en cuclillas delante de la trinchera, recurrió al dominio de sí mismo y empezó a hablar con cierta agudeza:

-Lisichenko, ahora, antes de entrar en combate, me siento muy nervioso y ya me han hartado tus bromas; dime seriamente: ¿vas a dejar a la gente sin que coma algo caliente? Mira, los muchachos no te lo perdonarán. Yo mismo podría zumbarte, y me da igual lo que pueda pasarte y el color que tenga tu cara cuando haya terminado. ¿Es que no comprendes lo que eres? Lo primero es la comida, tanto en el ataque como en la retirada, y cualquier tropa sin comida es como un cero puesto delante. ¿Por qué holgazaneas aquí? Sería mucho mejor, querido, que te marcharas de aquí cuanto antes, si no quieres salir con los pies por delante. Vete, vístete como es debido y ya que ahora todo está tranquilo en el campo de batalla, puedes incluso calentar unas gachas sin humo. ¡Demonios! Hasta estoy dispuesto a comer tus gachas, porque sin ellas se está peor que con ellas. ¿Qué somos nosotros sin un alimento caliente? ¡Unos desgraciados, palabra de honor! Yo, por ejemplo, sin comer, me convierto en el más desgraciado de los italianos y peor que el más

desgraciado de los rumanos. De repente ya no soy el mismo, me tiemblan las piernas, se me debilitan los brazos... Vete, Lisichenko, y estate tranquilo: aquí nos arreglaremos sin ti. Te juro que tu ocupación es tan honrosa como la mía. Bueno, puede que sólo sea unas diez veces inferior...

Lopajin aguardaba una respuesta, pero Lisichenko sacó lentamente de su bolsillo una petaca rosada con dibujos de varios colores, arrancó con toda su calma una tira de papel de una hoja del periódico, y aún más lentamente empezó a liar un cigarrillo. En cuanto lo hubo liado, cogió el mechero que le había tomado al enemigo y, sin apresurarse, dijo:

-Me estás rogando en vano, héroe. No puedo cruzar el Don con la cocina a la espalda, me hundiría rápidamente, y vadearlo por el puente también resulta imposible. La haré trizas con una bomba cuando sea preciso, pero, por el momento, las schi siguen cociéndose en el puchero. Te lo digo de verdad. ¿Por qué me miras de ese modo? Apártalos un poco de mí o aguántatelos con las manos para que no se te caigan. ¿Comprendes el asunto? Cerca del puente, una bomba mató a varias ovejas de un rebaño. Naturalmente, yo apuntillé a una, ya que no quise que muriera sufriendo por causa de la metralla que tenía en el cuerpo; después conseguí unos repollos en el huerto, aunque, a decid verdad, los conseguí robándolos. También encargué a dos heridos leves que vigilaran las coles, les puse todo lo necesario y me largué, así que todo lo tengo en orden. O sea, que haré un poco la guerra, os ayudaré, y cuando sea la hora de comer me arrastraré por el bosque y tendréis una comida caliente. ¿Estás contento de mí, héroe?..

Conmovido, Lopajin sentía deseos de abrazar al cocinero, pero éste, sonriente, se sentó en el fondo de la trinchera y le dijo:

-En lugar de esas ternezas, sería mejor que me dieras una granada; podría servirme para algo.

-¡Mi querido compañero, eres un hombre maravilloso! Puedes luchar cuanto te venga en gana. ¡Te lo autorizo! -exclamó Lopajin, con cierta solemnidad, y desprendió una granada del correa que le entregó con respeto al cocinero.

Probablemente Lopajin hubiera proseguido su charla con el cocinero, pero otra vez se oyó el ruido de los aviones alemanes que se acercaban, y se dirigió a toda prisa a su trinchera.

Esta vez, cuando los aviones se acercaban a su objetivo, se separaron: una sección se dirigió hacia las líneas de defensa, mientras las otras, atravesando el fuego de la artillería, se dirigieron hacia el paso del río.

Otra vez se levantó una densa nube de polvo pardusco, que envolvió las trincheras como una neblina en el aire quieto, impidiendo el paso de los rayos solares. En medio del característico zumbido y del ruido de los trozos de metralla al clavarse en tierra, Lopajin trataba de oír el fuego abierto por sus propias ametralladoras. La batería emplazada en el jardín de la escuela estaba silenciosa, y Lopajin pensó apesadumbrado: «¡Los malditos reptiles, los han enterrado!» Luego se le ocurrió pensar que quizá aún habían tenido tiempo de trasladarse a sus antiguas posiciones, y se tranquilizó un tanto.

Entre el diabólico estrépito que había a su alrededor, le fue imposible distinguir los gritos de Sashka que le llamaban. Ensondecido y agobiado por el ruido de las explosiones, sacó fuerzas de flaqueza, y de vez en cuando asomaba la cabeza por encima de la pared de la trinchera, e incluso salía cauteloso por encima del parapeto. Las cálidas sacudidas de las ondas explosivas hacían tambalear su cabeza, pero continuaba alerta y siempre mirando al frente para ver si, a través de la polvareda de humo, avanzaban los tanques alemanes, protegidos por el bombardeo aéreo.

En una de estas ojeadas, gracias a la claridad del sol unida a la de las llamas de varias explosiones, pudo ver a Svyaguintsev en su trinchera, y con alivio y alegría observó cómo éste, después de una ráfaga de ametralladora, permanecía, sereno, aferrado a su fusil; al cabo de un segundo acertó a distinguir en el casco de Svyaguintsev una abolladura a un lado, y todo él aparecía gastado y sin brillo; tanto Svyaguintsev como su casco estaban cubiertos de polvo.

«¡Es un gran muchacho! -pensó Lopajin, admirado-. A ése no le asusta ninguna clase de música...»

Los temores de Lopajin se confirmaron muy pronto: aún no habían tenido tiempo los aviones de descargar su material en dos incursiones, cuando empezó a percibirse desde detrás de la loma un ruido de motores completamente distinto, a ras de tierra y compacto, mezclado con el fuerte rechinar del hierro de los tanques. Casi al mismo tiempo, la artillería de los alemanes abrió fuego desde la loma y junto al paso del río, y en el mismo instante, nuestras baterías emplazadas al otro lado del Don comenzaron a contestar al fuego.

-¡Bueno, Sashka, sujétate bien los pantalones y resiste! -dijo Lopajin, animado y sonriente-. Y vigila que no escape ningún servidor de tanque cuando yo incendie su carro. ¿Cómo van los ánimos? ¿Bien? Eso es bueno; lo más importante de nuestra profesión es que los ánimos no decaigan.

Se agarró a su fusil y de nuevo, como en el momento en que el avión enemigo, viniendo de detrás de la loma, entraba en picado sobre las trincheras, como si se hubiera fundido con su arma, no apartaba la vista de las rugientes planchas de acero envueltas en una amplia capa de polvo que formaban una especie de cuña roma.

¡Sí, ahora podía respirarse a todo pulmón! El inicio de este combate no tenía comparación alguna con

aquel en que los restos del diezmando regimiento pudieron defenderse en la cima y alejar el impulso del enemigo contando solamente con cuatro armas antitanques y algunas ametralladoras. Ahora el combate se desarrollaba de manera distinta. Aún no habían podido alcanzar los tanques la mitad de la distancia calculada por Lopajin, cuando en su camino cayó una descarga de las armas artilleras, levantando una espesa nube negra. La artillería del regimiento luchaba con tanto ardor y con tanto impulso, que pronto tres de los veinte tanques medianos que aparecieron desde detrás de la colina quedaron inmovilizados, y un cuarto no pudo recorrer ni una decena de metros más. Arrastraba de su parte posterior una negra humareda; el tanque comenzó a ladearse sobre su flanco derecho como si deseara acariciar y sorber el espíritu de la tierra del Don que momentos antes aplastaba tan pesadamente con sus orugas...

Entusiasmado por el fuego abierto por la artillería, Lopajin hizo presión con sus dedos sobre el hombro de Sashka, como si fueran pinzas, y gritó:

-¡Están disparando!... ¡Y cómo disparan! ¡Vaya, hijitos! ¿Quién os ha enseñado? ¡Os besaría las cabecitas! ¡Vaya, Sashka, a este paso, vamos a quedarnos sin trabajo!...

Una batería anticarro emplazada en un pequeño huerto se puso a disparar contra los tanques desde el flanco izquierdo. Al cabo de unos minutos, otros dos tanques fueron también puestos fuera de combate; sin embargo, los restantes pudieron atravesar la línea de fuego y ahora ya se encontraban a una distancia de doscientos metros de las trincheras.

Lopajin divisó claramente el cuerpo gris y rechoncho de un tanque que marchaba oblicuamente, y vio asimismo los difusos rasgos de una tremenda fiera con cola, pintada de blanco en el borde del tanque, un poco más a la izquierda de la cruz. Sus ojos, desencajados y llorosos, lo veían todo, pero seguía esperando a que la distancia se redujera en medio centenar de metros más, para poder disparar sobre seguro.

De debajo de las orugas del tanque se desprendía a poca altura de la tierra un polvillo gris que se posaba sobre el ajeno de la estepa. A veces brillaba de repente al sol un barnizado elemento de la oruga, y en otras ocasiones, como si arrastrara algodón gris, se formaba una nube de polvo detrás del tanque; encima del carro se advertía cómo iba dando vueltas la torreta, y una llamita pálida y aguda como la lengua de un áspid, casi invisible bajo los rayos solares matutinos, surgía y desaparecía. Pero al cabo de unos segundos, en el ala derecha de la compañía, delante y detrás de los montículos de las trincheras, hacía explosión un hongo de tierra, que se posaba lentamente, y al propio tiempo se oían los ruidos característicos de la explosión.

Al segundo disparo, Lopajin hizo blanco en el tanque. Casi al mismo tiempo se incendiaron otros dos carros... Los demás dieron una rápida media vuelta y desaparecieron detrás de la colina. Y tan pronto como el último de los tanques hubo desaparecido tras la polvorienta cresta de juncos, Lopajin volvió la mirada, contempló el pálido rostro de Kopytovsky, y preguntó con afectuoso acento:

-¿Qué te pasa, Sashka? Parece que te has puesto muy gris.

-Con esta clase de vida, necesariamente tienes que ponerte gris -respondió Kopytovsky, respirando dificultosamente.

10

Media hora más tarde, los alemanes, reanudaron su ataque. Cerca de una decena de tanques alemanes, acompañados por el fuego de las ametralladoras, intentaron abrir una brecha en el enlace defensivo de las dos compañías, una de las cuales estaba bajo las órdenes del teniente Goloshtcheykov. Un tanque mediano que iba al frente de las fuerzas enemigas se lanzó por encima de una cerca, y quedó enlodado por el barro de la fragua del koljós, y al cabo de un momento se enderezó en medio del polvo y salió del centro de la estrepitosa nube, cubierto de ramas secas y porquería, al tiempo que disparaba sobre el emplazamiento de las ametralladoras anticarros, aplastando después unas cuantas trincheras de la infantería... Se desplazaba, haciendo zigzag, por encima de las trincheras, aplastándolas con sus orugas mientras movía su parte anterior, gris y roma.

Se acercaba rápidamente a la trinchera de Lopajin, y en cuanto hubo cubierto con su inmensa mole la trinchera del cabo Kochetygov, se paró de pronto una de sus bandas y, entonces, empezó a rodar sobre el mismo sitio en que se encontraba con la intención de rellenar de tierra el fondo de la trinchera. Lopajin disparó, pero no fue él quien inutilizó este tanque: cubierta de tierra la mitad de su cuerpo, el cabo Kochetygov se irguió, y, apenas el tanque comenzaba a cubrir por completo su trinchera, cuando, con un gesto infantil, levantó su brazo; silenciosamente, sin el menor ruido en medio del fragor del combate, una botellita fue a chocar contra el armazón de aquel tanque gris, y lo hizo estallar en pedazos, a la vez que por su blindaje se deslizaban las llamas y una tenue columnilla de humo azul pálido...

El tanque incendiado, con su motor rugiente como por un insoportable dolor, se puso a girar en redondo y se dirigió al huerto, donde trató de sofocar sus llamas restregándose contra las ramas de un espeso cerezo silvestre.

Cegado por el humo asfixiante, probablemente el servidor del tanque apenas podía ver; en plena marcha,

el tanque cayó en el fondo de un pozo vacío y abandonado, y al tumbarse dejó al descubierto su fondo negro y recalentado por el aceite; allí quedó atrapado, indefenso e inofensivo, en espera de su muerte... Todavía giraba rápidamente su oruga izquierda, intentando por todos los medios que sus zapatas se adhirieran al suelo, mientras la oruga derecha, doblada, quedó colgando sobre la tierra, impotente y lamentable.

Kopytovsky había visto todo esto. Respiraba jadeante y con rapidez, y con sus ojos, desmesuradamente abiertos, seguía los movimientos violentos y el final del tanque enemigo. Sólo reaccionó cuando cerca de su oído sonó el conocido disparo del arma de Lopajin. Con la rapidez de un pájaro, Kopytovsky volvió la cabeza y acertó a ver a su derecha, a unos cien metros de la trinchera, un tanque que se desplazaba a sacudidas y que al cabo de un rato se detuvo, y fue entonces cuando vio junto a sí el rostro enrojecido de Lopajin.

Los servidores del tanque, como sombras grises, salieron por la escotilla del vehículo parado. Uno de ellos, con su guerrera desabrochada, cayó de espaldas, y, seguidamente, giró sobre sus talones con los brazos en cruz; el segundo -sin gorra, de cabello oscuro, y con una camisa gris remangada hasta los codos- quería ponerse de rodillas, pero inmediatamente cayó al suelo con todo su peso y se arrastró ondulante como una serpiente, moviendo apenas los brazos...

En este preciso instante, Lopajin notó, con un segundo de retraso, que le arrebataban la ametralladora que tenía en las manos. Lopajin, sin perder de vista a aquel soldado que se arrastraba, apretó contra su cuerpo la ametralladora de Kopytovsky, pero al mismo tiempo Svyaguintsev, desde el lado derecho, soltó un disparo y el impacto hizo que el alemán cayera de bruces en el mismo suelo. Lopajin soltó la ametralladora, dirigió su rostro, lleno de rabia, hacia Kopytovsky, y con un silbido que atravesaba sus dientes, balbució:

-Tú..., canalla, maldito trasto... ¿Estás luchando o qué? ¿Por qué no has disparado a tiempo? ¿Es que piensas hacerle prisionero? ¡Mátale mientras no pueda levantar los brazos! ¡Mátale en seguida! En mi tierra no necesito un alemán prisionero, sino muerto. ¿Comprendido, hijo de mamá?

11

Sobre aquella tierra destrozada por los proyectiles se levantaba el sol en el despejado y azul firmamento, y el aroma del ajeno caliente se hacía más agudo, más amargo y más tierno; fue entonces cuando, procedentes de las alturas del Don, envueltas por la neblina, aparecieron de nuevo los tanques y la infantería alemana, iniciando un infructuoso ataque: el tercero.

Seis encarnizados ataques rechazaron los soldados de la unidad, que cubrían los accesos al Don, y, mientras la infantería y los tanques alemanes tuvieron que retirarse tras la montaña, y hacia el mediodía, hubo una breve tregua en el campo de batalla.

Después del atronador zumbido de los disparos de la artillería, el estampido de las explosiones y el tableteo de las ametralladoras a lo largo de toda la primera línea de fuego, Svyaguintsev consideró algo extraño este repentino silencio... Con un movimiento lento, se quitó el casco, pasó la manga de su guerrera pausadamente, y, con cansancio por todo su rostro, se limpió el sudor, y luego escuchó con satisfacción su propia voz al decir:

-Bueno, todo se ha callado...

Disfrutaba de aquel tranquilo silencio, y con infantil atención, ladeando un poco la cabeza, se puso a escuchar el débil y confuso ruido de la tierra arcillosa resbalando por el parapeto. Los trocitos de arena y los pedazos de fango amarillento se desprendían como en una pequeña cascada y descendían lentamente por la pendiente del terreno hacia el fondo de la trinchera, y, al llegar, golpeaban contra los casquillos que yacían abandonados a los pies de Svyaguintsev, con un ligero tintineo, como si fueran campanillas ocultas bajo tierra. En algún lugar no muy lejano podía oírse el zumbido de un saltamontes, y Svyaguintsev volvió inmediata e instintivamente la cabeza hacia aquel sonido nuevo que atraía su atención. Un abejorro anaranjado, con un zumbido semejante al tono vibrante de una cuerda de bajo desafinada, dio una vuelta por encima de la trinchera y después fue a posarse sobre el tallo de una margarita. Con ligeros parpadeos, Svyaguintsev contemplaba con fijeza el inverosímil balanceo de la margarita y lo miraba como si lo viera por primera vez en toda su vida; de pronto, movió la cabeza, extrañado: un viento ligeramente perfumado le traía desde algún lejano lugar el limpio y sonoro grito de la codorniz...

El susurro del viento por encima de la hierba quemada por el sol, la tímida y sencilla belleza esplendorosa de la margarita con sus pétalos blancos, el revolotear del abejorro en el cálido ambiente, la voz de la codorniz, familiar desde la infancia, todas esas menudencias de la vida todopoderosa hicieron que Svyaguintsev se sintiera a un tiempo alegre y perplejo: «Qué cosas tan raras, es como si no hubiera habido ninguna batalla!», pensaba, estupefacto. Sólo hace un instante que la muerte acechaba muy de cerca, y ahora, ¡jalégrate!, surge la codorniz, los zumbidos de los insectos, y todo ello con pleno orden, como si estuvieran en paz y se cuidara cada uno de lo suyo... ¡Milagros, tan sólo milagros!

Svyaguintsev miraba distraídamente a todos lados, dando la impresión en este momento de un hombre

recién despertado de una dolorosa pesadilla que, con un suspiro de alivio, aceptaba una existencia sencilla y real. Necesitó aún algún tiempo para asimilar el silencio y adaptarse a él. La calma era tensa, desagradable, como la que precede a mía tormenta, y si se hubiera prolongado más, seguramente Svyaguintsev habría empezado a sentirse incómodo. Sin embargo, pronto se oyeron por el lado izquierdo, desde más allá de la cima, los disparos de las ametralladoras y de los morteros alemanes, y aquella inesperada tregua acabó tan repentinamente como había empezado.

Un joven municionero poco conocido de Svyaguintsev se dirigió hasta su trinchera arrastrándose y, tras un fuerte resoplido, le dijo:

-He traído municiones. Bueno, qué, barbas, ¿vas a aprovisionarte?

Svyaguintsev se pasó la mano por debajo de la mejilla, en la que tenía muchos pelos algo rojizos, y en tono ofendido preguntó:

-¿Qué es eso de barbas? ¿Acaso me crees un viejo?

-Hombre, tanto como viejo, no, pero casi; la barba te ha crecido tanto, que estás desfigurado.

-¡Pues no ha de crecer!... No hay tiempo para cuidarse de uno, en retiradas como ésta; deberías comprenderlo... En cuanto a los años, no tengo tantos como para considerarme un viejo -insistió Svyaguintsev, enojado, mientras tocaba la funda de los cartuchos con sus manos grasientas y tibias.

Sin hacer caso de las palabras de protesta, el parlanchín municionero prosiguió:

-¡Qué, padrecito! ¿Te estás pudriendo en una trinchera como un alma en pena? ¡No hay ningún alemán a la vista, tampoco hay auténtico fuego! ¡Mejor sería que salieras al sol, a desentumecer tus viejos huesos!

Las palabras «padrecito» y «viejos huesos» no habían sido del agrado de Svyaguintsev, quien, frunciendo el ceño, preguntó irónicamente:

-Entonces, jovencito, ¿por qué te arrastras sobre tu barriga, si no hay, manes ni fuego?

-Ya es una vieja costumbre -repuso el municionero, sonriendo-. En mi trabajo, ¿comprendes?, estoy tan acostumbrado a arrastrarme como un reptil, que hasta parece que no pueda ya ponerme de pie. Así es que casi siempre me arrastro con la barriga sobre el suelo...

-Resulta absurdo y poco inteligente; puedes llegar a desacostumbrarte del todo -confirmó con gusto Svyaguintsev.

Estaba tan aburrido, que le entraron ganas de charlar con aquel mozo y le preguntó, como se acostumbra a hacer cuando se habla con soldados jóvenes, con un tono involuntario de indulgencia y protección:

-¿Pertenece a la tercera, muchacho? Tu cara me parece conocida.

-Sí, soy de la tercera.

-¿Cómo te llamas?

-Utishev.

-¿Estás casado, Utishev?

El muchacho, sonriendo, movió la cabeza negativamente.

-Soy joven todavía. No tuve tiempo antes de la guerra.

-Vaya, con que no tuviste tiempo... Pues mira, siendo municionero te olvidarás de andar, y después de la guerra, cuando pienses en casarte, en vez de andar sobre tus dos piernas, como suelen hacer las buenas gentes, te acordarás de tus tiempos de guerra y te arrastrarás sobre tu tripa para ir a buscar a una muchacha. ¡Se enfadará cuando vea un novio así! Y su madre te pegará con un palo en la espalda, diciéndote: «¡No deshonres a tu novia, tal y cual! ¡Camina como es debido!

-Aunque sin afeitarte, eres un guasón... Tú no me lías. Escucharte ya te escucho, pero también llevo la cuenta de los cartuchos. ¡Se acabó la remesa! No eres el único que ha de disparar.

Svyaguintsev quería haberle dicho algo más, pero Utishev se arrastró hasta la trinchera contigua, y sin volver la cabeza, con repentina seriedad, añadió:

-Y tú, barbas, ahorra los disparos y apunta con inteligencia, que da la impresión de que disparas al aire, como si fuese a una moneda. A tu edad, deberías pensar menos en las muchachas, y así tus manos no te temblarían...

Ante aquella inesperada ofensa, Svyaguintsev se quedó de momento sin saber qué responder; sólo al cabo de un rato se puso a gritar con todas sus fuerzas:

-¡Enséñale a tu abuela cómo se debe disparar! ¡Vaya un mocoso estás hecho!

Utishev seguía arrastrándose y tirando de la caja de cartuchos, sin volverse y riendo. Svyaguintsev miró despectivamente su espalda, en la que se distinguían dos manchas de sal, y advirtió que la cuerda que llevaba cruzada en el cuerpo se le clavaba en la guerrera desteñida por el sol y descolorida, y pensó con amargura: «¡Qué gente más poco seria nos ha salido! ¡Sólo el diablo debe saber qué clase de gente es! Parece que sean alumnos de Pietia Lopajin... ¡Qué desgracia, qué desgracia que no esté aquí Nikolái Streltsov! No hay ninguna persona decente con quien hablan.

Tras esta breve lamentación por el amigo ausente, Svyaguintsev puso en orden todos sus efectos de

soldado, y arrojó todas las vainas de los cartuchos que se encontraban bajo sus pies, limpió el puchero con hierba y lo metió en el hueco de la trinchera; habría querido ahondar un poco más la trinchera, pero todo su cuerpo se opuso a la idea de tener que echar mano de la pala nuevamente, y arrancar poco a poco trozos de tierra seca y dura como una piedra, y sintió tal cansancio, que decidió inmediatamente: «Realmente, puede pasar tal como está; no es preciso cavar un pozo. Si la parca se empeña, también le encuentra a uno en un pozo».

Algunas nubes se dirigían, lenta y majestuosamente, hacia el Este. Sólo de vez en cuando una nubecilla blanca parecía querer frenar la potencia de los rayos del sol; sin embargo, ni esos instantes conseguían refrescar la atmósfera. La tierra caldeada sólo respiraba calor, y la parte de la trinchera que se hallaba en sombra, también estaba caliente, hasta tal punto que el propio Svyaguintsev sentía repugnancia de apoyarse en ella.

En el interior de la trinchera se respiraba una atmósfera caliginosa, inmóvil, como si se tratara de un baño turco. Algunas moscas aparecidas de no se sabe dónde molestaban con su zumbido. Svyaguintsev, abatido por el calor del mediodía, se levantó, después de haber permanecido un rato echado sobre su capote, se frotó los ojos con el dorso de la mano y, al contemplar aquellos tanques destrozados y quemados, vio también los cadáveres de los alemanes esparcidos por la estepa y una gran nube de polvo con estela que se movía más allá de las montañas, sobre el camino que iba hacia el Este, siguiendo paralelamente la corriente del Don. «Estos malditos fascistas alemanes están preparando algo -pensó mientras seguía con la mirada aquella nube de polvo-. Sin duda, esta humareda la levantan los refuerzos que les llegan. Lo intentarán de nuevo, se reagruparán, se lamerán las heridas y se lanzarán otra vez. ¡Sois unos demonios obstinados, tercamente obstinados! Pero nosotros tampoco somos de barro, hemos aprendido a darles tales golpes, que ¡vaya si tienen que limpiarse la sangre bajo sus narices! ¡Que ya no es el año 41! Al principio tuvieron suerte, pero ¡ya basta!», seguía pensando Svyaguintsev, tranquilizándose a sí mismo, y después dirigió una mirada al tanque inutilizado por Lopajin.

Aquella máquina gris, hasta hacía muy poco amenazadora, yacía volcada con un gran agujero y callada para siempre, con el cañón medio levantado. El primer servidor del tanque había salido por la escotilla y yacía en el suelo con las piernas segadas por una ráfaga de ametralladora, tenía los brazos completamente extendidos, y el viento movía indolentemente su desabrochada guerrera; el segundo, en cambio, que había sido alcanzado por Svyaguintsev, aún tuvo tiempo antes de morir de apartarse un poco del carro. A través de los separados setos, Svyaguintsev veía su morena nuca, su mano quemada echada hacia delante con su manga gris remangada hasta el codo, los herrajes de sus botas pulimentados y brillantes a la luz del sol, y asimismo lograba ver las cabezas blancas y gastadas de los clavos de las suelas de las botas.

-Ese tipo y los otros muertos, con este calor, sin duda, se hincharán y apestaron de un modo horrible. Con semejantes vecinos será imposible respirar aquí -dijo Svyaguintsev, haciendo una mueca de asco.

Sintió un cosquilleo en la espalda y una sensación de frío le hizo encoger los hombros; recordó el nauseabundo y dulzón olor de los cadáveres que desde la primavera acompañaba de continuo al regimiento, en los combates y en las retiradas.

Ya había transcurrido mucho tiempo desde la época en que Svyaguintsev sentía curiosidad por ver el rostro de los enemigos a quienes mataba; ahora contemplaba fríamente al servidor del tanque, de elevada estatura que yacía no muy lejos de él, abatido por una bala, y sólo deseaba una cosa: saltar cuanto antes de aquella angosta trinchera, en la que seis horas de permanencia eran más que suficientes para enloquecerle, y dormir de un tirón dos días seguidos en alguna parte y sobre un montón de paja fresca de centeno.

Recordó sin esfuerzo el aroma fragante del centeno recién trillado, suspiró por los recuerdos que le asaltaban y hacían palpar su corazón, y se sentó de nuevo en el fondo de la trinchera, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Tenía tanto sueño, que de buena gana habría hablado incluso con Lopajin para alejar de sí la modorra que le invadía, pero aquél, después del cuarto ataque de los alemanes, se cambió a una trinchera de reserva, y ahora estaba bastante lejos.

En la modorra, como cuando uno se halla en el límite de la vigilia y el sueño, Svyaguintsev veía a su mujer, a sus hijos, al servidor del tanque de la camisa gris a quien habla dado muerte, al director de la estación de máquinas y tractores; veía también un riachuelo con poco caudal, desconocido, con rápida corriente y un guijarro pulimentado multicolor en el fondo... El riachuelo discurría entre abruptas márgenes de arcilla, con un murmullo cada vez más fuerte y sonoro, y Svyaguintsev, sin querer, se despabiló y abrió los ojos: por encima de él, en el cielo, pasaba una formación de seis destructores que se dirigían a lo lejos, dejando tras de sí el ruido de sus motores.

Svyaguintsev era un hombre de carácter eminentemente práctico, y no siempre ni en cualquier momento le gustaba la aviación; sólo la apreciaba cuando le protegía desde el aire y cuando ante sus propios ojos bombardeaba las posiciones enemigas. Por eso acompañaba a aquellos cazabombarderos con una mirada fría y soñolienta de sus ojos hinchados por el sueño, y murmuraba con rabia:

-¡Otra vez os habéis retrasado! Mientras los alemanes nos atacaban y bombardeaban como si nos tuvieran amarrados, probablemente vosotros estaríais tomando café y poniéndoo vuestras malditas botas, y ahora, cuando todo se ha acabado, venis simplemente a arar en el agua y a quemar el combustible del Estado... ¡No sois más que unos malgastadores de gasolina!

No le dio tiempo de acabar de refunfuñar: los alemanes habían iniciado la preparación artillera, y en la primera zona se concentró de pronto una fuerte ráfaga de fuego de tanques. Svyaguintsev se olvidó rápidamente de los destructores y del resto del mundo...

Cientos de proyectiles y minas zumbaban y rugían desgarrando la atmósfera caliginosa, volando por los aires para incrustarse cerca de las trincheras, levantando verdaderos surtidores de tierra y de humo, y surcando la sinuosa línea de defensa, la cual, ya sin esto, estaba plagada de hoyos. Las explosiones se sucedían una tras otra, con inverosímil velocidad, y cuando coincidían sobre la tierra estremecida por los disparos, se levantaba un ruido sordo que vibraba pesadamente y lo aplastaba todo...

Hacía tiempo que Svyaguintsev no se encontraba con un fuego tan concentrado y denso, hacía mucho tiempo que no tenía la sensación de una desesperación tal que le dejaba el corazón encogido... Las minas y los proyectiles caían cerca, abundantes y ensordecedores, y tanto se incrementaba aquel ruido infernal, que Svyaguintsev comenzaba a perder el ánimo y la valentía que le caracterizaban desde el principio, y hasta perdía la esperanza de salir con vida de aquel infierno...

Las noches de insomnio, el extenuante cansancio y la tensión de un combate de seis horas contribuyeron lo suyo, y cuando a la izquierda de su trinchera estalló un proyectil y a través del fragor de la lucha oyó el grito de su vecino herido, en el interior de Svyaguintsev algo pareció truncarse. Se estremeció, se apoyó con fuerza contra la pared delantera de la trinchera, con el pecho, con los hombros, con su corpachón, y cerró los puños de tal modo, que los dedos se le durmieron. Abrió desmesuradamente los ojos y le pareció que, a causa de las explosiones, toda la tierra se movía y se abría bajo sus pies como si tuviera fiebre, y él, impelido por un fuerte temblor, se apretó aún más contra el suelo, que también trepidaba, buscando una protección que no encontró. En este momento de desesperación, perdió aquella maravillosa idea que tenía de que tal vez a otros no, pero a él, a Iván Svyaguintsev, la tierra patria le protegería de la muerte...

Por un instante pasó por su mente una idea clara: «Habría que cavar más hondo la trinchera». Luego ya no tuvo ideas cuerdas ni nada; sólo tenía el corazón oprimido de terror. Svyaguintsev cerró los ojos, sin querer, mientras dejaba caer las manos sobre las rodillas; inclinando mucho la cabeza y tragando con dificultad la saliva, que se le había vuelto amarga como la bilis, se puso a rezar silenciosamente.

En su ya lejana infancia, cuando todavía estudiaba en la escuela parroquial, el pequeño Vania Svyaguintsev iba todos los días festivos con su madre a misa; sabía de memoria todas las oraciones, pero desde entonces, en el transcurso de muchos años, no había molestado a Dios con petición alguna, y se le había olvidado hasta la última oración. Ahora rezaba a su manera, de forma breve y reiterada, susurrando una y otra vez lo mismo: «¡Señor, sálvame! ¡No dejes que me pierda!»

Pasaron unos minutos interminables, de plena angustia. El fuego no cesaba... Svyagufutsev levantó de pronto la cabeza, otra vez apretó con fuerza los puños hasta hacer crujir las articulaciones, y miró la pared de la trinchera con sus ojos hinchados, centelleantes de rabia, de la cual se desprendían a cada momento abundantes montones de tierra. Se puso a gritar en voz alta, pronunciando palabrotas y blasfemando. El mismo Lopajin habría sentido envidia si le hubiera oído. Pero tampoco esto le sirvió de alivio. Guardó silencio. Gradualmente se apoderaba de él una indiferencia cada vez mayor... Separó de la barbilla la correa resbaladiza y mojada por el sudor, se quitó el casco, presionó su barbilla grisácea contra la pared de la trinchera y, harto ya y sin interés por nada, dijo para sus adentros: «¡Que me maten pronto, que...!»

Alrededor todo rugía y tronaba, en medio del polvo y de los amarillos centelleos de las explosiones. La aldea, que había sido abandonada por sus habitantes, ardía de un extremo a otro. Sobre las casas, polvorientas por el tiroteo, se alzaban las henchidas alas de una gran nube de polvo, y, por encima de las trincheras, flotaba el corrosivo olor a pólvora mezclado con el amargo olor de los árboles y la paja quemados.

La preparación artillera no se prolongó más de media hora, pero al aterrorizado Svyaguintsev le pareció haber vivido una segunda existencia. Acababa de asaltarle un loco deseo: saltar de la trinchera y dirigirse corriendo a la montaña, al encuentro de la negra columna de estallidos que avanzaba hacia las trincheras: sólo un gran esfuerzo de voluntad impidió que cometiera tan insensata acción.

Cuando la artillería alemana trasladó el fuego al fondo de la defensa, y el sordo ruido de los proyectiles se incrementaba en el poblado en llamas e incluso más lejos, donde había un pequeño robledal, diseminado por la anegada pradera, Svyaguintsev, hundido y envejecido en esa maldita media hora, se puso maquinalmente el casco en la cabeza, limpió con la manga el cerrojo y el punto de mira del fusil, y echó un vistazo fuera de la trinchera.

A lo lejos, más allá de la montaña, la compacta infantería alemana iba avanzando protegida por los carros

de combate, Svyaguintsev pudo escuchar, amortiguado por la distancia, el ruido de los motores, el griterío de las distintas voces de los soldados alemanes que iban al ataque, y, sin saber cómo ni por qué, se le hizo un nudo en la garganta. Sin embargo, logró reaccionar.

A pesar de que su corazón seguía latiendo acelerada y desacompañadamente, no quedaba rastro alguno del reciente desánimo que había sufrido. La lenta penetración de los tanques enemigos, estimulados por los gritos de los mismos alemanes, representaba un peligro evidente contra el cual se podía combatir, y Svyaguintsev ya estaba acostumbrado a ello. Al fin y al cabo, aquí había algo que dependía también de él, de Iván Svyaguintsev. Por lo menos, podía defenderse y no permanecer sentado, cruzado de brazos, esperando triste e impotentemente que un invisible alemán, atontado por el calor, hiciera blanco en su trinchera, disparando al azar...

Svyaguintsev bebió un trago de su cantimplora, de un agua tibia que sabía a cieno, y se recobró definitivamente; primero sintió terribles deseos de fumar, pero se dio cuenta de que ya no tendría tiempo de liar un cigarrillo y darle unas chupadas. Recordó el reciente pánico experimentado y cómo había rezado, con qué pena, y pensó como si se tratara de otro: «¡Hay que ver lo que han hecho con el hombre, a lo que le hacen llegar! ¡Bestias!» Luego imaginó la cáustica sonrisa de Lopajin y en seguida pensó precavido: «Es preciso callarse todo esto. ¡Dios me libre de contárselo a Pëtr! ¡No me dejaría vivir, acabaría haciéndome la vida imposible! Naturalmente, a mí la religión no me está prohibida puesto que no soy del Partido; de todas maneras, no es muy..., aunque no me ha resultado muy complejo de retórica...»

Al recordar lo pasado, experimentaba cierto descontento y una ligera sensación de vergüenza, pero no tenía tiempo ni ganas de buscar razones de peso con que justificarse; se maldijo a sí mismo y pensó: «¡Ay, qué desgracia que haya rezado un poco! Bueno lo cierto es que he rezado muy poco... ¡El caso es que aún se podrían hacer cosas peores, si el destino te obliga a ello! La muerte no es un pariente querido, les resulta horrible a todos por igual, al que es del Partido, al que no lo es, y a cualquier persona, sea lo que fuere...»

La artillería enemiga trasladó de nuevo el fuego a la primera línea, pero ahora Svyaguintsev ya no se tomaba todo lo que sucedía alrededor suyo con la misma sensibilidad que antes: el fuego enemigo ya no le parecía tan arrollador y los proyectiles no removían la tierra solamente alrededor de la trinchera, como creía antes, sino que, de acuerdo con el orden alemán, iban ribeteando la destruida línea defensiva...

La infantería alemana se aproximaba a la línea de fuego y a las trincheras. Los soldados, erguidos, avanzaban en compacta formación; los tanques disparaban sobre la marcha y a intervalos. Sin embargo, Svyaguintsev se dio cuenta de que el fuego de contrabatería iba en disminución y se debilitaba. Fue entonces cuando vino en nuestra ayuda la artillería pesada. A lo lejos, más allá del Don, se dejó oír un trueno de cuatro explosiones juntas; los proyectiles, con grave y fuerte susurro, trazaron en la altura, sobre las trincheras, invisibles arcos y pronto se empezaron a ver gigantescas columnas de tierra que se deshacían en el aire frente a las filas alemanas.

Los tanques avanzaban con rapidez para huir de la zona batida. Sin darles alcance, la artillería alemana corrió tras ellos.

Con el corazón en un puño, Svyaguintsev observaba cómo grupos de soldados enemigos se caían por las explosiones, evitaban cráteres, se acercaban rápidamente, astutamente diseminados y notablemente disminuidos en número. Muchos de ellos incluso disparaban sus ametralladoras a la carrera... ¡Y de pronto revivió nuestra primera línea, hasta entonces secreta y silenciosa! Daba la impresión de que todo lo vivo hacía tiempo ya estaba barrido por las baterías enemigas, arrasado por completo; no obstante, los puestos supervivientes empezaron a actuar todos a una, con lo cual la infantería alemana fue sesgada por ráfagas de un mortífero chaparrón de fuego de ametralladoras. Los alemanes se echaron al suelo, pero poco después empezaron a efectuar breves carreras para aproximarse.

Sólo por unos instantes, Svyaguintsev levantó la vista, que tenía fija en el suelo; nada se había alterado allá arriba, en el cielo, durante aquella media hora; el firmamento seguía azul como antes, tranquilo e inalterable en la profundidad del azul; las nubes marchaban lentamente en la misma dirección, distanciadas, como quemadas por el sol y un poco ahumadas en sus bordes, siempre impulsadas por el mismo airecillo que las orientaba hacia el Este... Svyaguintsev vio un retazo de este mundo azul, inundado por el sol, pero todo lo que tuvo tiempo de divisar en una rápida mirada, traspasó su corazón de parte a parte, al igual que una apesadumbrada sonrisa de despedida de una mujer, con todas sus lágrimas...

Muy cerca de la mejilla de Svyaguintsev, junto a su entornado ojo, se mecía la margarita inclinada y cubierta de polvo, molestándole para mirar; las ramitas de color gris azulado de ajeno también se movían, y más allá de los matojos de hierbas se dibujaban, precisa y distintamente, las figuras de los enemigos, que aumentaban de tamaño y se acercaban inexorablemente...

Ocho soldados alemanes se dirigían directamente a la trinchera de Svyaguintsev. Al frente de ellos, inclinándose un poco hacia delante como si le atacara un fuerte viento de cara, marchaba un oficial. Mientras caminaba, movía distraídamente una vara que llevaba en la mano, y luego se volvió, y transmitió, al parecer,

una orden. Los soldados echaron a correr para alcanzarle.

Svyaguintsev apuntó al oficial, contuvo un instante la respiración y disparó. Esperaba que el oficial cayera, pero éste siguió su camino como si nada hubiese ocurrido. Estaba maravillado del arrojo del oficial, a la par que indignado consigo mismo, y Svyaguintsev disparó una segunda y una tercera vez; se preocupaba y se precipitaba al mismo tiempo, y efectuó aún dos disparos más. El oficial proseguía como si estuviera embrujado, incluso es posible que acelerase el paso y, como antes, movía juguetonamente el bastón que llevaba en la mano, igual que si fuera de paseo; pareció decir algo a los soldados que le seguían.

«¡El muy perro estará borracho! -se le ocurrió pensar a Svyaguintsev y, con temblorosas manos, se apresuró a llenar de nuevo el cargador, mientras sus dientes rechinaban de rabia e indignación-. Bueno, espera... ¡Ahora te haré besar el suelo! Llevarás a la tierra tu...»

Mientras estaba cargando el arma, el sargento Nikiforov derribó de dos cortas ráfagas al oficial y a tres de sus soldados. Los cinco restantes, amedrentados por aquellas pérdidas, se refugiaron rápidamente en los cráteres que había por aquella zona, y empezaron a disparar como si quisieran acabar con todas sus municiones lo antes posible.

Por algún lugar de la derecha se oía el rugir de los tanques. En el fragor de la lucha, Svyaguintsev apenas oyó la voz del teniente Goloshtcheykov que, aunque ronca, sonaba muy aguda:

-¡Deja pasar los tanques! ¡Deja pasar los tanques! ¡Fuego a la infantería!

A todo lo largo de la línea defensiva ocupada por la compañía, lo mismo que en el sector vecino, hacia donde se desplazaba principalmente el enemigo, la infantería alemana, separada de los tanques por el fuego a que estaban sometidos, se echó a tierra, pero luego se levantó para seguir a los tanques y, al amparo de los mismos, ir ganando posiciones, en espera del momento de iniciar el ataque decisivo.

Los alemanes estaban cerca. Svyaguintsev oía perfectamente las palabras del mando alemán -las extrañas expresiones del odiado lenguaje enemigo-, y los fuertes latidos del corazón llenaban su caja torácica. Disparaba y al mismo tiempo escuchaba con impaciencia: ¿no empezaría a oírse la ametralladora de Nikiforov, que se había quedado muda? Pero la ametralladora seguía en silencio. «Ahora, a la bayoneta», se dijo Svyaguintsev, sintiéndose ya irremediabilmente perdido, mientras con sus manos sudorosas palpaba una granada. La emoción le impedía respirar, separaba las fosas nasales e inspiraba el aire caliente, que olía a humo, con un ronquido, como un caballo al que obligaran a correr.

Al cabo de unos minutos, los alemanes se levantaron y lanzaron un grito. Como a través de una niebla, Svyaguintsev vio las guerreras de color verde grisáceo, y pudo oír las fuertes pisadas y el retumbar de las explosiones de las granadas de mano, los rápidos estallidos de los disparos y las ráfagas de las ametralladoras, entrecortadas y frecuentes... Echó un vistazo rápido e irascible a ambos lados; de las trincheras saltaban ya los camaradas, sus entrañables camaradas, hermanos en la vida y en la muerte. No eran muchos, pero el claro «hurra» que lanzaron sonaba ardiente y amenazador.

Svyaguintsev saltó de su trinchera como lanzado por una catapulta, y su voluminoso cuerpo parecía haberse aligerado, e incluso le pareció haber perdido su peso habitual; con la ametralladora en la mano, echó a correr hacia delante, sin dejar de mirar de reojo a los alemanes que se le aproximaban, y sintió cómo todo el peso del fusil pasaría en seguida al extremo de la bayoneta.

Sólo le había dado tiempo de alejarse unos cuantos metros de la trinchera. Detrás de él relampagueó una llama, hubo un ruido ensordecedor y Svyaguintsev cayó de bruces en la más absoluta oscuridad, que se abrió de improviso ante sus ojos desorbitados y enloquecidos por un fortísimo dolor.

12

Poco antes del anochecer, extenuados por los duros intentos de apoderarse del paso del río, los alemanes disminuyeron el ataque, se fortificaron en las cimas de las montañas cercanas y, sin emprender verdaderas operaciones de ataque, empezaron a disparar sistemáticamente sobre el paso del río y los desiertos y anegados caminos de la pradera, con fuego de artillería y morteros.

Por la tarde, la unidad de cobertura había recibido la orden de replegarse a la margen izquierda del Don. Se esperó a que hubiera anochecido y, llegado el momento, las unidades empezaron a desalojar silenciosamente sus posiciones, rodeando las ruinas de la aldea incendiada, y a través de los campos, sin camino alguno, iniciaron la retirada hacia el Don.

El cabo primero Poprystchenko era quien estaba al mando de la compañía. El teniente Goloshtcheykov, gravemente herido, era transportado en una camilla por los soldados, que se relevaban por turno. Detrás de todos iba Lopajin, sombrío y feroz como un demonio; algo más retirado, caminaba Kopytovsky, encorvado y con un pesado macuto lleno de cartuchos, y llevando el fusil del servidor antitanque Borsyj, ya muerto.

Cuando pasaron por el lugar donde aquella mañana brillaban las verdes hojas del huerto y se alzaba sonoro el canto de los pájaros, ahora tan sólo vieron cepas carbonizadas, como barridas por una tormenta de fuerza increíble; yacían desordenadamente los árboles arrancados de cuajo, rotos y desgajados, con las ramas

segadas por la metralla. Lopajin se detuvo junto al ancho brocal del pozo, para mirar la sombría y ennegrecida silueta del tanque alemán quemado y abandonado en la penumbra. La máquina permanecía recostada sobre uno de sus flancos y su oruga aplastaba unas plantas de frambuesas y la astillada noria del molino, que en otro tiempo había servido para que crecieran, vivieran y fructificaran los árboles. En aquella cálida atmósfera flotaba inamovible la mezcla del olor a hierro quemado, a lubricante y a carne achicharrada, pero ni siquiera ese hediondo olor lograba apagar el suavísimo aroma, existente antes que todos los demás, de la hierba marchita prematuramente, sin haber podido florecer. Un maravilloso y dulce hálito emanaba de aquel huerto casi exterminado...

Caminando y arrastrando sus botas por los desgajados y destrozados setas de las zarzamoras, Kopytovsky se acercó suspirando, y en voz baja dijo:

- ¡Ay, qué asco de vida, la nuestra! Si al menos pudiéramos fumar...

- Tienes aspecto de haberte aburrido. Aguanta sin fumar -replicó secamente Lopajin.

- ¡Aguantar, aguantar! -exclamó Kopytovsky malhumorado-. Desde luego, el soldado ruso lo soporta todo, pero su paciencia no está hecha de hierro. Ya he aguantado tanto, que mi paciencia ha rebasado el límite...

Lopajin miraba con fijeza y en silencio el oscuro y enorme tanque. Kopytovsky se ajustó el macuto a sus espaldas y dijo:

-Tengo unas enormes ganas de fumar, ¡y no digamos de comer! Todo depende de la naturaleza de cada uno; hay quien, cuando tiene miedo, sólo siente deseos de vomitar, mi tras que a mí, cuando me asusto, me entra hambre. ¡Y al día de hoy ha sido terrorífico! ¡Cómo nos atacaba ahora el maldito alemán! Yo ya me había apuntado en la lista de los muertos, y creí que podría olvidarme pronto de cómo se respira. Pero no fue así.

Lopajin no escuchaba a Kopytovsky; en voz queda y señalando al tanque, dijo;

-Ese ha sido el trabajo de Kochetygov, y él, ya no se encuentra entre los vivos, ha muerto como un héroe... ¡Qué buen muchacho era!

Aunque era inevitable, resultaba desagradable hablar de la muerte de los camaradas, y por ello existía un acuerdo tácito en no mencionada. Pero aquí fue como si Lopajin rompiera el acuerdo, a pesar de que, por lo general, no era muy aficionado a desahogarse de esta forma. De pronto, empezó a hablar, en emocionado susurro:

- ¡Era todo fuego, ese muchacho! Un auténtico secretario del Komsomol. No hallarías nada semejante en el regimiento. Pero ¡qué digo en el regimiento! ¡Ni en todo el ejército! ¿Y cómo quemó el tanque? La máquina ya le había aplastado, le había cubierto de tierra hasta la mitad del cuerpo, le había estrujado el pecho... Yo mismo vi cómo le salía sangre por la boca... Pero se alzó en la trinchera, aun muerto se levantó, con el último aliento, y lanzó la botella... ¡Y lo incendió! ¿Sabrá su madre cómo ocurrió esto? ¿Cómo podrá vivir ella después de lo sucedido? Yo mismo disparé sobre ese maldito tanque. ¡Pero no acerté, no acerté! ¡Maldito! Tenía que haber disparado antes, cuando marchaba, y no de frente, sino a un lado... ¡Qué estúpido soy! ¡No soy más que un viejo, maldito tres veces por Dios! Me precipité, y el muchacho perdió la vida... ¡Todavía no había tenido tiempo de vivir, apenas había salido del cascarón, pero tenía un corazón de águila! Mira de qué heroicidad ha sido capaz. Y yo, hermano, cuando veo matar ante mis ojos a niños así, me entran ganas de llorar... ¡De llorar y matar sin compasión a esos cerdos alemanes! No, hermano, para mí, morir es algo completamente distinto, soy un caballero maduro y he saboreado todos los aspectos de la vida, pero cuando caen personas como Kochetygov, mi corazón no aguanta más, ¿comprendes? ¿Con qué van a pagar eso los alemanes? ¿Con qué? Ahí tienes esa carroña alemana que se ha quedado aquí y apesta y, no obstante, mi corazón está sediento de venganza. ¿Y cómo van a pagar por las lágrimas de la madre? ¡Me meteré en la sangre de los alemanes hasta las mismas rodillas, hasta el cuello, hasta las narices, y de todos modos consideraré que aún no han pagado! ¡Que ni siquiera han empezado!, ¿está claro?

Kopytovsky quedó extrañado y preocupado por las palabras de Lopajin, con su defecto de pronunciación y deshulvanadas, como las de un borracho. Al principio le escuchaba con indiferencia, y para quitarse las ganas de fumar, se echó a la boca un trocito de mazorca que había picado previamente. Masticaba aquel amargo pedacito de tabaco que le escocía el paladar y las encías, sin comprender en absoluta lo que le ocurría a Lopajin, siempre tan comedido, para ahora, de repente, exteriorizarse de aquel modo. ¡No parecía en absoluta Lopajin, no parecía el mismo! Finalmente, Kopytovsky tragó la amarga saliva producida por el tabaco, y trató de examinar con detenimiento, en la oscuridad, el rostro de Lopajin. Pero aquél estaba de medio lado, con la cabeza muy inclinada, y en su entonación y en la postura de su cabeza había algo que sacó de sus casillas a Kopytovsky. Todas esas disquisiciones y recuerdos sobre la muerte de Kochetygov estaban realmente fuera de lugar, aquél no era el momento apropiado, Kopytovsky estaba plenamente convencido de ello. Venció su emoción y, decidida y tajantemente, dijo:

- ¡Basta ya! En este momento pareces una mujer... Bueno, han matado al muchacho, ¿y a otros muchos no? No puedes pagar por todos ellos, y de todas formas no es asunto tuyo ni mío; además, esta conversación

no conduce a nada. Vamos, muévete, que los muchachos se alejan y vamos a quedarnos aislados.

Lopajin se volvió rápidamente y, sin pronunciar una palabra más, echó a andar. Pasaron en silencio junto a las ruinas de la granja central lechera, sumidas en violáceas tinieblas; con el marcado paso de la infantería, pisoteaban los trozos de ladrillos, que crujían bajo sus botas, y sólo en el bosque, cuando se sentaron un instante para descansar, Lopajin rompió el prolongado silencio:

-¿También está muerto Svyaguintsev?

-¿Cómo voy a saberlo?

-Tú has dicho que viste cómo caía.

-Le he visto, pero no sé si está muerto o herido; no le he tomado el pulso.

-Tal vez no fuera él... Tal vez no fuera él el que cayó... No se puede distinguir bien en medio de la confusión... -objetó Lopajin, con un acento de esperanza en la voz.

De nueva Kopytovsky notó en la temblorosa voz de Lopajin cierta lástima desconocida, e involuntariamente se ablandó y le respondió en otro tono:

-Sí, Svyaguintsev ha caído, seguro que le he visto. Una mina estalló detrás de él y ¡al suelo! Herido mortalmente a como sea, eso no lo sé.

-¿Tú qué sabes? ¿Qué vas a saber tú? ¡No entiendes nada de nada! ¿Qué quieres saber, si te falta ese aparato? -dijo Lopajin, excitado y mordaz-. Levántate, vamos. Te has sentado como si estuviéramos en un balneario. ¡Vaya elemento estás hecho!

Esto ya lo decía el Lopajin de antes, el de siempre, y su voz sonaba como antes: toscamente, con sorda tirantez... Sin embargo, Kopytovsky se sintió en cierto modo aliviado y guardó silencio; con el Lopajin anterior era mucho más fácil convivir...

De nuevo caminaban sumidos en la profunda oscuridad, tropezando con las raíces quemadas de las encinas, se enganchaban en las ramas destrozadas de los arbustos, y se orientaban por el sonido de los pasos que les precedían. En la cañada, al llegar al cruce de caminos, fueron atacados por el fuego de la batería de los morteros enemigos. Permanecieron echados durante unos momentos, apretando fuertemente sus cuerpos contra el suelo frío y arenoso, y poco después, el cabo primero les ordenó que se levantaran y cruzaran corriendo el camino. Disparaban a ciegas y no tuvieron pérdidas.

Y nuevamente, cuando se acercaban a la medio destruida presa, donde los alemanes disparaban aprovechando un poco de luz, se encontraron bajo el fuego, y en esta ocasión permanecieron por espacio de media hora pegados a los matorrales.

La densa oscuridad se iluminaba con las explosiones, y era atravesada por haces de luz que describían las balas de fogueo. A menudo, en las montañas donde se hallaban los alemanes, se encendía una cegadora luz blanca de bengala, y su brillo se posaba sobre las copas de los árboles, discurría suave y caprichosamente por las ramas, y después, de improviso, se apagaba. De noche, en el bosque, los estallidos sonaban sordamente, y Kopytovsky, asombrado, chillaba:

-¡Aquí, el so-ni-i-i-do es como el de un barril de hierro!

Les llamaron del otro lado de la presa; el rayo de una linterna cubierta por el bajo de un capote brilló pálidamente para apagarse en seguida. Se oyó una voz de bajo, con acento bonachón.

-Bueno, ¿hacia dónde vas, infantería? ¿Hacia dónde? Pateáis como las ovejas, y por aquí todo está minado. Seguid por la izquierda de la presa, a unos cien metros a la izquierda... ¿Cómo que no está señalizado? ¡Hasta demasiado señalizado! Mira los postes clavados y los centinelas repartidos", ¿Que dónde está la línea divisoria? Allá, al otro lado de la cañada; ya os saldrán al encuentro y os indicarán el camino. Allí os acompañaran los hermanos zapadores. Los zapadores lo pueden todo; pueden llevaros al otro mundo e incluso más lejos... ¿Qué es eso? ¿Un herido? ¿Un teniente? ¡Mala suerte! Por ese camino se os hará trizas. Deberíais ir más a la izquierda, allí el terreno es más llano.

Los retazos de esta conversación captados por Kopytovsky le pusieron de un humor sombrío.

-¿Has oído, Lopajin, lo que ha dicho ese pelagatos? -preguntó irritado-. Hablan de nosotros como de simple infantería, y ellos, ¿qué hacen? ¡Vaya con la caballería! Toda la vida han montado sobre un hacha, espoleando con palas, y ahora vienen con guasitas... Colocan minas y luego plantan unos postecitos para cercarlas. Pero ¿acaso esto es un campo de pruebas? Aquí tropieza uno con un poste de telégrafos y hasta que no se la pega con la frente no se entera. Desgraciados come gallinas, palurdos, recua de topes. No se ve nada delante de las mismas narices, y ponen postecitos... Si ese garañón zapador se hubiera dormido, ahora podríamos habernos metido en un campo de minas, así por las buenas. ¡Bonito asunto! Nos libramos de los alemanes, y habríamos empezado a explotar sobre nuestras propias minas... No tenemos más que cruzar ese maldito Don, y allá nos encontraremos seguros... Y ahí tienes, ¡hala!, un poco más y nos metemos en nuestro propio campo de minas, ¡Cosas como ésta ocurren a porrillo! Cuando parece que uno ha logrado su objetivo, todo se va al cuerno. En nuestro koljós ocurrió un caso interesante antes de la guerra: un contable anduvo tras una muchacha cerca de tres años; ella era telefonista en el Soviet agrícola. El insistía, pero ella no le

hacía caso porque no le gustaba en absoluto y no sentía amor alguno hacia él. Pero de todos modos, el hijo de perra logró salirse con la suya. Se puso tan pesado, que ella, finalmente, accedió a casarse con él. Se dice que el agua horada la piedra y eso es lo que sucedió en este caso: tres años tardó en conseguir lo que quería. La muchacha, decía llorando a sus amigas: «Me caso con él, amigas mías, porque no me deja en paz, no porque sienta hacia él el menor cariño.» Bueno, en una palabra, todo llegó a su fin, y se inscribieron en el Registro Civil. Por la tarde, el contable reunió a sus amistades. Sentado a la mesa, estaba orondo como un puerco untado de mantequilla, y se sentía orgulloso, muy orgulloso de sí mismo. Pero allí mismo, al poco rato, sentado a la misma mesa, murió. ¿Y sabes cuál fue la causa? ¡Se atragantó con un trozo de pastelillo! No podría decir si de alegría o de glotonería, pero lo cierto es que se lo tragó enterito, sin masticar y se le atravesó en la tráquea. ¡Y ya está! Para este joven todo terminó: le dieron golpes en la espalda, incluso empleando sillas, le pusieron cabeza abajo, pero todo resultó inútil, y a pesar de los innumerables esfuerzos, no sirvieron para nada, acabó asfixiado. Y ahí tienes a aquella joven telefonista, que enviudó allí mismo, para satisfacción suya... Todavía podría contarte otra anécdota del koljós...

-Deja ya esas majaderías -ordenó Lopajin en tono tajante.

Kopytovsky guardó silencio con resignación. Un momento después tropezó con un tocón, retumbó como un puchero y cayó al suelo cuan largo era.

-¡Contigo se podría tapar un agujero en el puente! -exclamó furioso Lopajin.

-Es que está tan oscuro... -dijo Kopytovsky con aire de culpabilidad, como queriendo justificarse, a la vez que se frotaba la rodilla.

Después de lo sufrido durante todo el día, Kopytovsky no estaba, por lo visto, en condiciones de callarse, y por eso al cabo de un rato dijo:

-Lopajin, ¿sabes adónde nos lleva el cabo primero?

-Al Don.

-No es eso lo que quiero saber, sino si nos lleva hacia el puente o hacia dónde.

-Más a la izquierda.

-¿Y cómo lo vadearemos? -preguntó Kopytovsky, asustado.

-Sobre los mocos -cortó Lopajin.

Kopytovsky siguió adelante en silencio durante unos minutos y luego dijo conciliador:

-¡No te enfades, Lopajin! En seguida te enfadas... ¿Y por qué, me pregunto? ¿Eres tú el único que está amargado o qué? Todos estamos igual.

-Me enfado porque no dices más que tonterías.

-¿Qué tonterías? Me parece que no he dicho nada de particular.

-¿Nada? ¿Cómo que nada? ¿No ves que los alemanes están acechando el puente?

-Ya lo veo.

-Lo ves, y aún preguntas si vamos al puente o adónde. No haces más que preguntas. Pues está bien claro, sólo faltaría que nos llevaran al batido puente... Y, además, deja de hacerme preguntas estúpidas y no me pises más los talones, porque puedo darte un codazo que te haga salir sangre de las narices.

-Ponte unos farolillos en los talones, porque en la oscuridad no se ven. También resulta que tienes los talones delicados... -refunfuñó Kopytovsky.

-Puedo colgarte los farolillos a ti, si llega el caso, pero por el momento no me empujes. No eres una vaca ni yo un ternero, ¿entendido?

-Si no te empujo...

-Procura mantener la distancia, ¿entiendes?

-Ya guardo la distancia.

-¿Qué distancia si no haces más que pisarme los talones? ¿Por que te arrastras a mi lado?

-No me arrastro detrás de ti. No me hace ninguna falta.

-¡Sí que te arrastras! ¿Es que temes perderte?

-Otra vez estás enfadado -dijo Kopytovsky abatido-. No temo perderme, pero eso de vadear el río sin puente..., ¿cómo te diría yo...? ¡Bueno, tengo miedo! ¿Y qué? A ti te resulta fácil pensarlo porque sabes nadar, pero yo no sé nadar en absoluto. ¡Y sólo faltaba eso! Vamos más a la izquierda del puente y allí no habrá lanchas, lo sé seguro. Y por lo tanto tendremos que cruzar el río con nuestros propios medios, y ya sé algo de eso. He vadeado el Donets por mí mismo, y ¡vaya una broma!...

-¿No sería posible que acabaras con tu palabrería? -dijo en la oscuridad la voz de Lopajin, con irritada amabilidad.

Kopytovsky, desanimado, aunque con terca resolución, dejó oír su voz de bajo:

-¡No, no acabaré! Después de todo, sólo me queda de vida hasta qué lleguemos al Don, y tengo que decirlo todo antes de morir... Incluso existe una ley que permite decir todo lo que se quiera antes de la muerte. Los medios propios significan: si sabes nadar, nada; si no sabes, tápate la nariz con los dedos lo más

fuerte que puedas, y baja al fondo a apacentar cangrejos... Cuando recibimos la orden de cruzar el Donets, el comandante nos indicó: ¡Muchachos, emplead vuestros propios medios! ¡Seguidme! ¡Rápido!» Eché al agua un bidón de gasolina vacío de los alemanes, me agarré a él y empecé a mover los pies, forzando así la resistencia del Donets. Llegué hasta el centro no sé cómo, empujado por la corriente o por el viento. Luego, tan pronto como la ropa se me quedó calada, empecé a separarme del bidón. El maldito no hacía más que dar vueltas en el agua y yo también: de un lado para otro, unas veces tenía la cabeza fuera, otras en el fondo. Una vez abrí los ojos y, ¡madre mía!, qué hermosura: el sol, el cielo azul, los árboles en las orillas. Los abrí otra vez y, ¡bendito sea!, tenía el agua verdosa alrededor, apenas se veía el fondo, y junto a mí iban subiendo unas burbujas claras. Bueno, como es de suponer, había soltado el bidón y avanzaba hacia el fondo... Gracias a que un camarada se zambulló y me sacó.

-¡Lástima que lo hiciera! ¡No tenía que haberte sacado! -se lamentó Lopajin.

-Lástima o no, pero me sacó. Por supuesto que tú no me hubieras sacado. ¿Qué cosa buena cabe esperar de ti? Sólo por eso quiero evitar eso de los propios medios. Es mejor estar bajo el fuego, pero sobre el puente. Por eso se me corta la respiración al recordar la cantidad de agua que tragué en el Donets... De un golpe me metí dos cubos llenos en el cuerpo, y tenía que tragarla a la fuerza....

-No gimotees, Sashka. ¡Cállate al menos un poco!; de una fama o de otra, esta vez podrás vadearlo -le dijo Lopajin para alentarle.

-¿Cómo vaya vadearlo? -exclamaba abatido Kopytovsky-. ¿Es que te has quedado sordo? Te estoy diciendo todo el tiempo que no sé nadar en absoluto, ¿y aún quieres que lo cruce? Encima, me has cargado el macuto lo menos con dos puds de cartuchos, y además, el fusil de Borsyj, y también llevo el capote, el fusil ametrallador con sus peines, la pala como los zapadores y mis zapatos, que pesan lo suyo... Incluso sabiendo nadar, con toda esa impedimenta se hunde cualquiera, figúrate el que no sabe, como yo: basta con meter los pies en el agua hasta la rodilla para caerse y morir en la orilla seca. ¡Forzosamente tengo que ahogarme con todo esto! Aunque no sé por qué llevo tantos cartuchos y todo ese equipo, para martirizarme antes de morir. ¡No lo entiendo! En cuanto llegue al Don, echaré todo esto al agua, me sacaré los pantalones y me ahogaré desnudo. Desnudo quizá resulte más agradable...

-¡Por favor, calla, no te hundirás! El estiércol no se hunde -murmuro enojado Lopajin.

-Desde luego que el estiércol no se hunde, Lopajin. Pero tú vadearás el río al primer intento, mientras que de mí no quedará nada... Tan pronto como lleguemos al Don, te regalaré mi maquinilla de afeitar, como recuerdo... No soy tan rencoroso como tú, no me acuerdo de lo malo... Aféitate a tu salud con mi maquinilla, y recuerda al Aleksandr Kopytovsky que se ahogó heroicamente.

-¡Vaya elementos que corren por el mundo! -masculló Lopajin entre dientes y aceleró el paso.

Se insultaban en voz baja, con los pies hundidos en la tierra hasta los tobillos, cuando empezaron a descender por la arenosa vertiente de la colina, y al fin pudieron ver la franja grisácea del Don a través de la luz que se filtraba por entre los matorrales. Varias barcas estaban amarradas a la orilla y mucha gente permanecía con los pies hundidos en la arena.

-¡Sashka, dame la maquinilla! ¿Oyes lo que te digo, ahogado? -exclamó Lopajin severamente.

Pero Kopytovsky, contento ya y en tono burlón, replicó:

-¡No, querido amigo, ahora me servirá a mí! ¡Estoy vivo otra vez! Sólo con ver la balsa, es como si hubiera nacido otra vez.

-¿Eres tú, Lopajin? -gritó desde la oscuridad el cabo primero Poprishtchenko.

-Sí -repuso Lopajin con desgana.

El cabo primero se separó del grupo de los que estaban junto a la balsa y fue a su encuentro, haciendo crujir con sus botas las menudas conchas que pisaba. Se plantó delante de Lopajin, y con voz turbada dijo:

-No han logrado traerle hasta aquí... El teniente ha muerto.

Lopajin, lentamente, puso el arma en el suelo y se quitó el casco. Permanecieron de pie y en silencio. Un vientecillo cálido, respirable y húmedo les soplaba en el rostro.

13

Por la noche llovía. De vez en cuando soplaba un viento húmedo y penetrante y gemían ruidosamente los altos álamos de la ribera izquierda del Don. Calado hasta los huesos y temblando de frío, Lopajin se apretujaba contra Kopytovsky, que roncaba tranquilamente; se echó sobre la cabeza aquel capote empapado de agua, y por cuyo motivo su peso había aumentado notablemente, y medio adormilado, escuchaba los estrepitosos truenos que comparados con los disparos de artillería, tenían algo de rumor pacífico e incluso apacible.

La lluvia amainó a la madrugada, y dio paso a una densa niebla. Lopajin se sumió en un pesado e intranquilo sueño, pero pronto le despertaron. El cabo primero les puso a todos en pie, y con voz enronquecida por la tos, dijo:

-Es preciso enterrar al teniente como es debido. Luego seguiremos adelante. No tenemos por qué seguir aquí, pisando gelatina.

En un claro del espeso bosque, junto a un manzano silvestre de hojas inclinadas, cubiertas de agua de lluvia, Lopajin y otro de los soldados, apellidado Mayboroda, cavaron la fosa. Después de arrancar los primeros terrones de tierra, Mayboroda dijo:

-Fíjate, tanta lluvia como ha caído durante toda la noche, y no ha calado la tierra ni una cuarta parte.

-Sí -repuso Lopajin.

No volvieron a intercambiar una sola palabra hasta que hubieron terminado el trabajo. Fue Mayboroda el que sacó la última paletada de tierra, que dio por terminada la fosa. Se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano y dijo suspirando:

-Bueno, ya hemos abierto la última trinchera para nuestro teniente.

-Sí -se limitó a responder Lopajin.

-¿Fumamos ahora? -preguntó Mayboroda.

Lopajin movió la cabeza negativamente. Su cara, amarillenta y arrugada por el sueño, se encogió. Se dio media vuelta, pero en seguida volvió en sí con entereza y con voz profunda, dijo:

-Voy a informar al cabo que ya está listo y tú... tú fuma, mientras tanto.

14

Al cabo primero le gustaba hablar. Lopajin lo sabía, y temía que, junto a la tumba del teniente, se pusiera a pronunciar en voz alta palabras de puro formulismo, vacías e inútiles, que sonarían como una ofensa. Miraba con inquietud y recelo el rostro del cabo, con sus bigotes rojizos y sus ojos hinchados; después fijó la vista en el correa y en la estropeada cartera de campaña del teniente, que el cabo apretaba cuidadosamente contra su pecho con el brazo izquierdo.

Sólo el día anterior, Lopajin estuvo bebiendo vodka con el teniente en su trinchera; de ello hacía solamente unas horas, y esta cartera gastada y este correa se ceñían fuertemente al gallardo cuerpo del teniente. Ahora, en cambio, aquel mismo cuerpo yacía junto a la tumba, inmóvil y como encogido por la muerte; los restos del teniente Goloshtcheykov se hallaban envueltos dentro del capote ensangrentado, y las gotitas de agua ya no se deslizaban por su rostro; se estaba acercando el momento del último adiós...

Lopajin se estremeció cuando el cabo primero, en voz ronca y baja, empezó a decir:

-¡Camaradas combatientes, hijos míos, soldados! Estamos enterrando a nuestro teniente, el último oficial que había quedado de nuestro regimiento... También era de Ucrania: Dniepropetrovsk, su región, está cercana a la mía. Allí, en Ucrania, deja a su anciana madre, a su esposa y a tres hijos pequeños... Era un buen jefe y un buen camarada, vosotros lo sabéis, pero no quiero hablaros de esto; junto a esta tumba quiero decir...

El cabo primero guardó silencio: buscaba las palabras precisas, y ya con otra voz magníficamente revitalizada y llena de fuerza interior, dijo:

-Mirad, hijos, esa niebla que nos rodea. ¿La veis? Pues bien, semejante niebla convertida en negra desgracia pesa sobre nuestro pueblo allá en Ucrania, ¡y en otros lugares que han quedado bajo el poder de los alemanes! Esta desgracia no deja dormir a las gentes durante la noche y no les permite ver la clara luz durante el día... Deberíamos tenerlo siempre presente: ahora, mientras estamos dando sepultura a un camarada, y, luego, cuando quizá suene un acordeón junto a nosotros en momentos de descanso. ¡Siempre debemos recordarlo! Mientras marchamos hacia el Este, debemos tener la vista fija en el Oeste. ¡Miremos hacia allá, mientras no acabemos con nuestras propias manos con el alemán que se encuentra en nuestro territorio! Nosotros, hijos míos, hemos retrocedido, pero hemos combatido como debíamos; ved cuántos hemos quedado: uno, dos y para de contar... No debe avergonzarnos mirar a los ojos de las personas buenas. No nos avergüenza... y esto sólo debe causarnos alegría. ¡Pero no resulta tan fácil! Aún es pronto para levantar la vista hacia la montaña. ¡Es pronto para levantarla! Sin embargo, querría que no nos avergonzara mirar cara a cara a los huérfanos de nuestro fallido camarada y teniente, que no nos avergonzara mirar a los ojos de su madre y de su esposa, y que pudiéramos decirles cuando les veamos, con sinceras palabras: «Acabaremos lo que hemos empezado con nuestro hijo y padre, aquello por lo que vuestro querido hombre dio su vida junto al Don.» ¡No cejaremos con el alemán hasta que reviente! Nos han hecho tambalear, qué duda cabe que nos hemos tambaleado mucho. Pero soy un viejo entre vosotros, hombres y soldados, soy un viejo -por fortuna es la cuarta guerra en la que tomo parte-, y sé que un hueso vivo siempre vuelve a cubrirse de carne. ¡También nos recubriremos nosotros! Nuestro regimiento se llenará de gente, y en seguida recuperaremos el terreno dejado atrás y nos dirigiremos hacia Occidente. Pisaremos fuerte... ¡tan fuerte, que la tierra se estremecerá bajo los pies de los alemanes!

El cabo primero, con la dificultad de los viejos, puso rodilla en tierra, e inclinándose sobre el cuerpo del teniente, habló tan bajo que el nervioso Lopajin apenas pudo entenderle:

-Es .posible que usted, camarada teniente, aún se dé cuenta de nuestra marcha... Es posible que los aires de Ucrania alcancen también su tumba...

Dos soldados saltaron a la fosa, y con sumo cuidado trasladaron a ella el rígido cuerpo del teniente. El cabo, que seguía arrodillado, arrojó un puñado de tierra y levantó la mano.

Rápidamente se formó sobre la tumba un montículo de arena, y se le hizo un saludo con tres disparos de fusil, que fueron seguidos por una ruidosa descarga de la batería emplazada no muy lejos de allí.

Jamás Lopajin había sentido tanta amargura y pesadumbre en su corazón como en estas horas. En busca de soledad, se dirigió al bosque y se recostó bajo un manzano. Lentamente pasaron junto a él Kopytovsky y otro soldado. Lopajin pudo oír cómo Kopytovsky, lleno de admiración y envidia, decía:

- ...Una división nueva que hace muy poco que ha llegado aquí. ¿Has visto qué muchachos? ¡Qué pantalones, qué guerreras, qué capotes! ¡Todo nuevo y flamante, todo reluciente! ¡Diablos, van elegantes como si fueran mujeres! Me miré y, ¡cielos!, me parecía que yo había salido de un festín de perros, o como si me hubieran atacado veinte mastines. El pantalón lo tengo roto por tres sitios y lo voy enseñando todo, y además ni siquiera puedo cosérmelo porque no tengo hilo. Por la espalda, la guerrera está podrida por el sudor, se deshilacha y parece una red de arrastre, y del calzado para qué hablar: la bota izquierda ha abierto la boca y no se sabe qué es lo que pide, si un hilo telefónico para sujetar la suela, o un buen remiendo... ¡Y cómo se alimentan! ¡Igual que en un balneario! Comen en el Don el pescado atontado por las bombas. ¡En mis propias narices echaron una pequeña carpa al fuego! Viven como si estuvieran en una casa de campo. Desde luego, así ya se puede combatir. ¡Si hubieran estado ayer en el baile que tuvimos nosotros, vaya si cambiarían de color estos novios!

Lopajin seguía tumbado con los codos apoyados en la mullida tierra y pensaba con indolencia en que quizá ahora mandarían a la retaguardia los restos del regimiento para reorganizarlo o completar cualquier nueva unidad. Y en caso de ser así, no resultaría nada bueno, y debería despedirse del frente por mucho tiempo. Y, además, ¿en qué circunstancias, precisamente cuando el alemán estaba presionando hacia el Volga, y en el frente, cada hombre tenía un gran precio! Se veía ya con un macuto desinflado a la espalda, abatido y en una retaguardia desconocida. En seguida la imaginación le mostró el panorama restante: una vida triste y anodina en una pequeña ciudad de provincias, sin las inquietudes y alegrías de la lucha, la vida insípida del soldado de reserva, los supuestos tácticos en un campo de las afueras de la ciudad, abrasado por los rayos del sol, con los consiguientes blancos a las maquetas de los tanques blindados de madera, y las estúpidas instrucciones de algún teniente veterano, que en virtud de su graduación le miraría a él, a Pëtr Lopajin, como a un recluta orejado, cuando estaba ya curtido por los fuegos y las trompetas... Lopajin movió la cabeza indignado y se encogió. ¡No, diablos, esa vida no era para él! Prefería disparar sobre los tanques alemanes reales y no sobre absurdas maquetas, marchar hacia el Oeste y no hacia el Este, y, poniéndose en lo peor, incluso seguir aquí, junto al Don, antes de un nuevo asalto. ¿Y qué era lo que podía retenerle en la unidad, cuando apenas había quedado ningún camarada? No estaba Streltsov y ni siquiera se sabía en qué hospital ingresaría y adónde sería enviado cuando saliera de él; el mismo día anterior habían muerto Svyaguintsev, el cocinero Lisichenko, Kochetygov, el sargento Nikiforov, Borsyj... ¡Cuántos de aquéllos, cuya amistad se forja en la guerra, quedaron para siempre entre las grandes distancias que separan a Jarkov del Don! Yacían en tierra propia, profanada por el enemigo, pidiendo venganza en silencio; sin embargo, ¡él, Lopajin, iba a ir a la retaguardia a disparar contra tanques de ficción, de madera, y aprender lo que había ya aprendido en la práctica, en el campo de batalla!

Lopajin se levantó de improviso y, sacudiéndose la tierra de las rodillas, se dirigió hacia la vieja cabaña en la que se encontraba el cabo primero.

"Solicitaré que me dejen en una unidad activa. ¡Se acabó el baile, no me moveré de aquí para ir a ninguna parte!", se dijo Lopajin decidido, y después cruzó en línea recta a través de los espesos matorrales de escaramujo.

Apenas había caminado unos veinte pasos, cuando oyó la conocida voz de Streltsov. Lopajin, sorprendido, y sin dar crédito a .sus oídos, se dirigió hacia un lado, salió a un pequeño claro, y vio a Streltsov de espaldas con otros tres soldados desconocidos.

-¡Nikolái! -gritó Lopajin, loco de alegría.

Los soldados esperaron, volviéndose hacia Lopajin, pero Streltsov continuó su camino, sin volverse, diciendo algunas palabras en voz alta.

-¡Nikolái! ¿De dónde sales, demonio? -gritó de nuevo Lopajin, lleno de alegría, temblándole incluso la voz, de puro emocionado.

Uno, de los soldados que acompañaban a Streltsov le tocó en un brazo, y éste se volvió. Inmediatamente su rostro se iluminó con una amplia sonrisa, y se dirigió al encuentro de Lopajin.

-Mi querido amigo, ¿de dónde has venido? -volvió a gritar Lopajin desde lejos.

Streltsov sonreía en silencio, moviendo su largos brazos y caminando por el calvero a grandes zancadas,

aunque con cierta inseguridad.

Se reunieron junto a la zanja que había sido abierta recientemente, entre vertederos de tierra, y se abrazaron fuertemente. Lopajin vio de cerca los negros ojos, de Streltsov, radiantes de felicidad, y lleno de entusiasmo, exclamó:

-¡Diablos! Te chillo a grito pelado, y tú, como si nada. ¿Qué pasa? Dime de dónde vienes. ¿Por qué has aparecido aquí?

Streltsov, casi inmóvil, con una fría sonrisa, miraba fijamente el movimiento de los labios de Lopajin y, finalmente, tartamudeando, pronunció muy lentamente estas palabras:

-¡Pietia, qué contento estoy, no puedes imaginar hasta qué punto! Ya había perdido la esperanza de ver a alguno de vosotros... Aquí hay tanta gente...

-¿De dónde has salido? ¿No te habían enviado al batallón médico-sanitario? -preguntó Lopajin.

-¡Desde anoche os estoy buscando por todas las compañías! Quise pasar a aquel lado, pero un capitán de artillería me dijo que todos se iban marchando de allí -dijo Streltsov, tartamudeando un poco más, con los ojos brillantes.

Lopajin, sin darse cuenta todavía de lo que le había sucedido al amigo, se rió, y dándole unos ligeros golpecitos en la espalda, dijo:

-¡Eh, padrecito!, ¿es que no oyes bien? Mira por dónde nos ocurre como en el cuento satírico: «¡Hola, compadre!» «Estuve en el mercado.» «¿Te has quedado sordo?» «He comprado un gallo.» Pero tú, ¿es que realmente no oyes bien? -preguntó Lopajin, levantando un poco más la voz-. Hablas torpemente, tartamudeando... Espera... ¿De modo que eso es lo que te ha ocurrido después de la conmoción? ¡Claro, eso es!

Lopajin enrojeció de rabia contra sí mismo, y con profundo dolor contempló el rostro de Streltsov, el cual, a pesar de todo, conservaba la misma sonrisa de antes. Este puso sobre el hombro de Lopajin su temblorosa mano, y con dificultad, penosamente, tartamudeó:

-Sentémonos, Pietia. Resulta difícil hablar contigo. Después de lo que me pasó con aquella bomba, no oigo nada. Ya ves, tartamudeo... escribe, y yo te contestaré.

Se sentó junto a la zanja y sacó del bolsillo de arriba una libreta de notas sucia y un lápiz. Lopajin cogió en seguida el lápiz de sus manos y escribió rápidamente: «Ya lo entiendo. ¿Te has escapado del batallón médico sanitario?» Streltsov le miró por encima del hombro y le dijo:

-Bueno, como te diría, me escapé... Sería más exacto decir que... me fui. Le dije al doctor que me iría en cuanto me sintiera mejor.

«¡Demonios! Pero, ¿por qué? ¡Lo que debes hacer es curarte, estúpido!», escribió Lopajin, y apretaba tanto la punta del lápiz que se rompió cuando puso el signo de admiración.

Streltsov lo leyó, y se encogió de hombros con extrañeza.

-¿Cómo que por qué demonios? La sangre ha dejado de salir por los oídos y apenas tengo náuseas. ¿Para qué tenía que estar allí acostado? -Cogió cuidadosamente el lápiz de manos de Lopajin, y con un cortaplumas le afiló la punta; después sopló las pequeñas virutas que habían quedado sobre sus rodillas y dijo:- Además, entonces no podía quedarme allí. El regimiento se encontraba en un momento difícil, habíais quedado pocos... ¿Cómo podía dejar de venir? Y vine. Aunque esté sordo, uno puede seguir luchando al lado de los camaradas, ¿no es cierto, Pietia?

El orgullo por aquel hombre, el cariño y la admiración, llenaron el corazón de Lopajin. Sentía deseos de abrazar y besar a Streltsov, pero sintió que un nudo caliente se le formaba en la garganta, y avergonzado de sus lágrimas, sacó rápidamente la petaca.

Con la cabeza baja, Lopajin se puso a liar un cigarrillo, y cuando ya casi lo había hecho, una lágrima grande y clara cayó sobre el papel, que se deshizo entre sus dedos.

Pero Lopajin era un hombre obstinado: cogió un pedazo de papel de periódico, negro por la suciedad y las dobleces, le echó de nuevo tabaco, y volvió a liar otro cigarrillo.

15

Svyagintsev se recobró de las sacudidas y del agudo dolor que se apoderaba de su cuerpo como si fuera fuego. Con un ronco suspiro, empezó a toser, se ahogaba -su boca estaba llena de tierra y polvo-, y oyó como si viniera de otra parte su propia voz, dulce y entrecortada, y un profundo lamento surgido de lo más profundo de su ser.

Proyectiles y minas estallaban a su alrededor. Las explosiones hacían estremecer la tierra en diversas intensidades, los trozos de metralla cruzaban el aire con silbidos y zumbidos de muerte, y por la parte de atrás una ametralladora disparaba prolongadas ráfagas. Svyagintsev apretaba su cuerpo contra el suelo debido a las densas oleadas de aire caliente, con olor a humo, procedentes de las explosiones próximas, y en torno suyo, revoloteaban verdaderas nubes de polvo amargo. Svyagintsev captaba todos esos ruidos como si

provinieran de una invisible lejanía, y al moverse ligeramente experimentó un fuerte dolor; sólo entonces se dio cuenta, con su ofuscada conciencia, de que estaba vivo.

Apenas tenía ánimos para moverse, pues advirtió que la guerrera que le cubría los hombros y la espalda se encontraba empapada de sangre, al igual que los pantalones que le cubrían las piernas, y por ello Svyaguintsev dedujo que estaba gravemente herido; ésta era la causa de aquel dolor que le invadía de la cabeza a los pies.

Ahogó en sus labios un lamento, e intentó sacarse con la lengua la pegajosa tierra que tenía en la boca y que le impedía respirar; sus dientes hacían rechinar la granulada arena, y su sonido era tan agudo que hizo retumbar su cabeza; y el olor de la sangre coagulada era tan penetrante, que poco le faltó para vomitar y perder de nuevo el conocimiento, que pendía de un finísimo hilo que amenazaba con romperse en cualquier momento; pero poco a poco sus sentidos empezaron a fortalecerse, y Svyaguintsev volvió en sí. Con el consiguiente retraso, empezó a recordar aterrado cómo hacía poco rato que había salido de la trinchera, que había visto a los alemanes que se le acercaban, y concretamente a uno de ellos, medio encorvado y con la guerrera desabrochada, sucia de barro, y con unos ojos grises casi saliéndosele de las órbitas... El alemán corría, apretando con fuerza sus finos labios, respirando jadeante por la nariz, y echando su hombro izquierdo un poco hacia delante. Al tiempo que corría, intentaba meter en su fusil-ametrallador un cargador plano y negro. Fue entonces cuando Svyaguintsev, con pasos cortos y decididos, se topó con él; éste pudo ver los ojos grises del enemigo, iracundos por la suerte del ataque, el descolorido botón de su guerrera, por debajo del cual debía penetrar la punta de la bayoneta, y vio también cómo temblaba de tal modo, que hasta podían observarse los destellos de su machete a medida que corría. Todo eso ocurrió en escasos segundos... Entonces, algo breve como un trueno de verano estalló con fuerza detrás suyo y le golpeó duramente en la espalda y en las piernas. Svyaguintsev cayó de bruces, y en esa espantosa caída, al no tener fuerzas ni para levantar los brazos y protegerse la cara del golpe, pensó que había llegado el final...

Haciendo un esfuerzo, Svyaguintsev levantó los parpados. A través del polvo mezclado con sus lágrimas y de aquel apósito sucio que llevaba en el ojo, pudo distinguir un pedazo de turbio y rojizo cielo, así como las hierbecillas que al moverse le rozaban las mejillas. Al parecer, le arrastraban dentro de un capote por encima de la hierba, y la dificultosa y dura respiración del que iba delante arrastrándole, se mezclaba con el ruido seco de la hierba que le rozaba, y así, centímetro a centímetro, su cuerpo iba avanzando.

Poco después, Svyaguintsev sintió cómo primeramente la cabeza, y luego todo cuerpo, resbalaban hacia abajo. Se dio un fuerte golpe contra algo duro y volvió a perder el conocimiento.

Se recobró nuevamente, y notó en su rostro el contacto de una mano ancha y pequeña. Le estaban limpiando cuidadosamente la cara y los ojos con una gasa húmeda, y por un instante alcanzó a ver una mano femenina, diminuta, y una vena azul en su blanca muñeca; después le acercaron a los labios el cuello de una botella tibia, y un fino chorro de vodka le abrasó la garganta y la laringe. Tragó lenta y convulsivamente, y cuando le hubieron sacado la cantimplora de los labios, aún hizo tres veces más como si tragara, pero de vacío, como un ternero cuando le apartan de las ubres, y tras lamerse los resecos labios, entornó los ojos. El rostro de una muchacha desconocida se inclinaba sobre él; estaba pálida, y se le notaban sus pecas a pesar de su tez morena, y un descolorido gorrito militar cubría sus rizos de color fuego rojizo. Su rostro no era muy agraciado, se trataba de una muchacha rusa sencilla y chata; sin embargo, había en sus rasgos cierta bondad profunda y sincera, y una honda inquietud, y sus ojos amables y grises parecían sentir tal compasión, que Svyaguintsev necesitaba esos ojos, casi imprescindibles para su existencia, como si sobre él se hubiera abierto un cielo azul interminable, con una sucesión de nubes allá en la altura.

Por la satisfacción de estar vivo y de no haber sido abandonado por los suyos, y de gratitud que apenas podía expresar a la muchacha, -enfermera de otro regimiento-, su corazón se le oprimió suavemente, y sólo con gran dificultad pudo susurrar:

-Hermanita... querida..., ¿de dónde has salido?

El vodka reanimó a Svyaguintsev. Un calor húmedo recorrió todo su cuerpo, aparecieron en su frente unas gotitas de sudor, y le pareció que el dolor de las heridas se había calmado, que ya no lo sentía tan agudamente.

-Hermanita, ¿por qué no me das un poco más de vodka? -dijo en tono más alto, admirado de su propia voz suave y débilmente infantil.

-¿Cómo más vodka? ¡Ya no puedes tomar más! Ya te has recuperado..., ya estás bien... ¡Vaya jaleo están armando! ¡Es espantoso! -añadió la muchacha-. Ojalá pueda trasladarte desde aquí al batallón médico-sanitario.

Svyaguintsev movió su brazo hacia el lado izquierdo, después hizo lo mismo con el derecho, y con los dedos de las manos, que apenas querían obedecerle, palpó el cerrojo y el cañón del fusil ametrallador que estaban recalentados por el sol; intentó mover las piernas, sin conseguido, y apretando los dientes a causa del dolor, preguntó:

-Oye..., ¿dónde me han herido?

-Todo tú estás herido... Te han alcanzado por todas partes.

-Las piernas... ¿Están enteras las piernas o cómo? -interrogó sordamente, y su espíritu estaba ya dispuesto a lo peor; sin embargo, no se resignaba del todo.

-Enteras, enteras, querido; solamente están agujereadas un poquito. No te preocupes y no hables, ya llegaremos al puesto, te mirarán y te vendarán lo que sea necesario; seguramente te curarán y luego te enviarán al hospital de la retaguardia. Todo estará en orden, a la guerra le gusta el orden...

Svyaguintsev no pudo comprender todo lo que ella le dijo.

-En resumen, que me machacaron, ¿no es así? -volvió a preguntar, y tras permanecer unos instantes en silencio, susurró con amargura: También dijiste..., ¿qué clase de orden es éste?

Seguían tumbados en un profundo cráter, sobre montículos de tierra arcillosa; era uno de los primeros cráteres abiertos por las explosiones. Una mina con su característico zumbido, pasó por encima de ellos; el Zumbido aumentaba progresivamente, y Svyaguintsev, que permanecía indiferente a todo menos a su dolor, vio con sus ojos entreabiertos cómo la muchacha se echaba al suelo en espera de la inminente explosión: encogió todo su cuerpo, enarcó las cejas, y con ingenuidad infantil se tapó los ojos con las sucias palmas de las manos.

Svyaguintsev, a pesar de que todavía no había podido apiadarse de sí mismo en los breves instantes de lucidez que iluminaban su conciencia como las explosiones, y de que aún no se había percatado de lo angustioso de su situación, sintió compasión por la muchacha, y pensó en aquellos momentos: «¡Es una niña, verdaderamente una niña! Lo que tendría que hacer es estar en el aula del décimo curso, estudiando álgebra y aritmética, pero está aquí soportando el constante acoso del fuego, sufriendo horriblemente y arrastrando a nuestro hermano...»

Parecía como si el fuego disminuyese, y cuanto menos se notaban las explosiones, más fuerte era el tono de voz de Svyaguintsev, pero más debilitado estaba él, del que se había apoderado una turbia tranquilidad: era la inconsciencia del olvido de la muerte...

La muchacha se inclinó sobre él mirando sus ojos desgarrados por el dolor y ya casi fuera de sí, y como contestando a un mudo lamento, presa en sus ojos y en las arrugas que había junto a sus labios, en tono exigente y asustado, gritó:

-¡Aguanta un poco, querido! ¡Por favor, aguanta un poco! Seguiremos en seguida, ya no estamos lejos. ¿Me oyes?

Le sacó de aquel hoyo con un gran esfuerzo. Svyaguintsev se recobró e intentó ayudarla empujándose él mismo con las manos, pero sus dedos se enganchaban en los pinchos de los hierbajos, el dolor se hacía casi insoportable, y apretó su mejilla mojada por las lágrimas contra el capote ensangrentado, mordiendo la bocamanga de la guerrera, para que la muchacha no advirtiera una debilidad de hombre y para no gritar del dolor que tan desgarradoramente afectaba a su atormentado cuerpo.

A unos cuantos metros de aquel cráter, la muchacha soltó de sus manos sudorosas el extremo de aquel capote. Lanzó un profundo suspiro, y en seguida, con voz llorosa, exclamó:

-¡Señor!, ¿por qué alistarán a esos Oblomov en el ejército? ¿Por qué? ¿Podré arrastrarte realmente hasta allí? ¡Debes pesar casi seis puds!

Svyaguintsev separó sus dientes y replicó:

-Noventa y tres...

-¿Qué? ¿Noventa y tres? ¿Cómo? -preguntó la muchacha, respirando ruidosamente.

-Esos son los kilos que pesaba... antes de la guerra. Ahora son menos -dijo Svyaguintsev, callándose seguidamente y escuchando la pesada respiración de la enfermera.

Sintió cierta piedad hacia aquella muchacha, pues estaba agotando sus propias fuerzas, pero abstraído, pensó: «Mi Natasha será así dentro de seis niños; no muy guapa, pero con buen corazón...» Luego trató inútilmente de darle vigor a su voz para demostrar su preponderancia masculina, y respirando con dificultad, dijo;

-Tú, hijita..., déjame, no te atormentes... Yo mismo... Me acostaré un poco y lo intentaré yo mismo... ¡Los brazos están enteros, y por lo tanto, de una forma u otra, conseguiré llegar!

-¡Vamos, qué tonterías! ¡Vosotros, los hombres, no hacéis más que decir disparates! -objetó la muchacha en un susurro, con enojo-. ¿Adónde crees que llegarías? Bueno, ¿adónde? Sólo me siento un poco cansada, y en cuanto haya descansado, continuaremos en seguida. ¡Quédate tranquilo, que he arrastrado a otros aún más pesados que tú! ¡Me he encontrado en situaciones peores que ésta! No te fijas en que soy pequeña; soy fuerte.

Todavía añadió algunas cosas más con viveza y jactancia, pero Svyaguintsev, a pesar de intentarlo, ya no la comprendía. La inapreciable voz de la muchacha empezó a ensordecerse, a alejarse, y al final desapareció. Svyaguintsev perdió otra vez el conocimiento.

Lo recobró unas horas después, ya al otro lado del Don, en el puesto médico-sanitario. Se encontraba en una camilla, y lo primero que percibió fue un profundo olor a medicinas y el techo verde de la amplia tienda de campaña, mientras por el suelo, cubierto por una lona impermeabilizada, discurrían silenciosamente personas con batas blancas.

«He perdido el conocimiento tres veces, pero aún sigo vivo... ¡Esto quiere decir que sobreviviré, que aún tengo que esperar para morir!», pensó Svyaguintsev, lleno de esperanza.

Algo había en él que le impedía respirar, y con cuidado, lentamente, se llevó su sucia mano a la boca y escupió. La saliva era blanca, no había ni un coágulo rojo en su palma. Svyaguintsev se alegró de ello y por último se convenció de que tal vez saldría bien parado. «Los pulmones están enteros y, si algún resto de metralla se ha incrustado en el hígado a través de la espalda, seguro que los médicos lo sacarán. Lo principal son las piernas. ¿Habrà llegado al hueso? ¿Andaré o quedaré inválido?», pensaba, mirando otra vez la callosa palma de su mano.

Junto a él, dos enfermeros estaban desnudando a un soldado herido. Uno le sostenía por los brazos, y el otro, con sus gruesos dedos, procedía a descoserle los pantalones, sucios y de color pardusco; en cuanto aquellos pantalones ensangrentados estuvieron amontonados en el suelo, Svyaguintsev observó una enorme herida en la pierna del soldado, más abajo del muslo, y además una masa de carne roja sangrante, que dejaba entrever el blanco del hueso.

El soldado tenía cierto parecido con Streltsov, difícil de captar; era un hombre maduro, de canosos bigotes sobre una boca hundida, con unas prominentes mandíbulas cubiertas de un pálido color azul. Se comportaba con hombría, no pronunció una sola queja o lamento, y durante todo el rato permaneció contemplando cierto punto distante, con la mirada abstraída. Svyaguintsev le miró la pierna izquierda, delgada y velluda, que estaba indolentemente doblada por la rodilla y que temblaba de un modo escalofriante, y tuvo que cerrar los ojos, porque no podía seguir contemplando el dolor y el sufrimiento ajenos.

«Este hombre ha recibido lo suyo. Los médicos le cortarán la pierna con la misma naturalidad con que dan de beber, y yo aún andaré un poco. ¿Y si yo tuviera también las piernas machacadas?», pensaba Svyaguintsev en aquella aburrida espera.

En aquel momento, un enfermero calvo, maduro y con gafas se acercó a él, revisó sus piernas con mirada penetrante e, inclinándose, quiso empezar a cortar la caña de sus botas, pero Svyaguintsev, que seguía su tarea silenciosamente pero con mirada fija y tensa, reunió todas sus fuerzas, y con voz queda pero tajante, dijo:

-No importa que descosas los pantalones, pero las botas, por favor, no las toques, no te lo consiento. Aún no hace un mes que las llevo y no me costó poco conseguirlas. ¿No ves qué clase de botas son? Las suelas están curtidas, las cañas son de auténtico cuero de vaca... Eso no es una imitación, hermano, tienes que comprenderlo... Ya he sido muy castigado por Dios: me he dejado el capote y el macuto en la trinchera, de modo que no me cojas las botas, ¿entendido?

-No tienes que decirme lo que he de hacer -replicó el enfermero con indiferencia, mientras seguía cortando la costura con sumo cuidado.

-¿Cómo que no he de decírtelo? ¿Acaso no son más las botas? -dijo Svyaguintsev, irritado.

El enfermero enderezó un poco la espalda, y dijo con cierta indiferencia:

-¿Qué es eso de que son tuyas? Fueron tuyas, y no puedo quitártelas con las piernas dentro.

-Escucha, estúpido, tira..., tira con cuidado, suavemente, y aguantaré -ordenó Svyaguintsev, que temía moverse, y como si esperase un nuevo y torturante dolor, abrió desmesuradamente los ojos y los clavó en el techo.

Sin hacer caso de sus palabras, el enfermero se inclinó y, con un hábil movimiento, descosió la caña hasta el talón, empezando después con la otra bota. Svyaguintsev no había tenido tiempo aún de pensar detenidamente en el significado de aquellas palabras: «Fueron tuyas», cuando escuchó el leve chasquido del hilo que se iba descosiendo. Le dio un vuelco el corazón y la respiración se le cortó cuando pudo captar el suave ruido de los tacones de las botas, que habían sido arrojadas contra la pared. En este momento, sin poder contenerse, dijo con voz temblorosa y llena de rabia:

-¡Cochino calvo! ¡Maldito demonio calvo! ¿Qué es lo que haces, inútil?

-Calla, calla, ya está hecho. Te sienta mal injuriar. Deja que te ayude a ponerte de lado -contestó pacíficamente el enfermero.

-¡Vete con tu ayuda al lugar de donde has venido, y mejor más lejos! -gritó Svyaguintsev, lleno de indignación y de odio-. ¡Te las cargarás, camello sin pelo, peste con gafas! ¿Qué has hecho de mis botas del Estado, hijo de puta? ¿Cómo me las arreglaré con ese descosido, si tengo que llevarlas de nuevo en el próximo otoño? ¿Llorar? ¿No comprendes que por mucho que las recosa, las costuras calarán de todos modos? ¡Animal calvo y sarnoso!, ¡No eres más que un enemigo del pueblo!

En silencio y con sumo cuidado, el enfermero iba sacando los calcetines, empapados de sangre y de sudor, que incluso despedían una especie de vaho; en cuanto le hubo sacado el segundo, se irguió y, sin ocultar una sonrisa bajo sus rojizos bigotes, le dijo con voz de sargento:

-¡Ilya Muromets! ¿Has terminado de insultar?

Svyaguintsev se sentía debilitado después de aquel ataque de rabia. Acostado en silencio, los latidos de su corazón se hacían cada vez más violentos y frecuentes, y sentía un insoportable peso en todo su cuerpo y un agradable frío en los pies. Sin embargo, aún encontró fuerzas para seguir injuriando al enfermero, que tan mala pasada le había jugado, y con voz débil y escogiendo las palabras, le dijo:

-¡Eres un árbol podrido y no un hombre! ¡Mejor dicho, ni siquiera se te puede considerar un árbol, sino un montón de tierra! ¿Tienes inteligencia, acaso? ¡Deberías avergonzarte de lo que has hecho! Lo más seguro es que antes de la guerra, tan sólo tenías en tu casa unos cuantos sapos, y aún creo que se morirían de hambre... ¡Apártate de mi vista, desgraciado culo de mal asiento, fiebre con patas!

La actitud de Svyaguintsev era evidente que alteraba el orden el estricto silencio que reinaba en el vestíbulo del centro sanitario del batallón, se veía tan sólo alterado, por regla general, por los quejidos y lamentos de los heridos, pero eran rarísimas las ocasiones en las que se escuchaban blasfemias o injurias. No obstante, el enfermero seguía con la vista fija en el rostro de Svyaguintsev, lleno de pelos rojizos, manteniendo siempre en sus labios una clara sonrisa y cierta alegría. Tras ocho meses de guerra, y después de observar de cerca tanto sufrimiento ajeno, el enfermero había envejecido mucho tanto física como espiritualmente. Pero no por ello se le había endurecido el corazón. Había visto a muchos soldados y oficiales heridos y moribundos, a tantos, que ya tenía bastante, y, prefería las injurias de este hombre, que los espasmos dolorosos de los que le traían con un shock de demencia. De pronto, y sin que viniera a cuento, recordó a sus dos hijos, que estaban combatiendo en el frente del Oeste, y lanzando un suspiro, pensó: «¡Este sobrevivirá! ¡Vaya un demonio vivo y espabilado! ¿Cómo estarán allá mis hijos? ¡Se pierde uno con esta clase de vida! ¡Me gustaría verles, aunque sólo fuera un instante, para observar cómo cumplen el servicio! ¿Estarán vivos todavía, o los habrán internado en alguna parte, hechos trizas?»

Svyaguintsev no sólo vivía, sino que se aferraba a la existencia con manos y dientes; incluso estando en una camilla, pálido como un muerto, con los ojos cerrados, hinchados, no hacía más que pensar en las botas irremisiblemente perdidas, y en el soldado con la pierna destrozada que habían internado hacía poco en la tienda de operaciones. «¡Pobre hombre, está machacado, no tiene más que metralla por todas partes! Tiene todo el hueso casi fuera, pero calla... ¡Calla como un héroe! Mal asunto el suyo, pero yo debo salir de ésta. Los dedos del pie también me duelen. ¡A ver si el médico se equivoca y me corta las piernas! Así me quedará aquí acostado un poco, y luego seguiré luchando... Tal vez quiera la casualidad que aquel alemán que me dirigió el mortero, caiga todavía en mis alegres manos... ¡Ah, no le mataría de golpe! ¡No, le tendría en mis manos retorciéndole el pescuezo, hasta que muriera poco a poco! Pero lo que está claro es que a este muchacho le cortarán la pierna. Y entonces, desde luego, ¿para qué le servirán las botas? Ni piensa ya en ellas; pero lo mío es distinto; en cuanto me haya recuperado un poco, deberé volver a la compañía, y no encontrare ya unas botas como éstas. ¡Ni hablar! ¡Y con qué rapidez me las ha descosido ese maldito calvo! ¡Dios mío, y pensar que permiten que unos canallas semejantes sean enfermeros! Debería estar en un matadero de ganado, en vez de estropear las botas de sus propios, soldados...»

La historia de sus botas conmovió seriamente a Svyaguintsev, definitivamente convencido de que se hallaba lejos de la muerte. Y se sentía tan agraviado, que a pesar de ser un hombre indiferente y nada rencoroso, cuando estaba ya desnudo en la mesa de operaciones, a las palabras del cirujano que le estaba examinando: «Es preciso que aguantes un poco, hermano», repuso enfadado: «¡Ya he aguantado, y bastante más! ¿A qué viene eso? Lo que tiene que procurar es no cortarme más de la cuenta, porque suya será la responsabilidad». El cirujano tenía un rostro joven y enjuto. A través de las gafas de aquel hombre, Svyaguintsev pudo ver el reflejo de unos ojos hinchados por muchas noches de no dormir; no obstante, estaban atentos, a pesar de parecer infinitamente cansados.

-Bueno, pues tendrás que aguantar una vez más soldado, no hay duda de que tendrás que aguantar; y no te preocupes, que no te extirparé nada innecesariamente: no nos hace falta nada tuyo -dijo el cirujano con cierta dulzura.

Una joven médico que se encontraba al otro lado de la mesa de operaciones, arqueando las cejas, se inclinaba para examinar detenidamente la espalda de Svyaguintsev, afectada por la metralla; en ella había una herida que se prolongaba hasta la nalga y la pantorrilla. Svyaguintsev fijó sus ojos en ella, avergonzado por su desnudez, y haciendo una mueca, dijo:

-¡Señor, Dios mío! ¿Por qué me mira con tanta insistencia, camarada mujer? ¿Acaso no ha visto a hombres desnudos? No hay en mí nada especial ni curioso, y esto no es, que digamos, una exposición ganadera soviética, ni yo soy tampoco un toro semental...

Los ojos de la doctora centellearon, y replicó con crudeza:

-No curioso sus bellezas, sino que me limito a cumplir con mi obligación. Y sería mejor que se callara usted, camarada. Permanezca acostado y no hable. ¡Bien se ve que es usted un combatiente indisciplinado!

Lanzó un bufido y se dio media vuelta. Sin embargo, Svyaguintsev, fijándose en sus mejillas sonrosadas y en sus ojos maliciosos y redondos como los de un gato, pensó amargamente: «Sí, liate con una mujer de ésas; le lanzas un solo disparo, y te contesta con una ráfaga... Claro que, por otra parte, no es que su trabajo resulte fácil: pasarse día y noche hurgando en nuestra carne de buey...» Avergonzado de su grosero comportamiento con los médicos, en un tono solícito y tranquilo, añadió:

-Usted, camarada médico militar -detrás del delantal no se le ve la graduación-, debería ordenar que me echaran alcohol en las heridas y en las entrañas.

Su silencio fue la única respuesta. Entonces, Svyaguintsev miró de arriba abajo con aire suplicante al médico de las gafas, y para que no le oyera la doctora, que estaba vuelta de espaldas, le susurró en voz baja:

-Le pido que me disculpe, camarada médico, pero tengo un dolor tan fuerte, que casi desearía que empezara el final...

El cirujano esbozó una sonrisa:

-¡Vaya, ésa es otra manera de expresarse! Me gusta más. Espera a que te examinemos, y ya veremos. Si es posible, no me opongo, te daré unos tragos del que pertenece al frente.

-Eso no es el frente, está lejos de ser el frente, y aquí, con este sufrimiento, se puede beber más -comentó Svyaguintsev, entornando los ojos.

Pero cuando penetró una especie de espátula en el interior de la herida que tenía en el hombro, previamente lavada con alcohol, lanzó un rugido de dolor y dijo, en un tono que ya no tenía nada de tranquilo y solícito como antes, sino que sonaba ronco y amenazador:

-¡Bueno, pero... pero... cuidado... con la puntería...!

-¡Vamos, hermano, no te portas bien! ¿Por qué resoplas como un ganso al perro?.. ¡Enfermera: alcohol algodón!... Ya te advertí que tendrías que aguantar un poco. ¿Qué pasa? ¿Tienes mal genio?

-¿Qué hace usted, camarada médico? ¿Es que está hurgando en mi herida como si fuera en propio bolsillo?.. Perdóneme, pero es como para algo más que resoplar, es para ladrar... para aullar como los perros... -replicó Svyaguintsev enojado, teniendo que hacer pausas entre palabra y palabra:

-¿Duele mucho? ¿Se puede aguantar?

-No duele, sino que me hace cosquillas, y las temo desde la infancia... Por eso no aguanto... -dijo Svyaguintsev con los dientes apretados, y se volvió a un lado para secarse las lágrimas que resbalaban por sus mejillas, cuidando de que no le vieran usar el extremo de la sábana.

-¡Aguanta, soldado, aguanta! Te encontrarás mejor -dijo el cirujano.

-Lo que debería hacer usted es darme un poquito de anestesia. ¿Por qué escatima los medicamentos? -susurró Svyaguintsev.

Pero el cirujano repuso algo breve y tajante, y Svyaguintsev, que durante la guerra se había acostumbrado a las órdenes lacónicas e imperativas, calló humildemente y aguantó sumido en un profundo sopor; sin embargo, ese sopor no impedía que en muchos momentos sintiera unos pellizcos tales, que tenía la impresión de que su cuerpo yacía sobre una llama cruel, que intentaba llegar hasta sus propios huesos...

Unas manos suaves, al parecer femeninas, le sujetaban por las muñecas, y sentía el calor de aquellas manos por todo su cuerpo. Después le dieron un poco de vodka, y al final se sentía como borracho; no por el vodka -resultaba imposible emborracharse con cien gramos de alcohol-, sino por todo lo que había experimentado durante aquella jornada difícil y poco corriente. Más tarde, aquel dolor se hizo en cierto modo distinto, más suave, más calmado, gracias a las manos expertas del cirujano.

Cuando ya se llevaban vendado a Svyaguintsev -que no sentía el peso de su cuerpo-, en la camilla, intentó por una vez mover el brazo sano, el derecho, y dijo en voz baja, tan baja que sólo los camilleros pudieron oírle, a pesar de que a él le parecía que gritaba a todo pulmón:

-¡No quiero estar en esta sección! ¡Al diablo! ¡Mis nervios no aguantarán aquí! ¡Llévenme a cualquier parte menos aquí! ¿Al frente? ¡Eso es, devuélvanme al frente! ¡Aquí no quiero! ¿Dónde han puesto mis botas? ¡Traiganmelas aquí, las pondré debajo de mi cabeza! Así se conservarán... ¡Aquí hay muchos que se dedican a apoderarse de las botas ajenas! ¡No, gánatelas primero, llévalas antes de morir! Cualquier tonto puede descoserlas... ¡Dios mío, cómo duele!

Dijo, algo más, algunas palabras deshilvanadas: deliraba, llamaba a Lopajín, lloraba, rechinaba los dientes y, como si se sumergiera en un baño de agua tibia, perdió el conocimiento. Entretanto, el cirujano, con ambas manos apoyadas en el borde de la mesa, en la que parecía que se había arrojado vino tinto, se mecía, balanceándose de las punteras a los tacones. Dormía... y sólo cuando un colega -un médico alto, barbinegro- terminó en la mesa contigua una difícil laparotomía, y se quitó de las manos los guantes, blandos y pegajosos por la mugre que los empapaba, y le preguntó en voz baja: «Bueno, ¿cómo va su caballero, Nikolái Petróvich? ¿Vivirá?», el joven cirujano se despertó, separó sus manos; que se aferraban al borde de la mesa,

y tras ajustarse las gafas con un gesto habitual, dijo con voz ronca pero de persona diligente:

-Sin duda alguna. Por el momento no hay nada que temer. Este no sólo tiene que vivir, sino que volverá a luchar. ¡El demonio sabe hasta qué punto está sano! Incluso causa envidia... Pero ahora no se le puede enviar al frente: una de sus heridas no me gusta mucho...

Guardó silencio, y se meció todavía unas cuantas veces mas desde las punteras a los tacones; luchaba con todas sus fuerzas contra el sueño y el cansancio, y cuando recobró de nuevo la conciencia y la voluntad, volvió nuevamente el rostro hacia la puerta de la sala, cubierta con una colgadura, y mirando con la misma atención de hacía media hora, con los ojos hinchados y horriblemente cansados, se limitó a decir secamente:

-¡Evstigneyev, el siguiente!

16

Las explosiones de las minas retumbaban a lo largo y ancho del bosque en forma de abanico. Alguien situado no muy lejos de Lopajin, y desde detrás de los matorrales, dijo dando un enorme bostezo:

-¡El parásito afina la puntería! Bueno, ahora empezará a descargar toda clase de proyectiles entre morteros y minas, y machacará la tierra hasta recorrer todo el bosque. Al muy canalla no le da vergüenza disparar más de lo necesario...

Sin embargo, el fuego terminó pronto, y sólo al otro lado del Don se podían oír las trepidantes, crueles y secas ráfagas de las ametralladoras, frente al puente destruido por el bombardeo. El arma alemana parecía querer comprobar a intervalos el silencio del bosque.

Luego, la ametralladora alemana dejó de disparar, dando paso a otro tipo de sonidos característicos de la guerra: el trueno de la artillería, amortiguado por la distancia, el ruido de un avión de reconocimiento alemán, cada vez más sonoro y más fuerte, volando por el Este a una altura invisible, y el fuerte rodar de los carros de combate y demás vehículos alemanes que se movían por la orilla derecha del Don, en dirección a la stanitza de Kletskeya.

Una espesa capa de niebla violácea, apenas atravesada por los rayos del sol, cubría las copas de los altos álamos, sin que el viento la moviera. Gotas de rocío brillaban de un modo cegador sobre las soñolientas e inclinadas cabezas de mielga albina y sobre las flores rosadas del escaramujo, como reflejos del arco iris.

Admirando aquel bosque rejuvenecido después de la lluvia de la noche, Streltsov dijo pensativo:

-¡Qué hermosura!

Lopajin miró a su amigo, pero no dijo nada. Apretando con fuerza los dientes, volvió su mirada hacia el cerro que había tras la margen derecha del Don, observando sin pestañear una polvareda de mal agüero que allí se levantaba, al tiempo que escuchaba, en silencio, aquellos rugidos amenazadores -conocidos desde hacía mucho tiempo-, de la gran ofensiva.

A. Lopajin también le gustaba la naturaleza, y la quería como podría quererla un hombre que se ha pasado largos años de su existencia bajo tierra. Incluso a veces, en las trincheras, en las breves pausas de los combates, se detenía a admirar a alguna que otra nubecilla blanca como un cisne que volaba majestuosamente por una atmósfera plagada del humo del frente de guerra, o alguna flor silvestre que confiadamente se asomaba al borde de un cráter de tierra quemada, mostrando su natural belleza...

Sin embargo, ahora Lopajin no veía el encanto embriagador del bosque lavado por la lluvia, ni la triste belleza del cercano y crecido escaramujo. No veía nada, excepto la gran polvareda que levantaban los vehículos enemigos en su desplazamiento hacia el Oeste.

Y allí, en el Oeste, se encontraban sus camaradas muertos en el fragor de la lucha en las estepas azuladas junto al Don; allí, en el lejano Oeste, se hallaba su ciudad natal, con su familia, su pequeña casa paterna y los finos arcos sembrados por su propio padre, que todo el año estaban plateados por el polvillo del carbón y que, a pesar de su lastimero aspecto, todas las mañanas indefectiblemente, les alegraban la vista a él y a su padre, cuando se dirigían a la mina. Todo lo que habían amado en su vida y que tanto había alegrado sus corazones, había quedado allí, en poder de los alemanes... Y de nuevo, una vez más en el incalculable número de veces en que lo había experimentado en el curso de la guerra, Lopajin sintió de pronto dentro de sí un odio ciego contra el enemigo, sin que ni siquiera pudiera expresarlo mediante una injuria salida de su reseca garganta. Esto le había sucedido ya en diversas ocasiones durante la guerra. Pero entonces tenía ante sí a los soldados enemigos y a sus malditos carros de combate de un color gris oscuro con las cruces en los flancos, y no sólo los tenía en frente, sino que los eliminaba a todos con sus propias armas. El odio que brotaba en su interior y se apoderaba mortalmente de su garganta, encontraba un desfogue en el combate. Pero, ¿y ahora? Ahora no era más que un espectador inactivo, un soldado de una compañía descalabrada, que contemplaba con rabia impotente la furia con que disparaban los enemigos contra su patria, y cómo a cada instante avanzaban sin cesar y cada vez más hacia el Este...

Lopajin arrancó de las manos de Streltsov la libreta, y escribió apresuradamente: «Nikolái, no iré a la retaguardia, al parecer nuestros asuntos van mal. ¡Ahora no puedo marcharme de aquí! Pienso quedarme para

el paso del río, y me alistaré en alguna compañía. ¡Kólia, quédate tú también aquí conmigo!»

Streltsov leyó lo escrito, y acto seguido respondió sin tartamudear y sin pausa alguna:

-Soy de la misma opinión. Por este motivo he venido. Claro que, ¿habrá que ver al cabo? ¿Te lo permitirá? Me temo algo... Para mí es más sencillo: por el momento figuro en el batallón médico-sanitario.

-¿Qué? ¡Si no se trata de pedirle permiso para reunirme con mi mujer! ¿Por qué no va a darme permiso? ¡A ver si es capaz de no darme! -exclamó Lopajin indignado, olvidando por un instante que Streltsov no le oía; sin embargo, al mirar a su amigo a la cara, atenta y expectante como la de un sordomudo, como en una espera tensa, se calló entristecido, y garabateó en la libreta: «Permitirá», seguido de una serie de signos de admiración como queriendo dar énfasis a la palabra, y tratando de desvanecer por completo las dudas de Streltsov.

En la copa de un frondoso fresno cantaba un cuclillo. Pero se calló en seguida, como si comprendiera que su canto, triste y meditabundo, estaba fuera de lugar en aquel bosque lleno de gente armada y del estruendo de la artillería. Casi en aquel mismo instante, Lopajin oyó la voz de Kopytovsky, pedante y antipática, que decía:

-¡Vaya pájaro más inteligente, ese cuclillo! Canta hasta el día de San Pedro, y su canto es tan agradable como el ruido del tocino saltando en la sartén; pero, aparte de eso, no le pidas nada más. Después de haberle escuchado, ahora sé el tiempo que viviré aún. El maldito ha cantado dos veces y luego se ha parado. ¡Pues sí que se ha mostrado generoso el rabilargo ese! Ahora sé que podré seguir luchando durante dos años más sin que me maten. ¡Es maravilloso! No necesito más. La guerra se acabará antes de dos años, ¿no? Seguro. Pues bien, después de la guerra, ya no prestaré atención al canto del cuclillo y seguiré viviendo cuanto me dé la gana. ¡Fíjate si es sencillo!

¡Qué bien te lo arreglas, chico! -dijo Pavel Nekrassov, servidor de ametralladora, con voz acatarrada-. Eso quiere decir que ahora crees en el cuclillo, y que después de la guerra, ¡al cuerno con sus predicciones!

-¿Y qué quieres? -respondió Kopytovsky juiciosamente-. Amigo mío, es ahora cuando necesito un tranquilizante, que después de la guerra ya me valdré por mí mismo y podré pasar sin calmantes.

Kopytovsky vio la figura de Streltsov, que salía de entre los arbustos, caminando muy despacio, y le miró fijamente con los ojos muy abiertos. Una estúpida e incomprensible sonrisa llenó la redondez de su carnoso rostro. Se golpeó la cadera que tenía al descubierto por un roto en sus pantalones que iba desde la cintura hasta la misma rodilla, y le gritó:

-¡Streltsov! ¡Qué sorpresa!

Y Nekrassov, flemático por naturaleza, sin soltar sus manos del fusil ametrallador que colgaba de su cuello, dijo, como si sólo hiciera media hora que se había separado de Streltsov:

-¿Ha vuelto Nikolái? ¡Eso está bien! De lo contrario, aquí se hubiera notado un triste vacío... Últimamente nos ha fastidiado tanto el maldito alemán, que parecía que nos estaba pasando por una espesa criba.

Streltsov miraba fijamente al suelo con, la cabeza inclinada, como meditabundo y concentrado en algo; se atusaba el bigote con la mano izquierda, sin advertir la presencia de los camaradas que venían a su encuentro.

Lopajin dirigió una rápida mirada a aquel cuerpo vacilante, se fijó en su cabeza y en su mano, que parecían poseídos de un tic característico de temblor senil, y, con odio, le espetó a bocajarro al saludable Kopytovsky:

-¡No brames! De todos modos, no te oye. Ha quedado completamente sordo.

-¿No oye en absoluto? -preguntó Kopytovsky, extrañado, al tiempo que volvía a golpear la cadera.

-No oye -dijo Lopajin. Y alzando el tono de su voz, y ruborizándose ligeramente, añadió-: ¿Por qué golpeas tus carnes desnudas, como si estuvieras en escena? ¡Menudo actor estás tú hecho! Está contusionado, y no hay por qué asombrarse ni ponerse a hacer gestos como en un ballet. Harías mejor en remendar tus pantalones, porque con esta facha pareces un santo en el paraíso, enseñando tus vergüenzas...

-¡Mis pantalones te han llegado al alma!, ¿eh? -le interrumpió Kopytovsky, ofendido-. ¿Cuántas veces me lo has dicho? ¡Ya estoy harto! ¿Y cómo voy a remendados, si no tengo con qué? ¡Además, mira cómo están estos pantalones! Por delante, sólo la entrepierna; por detrás, la trabadilla, y lo demás está tan podrido, que con sólo tocarlo se rompe del todo. Aquí, aunque no quieras, pareces un santo, si no algo peor... Por otra parte, no hay hilo. ¿Sabes tú dónde están los hilos, en las tiendas del ejército? Casi seguro que más allá de Saratov. Pero tú, dale que dale con la misma música: que los remiendes, que los remiendes...

Nekrassov apoyó su brazo sobre el hombro de Streltsov, y le dijo a voz en cuello:

-¡Hola, Nikolái!

Streltsov, sobresaltado, levantó la cabeza y frunció el ceño, pero en seguida, una sonrisa dejó entrever bajo sus bigotes la blancura de sus dientes desiguales. Abrió la boca, como si intentara decir algo, y puso el cuello en tensión; su cabeza temblaba. La nuez de su garganta, cubierta por unos pelillos negros, le subía y le

bajaba a intervalos, mientras unos sonidos ininteligibles agitaban convulsivamente su garganta.

A Lopajin se le encogía terriblemente el corazón. Como le ocurría siempre que pasaba por momentos de agitación interior, se le pusieron blancas las ventanillas de la nariz, y de repente, se enfrentó a Kopytovsky, con sus ojos redondos y llenos de furia:

-¡Lárgate con tus escrúpulos! ¿Por qué le miras así? ¡Se ha quedado sordo y tartamudo! ¡No le mires! ¿No comprendes que le resulta desagradable? ¡Vete de aquí inmediatamente, demonio andrajoso!

Kopytovsky, algo cohibido, se encogió de hombros.

-No lo sabía. ¿Por qué gritas tanto, Lopajin? Con esa garganta, lo que deberías hacer es vender pipas de girasol en unos almacenes o meterte a charlatán callejero... Desde luego, eres un grosero, un hombre insolente, y encima trabajabas en una mina y asistías a las clases nocturnas de la Universidad laboral. Tienes tanta cultura como la que cabe en una cabeza de alfiler. ¡Ni más, ni menos!

El excitado Kopytovsky juntó una uña con el dedo meñique para indicar cuánta era la cultura de Lopajin. Pero éste no hizo el menor caso de sus palabras. Agarrándose a la hierba, se arrastró por el suelo con impaciencia, en espera de que Streltsov hablase. Incluso se ruborizó de emoción.

Streltsov, cerrando los ojos y temblándole las pestañas por la tensión a que estaba sometido, pronunció unas palabras de saludo, y entonces Lopajin se secó el sudor que tenía en la frente y dijo con un suspiro de alivio:

-Lo peor es que le cuesta empezar; pero cuando lo ha hecho, aunque sea con dificultad, se le puede entender, a pesar de que pronuncia rápidamente. Hay algunos oradores que hablan peor en una reunión. ¡Palabra de honor!

Tras pronunciar un breve discurso, sonreír con aire de culpabilidad y estrechar las manos de los camaradas, Streltsov prosiguió:

-Estoy sordo, muchachos, y la lengua no me responde muy bien..., no obedece..., pero el médico me dijo que es una cosa pasajera... Estoy muy contento de encontrarme de nuevo con vosotros. Lo único que pasa es que para comunicarse conmigo hay que hacerla por escrito... Lopajin y yo hemos montado una oficina -y con los ojos entornados y sonrientes, señaló las páginas escritas en el cuaderno de notas.

Compungido y con aire de compasión, Nekrassov soltó su fusil ametrallador y se sentó junto a Streltsov, mientras le daba unos golpecitos en la espalda, como compartiendo su dolor.

-Ya ves, han estropeado a un hombre a conciencia... -dijo, alargando las sílabas-. Lo han mutilado. ¡Qué bestias!...

En el calvero, un vientecillo movía la fina hierba y hacía que las hojas de los árboles se desprendieran de las últimas gotas de lluvia. Olía a escaramujo calentado por el sol y al insípido olor de las raíces de la hierba; de la tierra reblandecida por el agua, se desprendía un olor como de un barril de encina con el áspero amargor de las hojas podridas del año pasado.

En la margen derecha del Don se oían las ruidosas explosiones y, por encima de los chopos cercanos, varias columnas de humo ascendían lentamente hacia el cielo.

-Están estallando vehículos con avituallamiento y combustible. ¡Nuestra riqueza se pierde en vano! -dijo Kopytovsky como para sí, sin dirigirse a nadie.

Permanecieron en silencio durante un rato, y finalmente Nekrassov preguntó a Lopajin:

-¿Qué crees? ¿Nos mandarán ahora a reorganizarnos?

Lopajin se encogió de hombros y siguió callado.

-El cabo primero ha ido a enterarse dónde debemos meternos ahora; tal vez los nuestros anden cerca de aquí. Parece ser que alguno de los muchachos ha dicho haber visto al jefe de Estado Mayor del treinta y cuatro. Ya es hora de que nos movamos de aquí -dijo pausadamente Nekrassov-. La gente se ocupa de la defensa: montan los blindajes, abren las comunicaciones, todo el mundo hace algo, mientras que nosotros estamos sin hacer nada, yendo de un lado a otro del bosque y molestando a los demás.

Lopajin siguió en silencio. Nekrassov le echó una mirada, y movió la cabeza, pensando en Streltsov.

-Ha hecho mal Nikolái en salirse del puesto médico-sanitario. Escríbele que tiene que curarse; de lo contrario se quedará así toda la vida: tartamudo, y va a seguir moviendo la cabeza como una cabra hasta que se muera.

-Ya se lo he escrito -repuso secamente Lopajin.

-¿Y qué dice?

-Se quedará aquí.

-¿Ha venido por su propia voluntad?

-¿Y tú qué crees?

-¡Lástima! Tenías que haberle disuadido. Vosotros sois amigos.

-Ya lo he intentado.

-¿Y qué?

-No quiere. El ve las cosas de distinta forma que otros que son unos hijos de puta -replicó, incisivo, Lopajin.

-¡Y que lo digas! -exclamó Nekrassov entre dientes, a la vez que miraba con cierta ironía a Streltsov.

Hacía tiempo que Lopajin conocía a Nekrassov. Juntos habían formado parte de una compañía que había sufrido los embates de las luchas de invierno, en el camino de Jarkov. Después vinieron a este regimiento y formaron parte de los refuerzos. Jamás habían trabado amistad y no simpatizaban, probablemente por que Nekrassov no se mostraba muy sociable, si bien era cierto que se podía confiar en él durante la lucha. Lopajin lo sabía muy bien y por ello, a modo de experiencia, mirando a Nekrassov a los ojos, azulados y llenos de cansancio, le dijo:

-Streltsov y yo hemos decidido quedamos aquí. La situación actual no es como para irse a la retaguardia. Fíjate hasta dónde nos han hecho retroceder los alemanes. ¡Da vergüenza y espanto ver hasta dónde nos han llevado esos hijos de perra! ¿Y tú qué, Nekrassov? ¿No nos acompañarás como un viejo amigo? Si se queda un veterano, y otro, y otro más, eso ya constituye una fuerza. Muchas gotas de cera hacen un cirio pascual. ¿No crees que hacemos más falta aquí que en otra parte?

Kopytovsky observó, admirado, que había cierta solicitud hacia él en la voz de Lopajin. Pero Nekrassov, sin pararse a reflexionar, respondió en tono decidido:

-No, no me quedaré. Que sean los reclutas los que luchen y sufran un poco, que ni siquiera han olido la pólvora todavía. Yo no me opondré a ir a la retaguardia. Mientras se reorganiza esto, y una cosa y la otra, descansaré a mis anchas. ¡Me resarciré un poco de estos días agotadores! ¿No comprendes que en los últimos tiempos se me han criado hasta piojos, quizá de nostalgia?

-De suciedad. Si, te bañarás una vez al año, por lo menos... -dijo Lopajin en voz baja, y fijó su vista en las manos de Nekrassov, con aquellas sucias y negras uñas, que formaban una especie de costra ovalada.

-Quizá también sea de suciedad -admitió Nekrassov-. Pero tú sabes de sobra que no hay tiempo para bañarse; además, no estamos en un balneario, y tampoco me lo permite la malaria. Por eso, aprovecharé en la retaguardia para quitarme los piojos por una temporada y seré temporalmente yerno de alguna comadre... ¡Me da igual como sea, con tal de que tenga una vaca en el establo! ¡Y viviré de maravilla junto al requesón y unos pastelillos a base de miel! Descansaré cuanto me haga falta, y después... después bien podría ser que volviera al frente, no me opondría a ello...

Nekrassov se expresaba con aire soñador, los ojos algo entornados, mostrando unas pestañas blanquecinas, y haciendo chasquear sus labios con cierta satisfacción. Lopajin, elevando cada vez más su ceja izquierda, escuchaba su lenta charla, hasta que finalmente, sin poderse aguantar más, dijo, con fingida alegría:

-¡Nekrassov, eres un tipo raro!

-Yo no soy raro, el que es raro es el carnero, que mama hasta la fiesta del Prokov y tiene los ojos redondos. En cambio, yo, ¿qué tengo de raro? En eso te equivocas...

-Entonces, si no eres un tipo raro, eres algo peor... -dijo Lopajin con calma y con la contenida malicia que siempre precedía a sus arrebatos de ira.

-A estas alturas no vas a cambiarme, ya es un poco tarde -repuso Nekrassov-. Además, no hay nada raro en todo esto. Escucha, uno de esta división, que estaba en la línea de defensa, me ha contado lo siguiente: la unidad se había formado en la ciudad de Volsk y allí él entabló relaciones con una mujerzuela cuyo marido se encontraba en el ejército; en la casa había tres cabras lecheras. ¡Decía que aquello no fue vida, sino un continuo carnaval! Y ya sea por la leche de cabra, o por cualquier otra causa, lo cierto es que engordó seis kilos. Y se comprende -añadió-. ¡Menudo veraneo!

-Te has vuelto loco -replicó Lopajin cruelmente-. ¿Es que no escuchas, atontado, por dónde va la guerra?

-Sí, lo escucho; todavía no estoy sordo.

-Entonces, ¿de qué hablas? ¿De qué yernos? ¿De qué descanso?

Lopajin estalló al fin y empezó a decir injurias sin respirar, en términos tan raros, largos y groseros, que Nekrassov, sin terminar de escucharle, de repente sonrió beatíficamente, cerró los ojos e inclinó la cabeza sobre el hombro derecho, como si estuviera deleitándose con una música celestial.

-¡Ah, muérete de una vez! ¡Mira que eres complicado para explicarte! -exclamó con entusiasmo y desenfado cuando Lopajin, ya un poco calmado, se detuvo a llenar de aire sus pulmones.

Parecía como si de un manotazo hubieran quitado a Nekrassov el soñoliento cansancio que le invadía, y se puso a hablar aprisa, mirando de vez en cuando a Lopajin con una sonrisa:

-¡Vaya, tú sí que estás fuerte, amigo! Precisamente en nuestra compañía tuvimos en el año cuarenta y uno un joven instructor político, Astajov, que era un maestro en pronunciar palabras y discursos bonitos. ¡Pero no podía compararse contigo! ¡No erais parientes cercanos! Al muchacho, que ya murió, a veces no le salían las palabras, que parecían burlarse de él. ¡Pero era un buen orador, qué duda cabe! En algunas ocasiones, a pesar de incitarnos al ataque, nosotros seguíamos tumbados. Entonces se volvía hacia un lado y gritaba:

«¡Camaradas! ¡Adelante, contra el maldito enemigo! ¡Abajo los canallas fascistas!» Nosotros seguíamos tumbados porque los fascistas alemanes disparaban de tal modo que no le dejaban a uno ni respirar. Ellos, los muy bestias, saben que se encuentran a pocos pasos de la muerte, y creen que estamos a punto de levantarnos... Entonces Astajov viene hacia mí o hacia otro soldado, rechinándole los dientes de ira: «¿Piensas levantarte o vas a echar raíces en el suelo? ¿Eres un hombre o remolacha azucarera?» El que está tumbado lanza un lamento que se puede oír en todas direcciones. Con voz fuerte, como la de un bajo, que atronaba... Entonces nos levantamos todos, para atacar a los fascistas alemanes con todas nuestras fuerzas hasta hacerlos picadillo... Astajov tenía siempre un montón de palabras a punto de soltarlas. Al escuchar una de sus arengas estando uno tumbado en el barro, bajo el fuego, sentía un hormigueo en la espalda como si le picaran las pulgas, y como si hubiera tragado medio litro de vodka, uno corre a toda velocidad hacia las trincheras de los fascistas alemanes. ¡No corre, sino que vuela! ¡No se nota el frío, ni el miedo, todo ha quedado atrás! Y nuestro Astajov iba delante nuestro correteando y gritando con voz sobrehumana: «¡Pegadles, muchachos, de una vez para siempre!» ¿Cómo no se iba a combatir con un instructor político semejante? El era quien mejor ejemplo daba en la lucha, ya fuera manejando el fusil o lanzando granadas, y todavía mejor hablando. ¡Se expresaba con imaginación y belleza! Cuando pronunciaba un discurso, si quería, hacía saltar las lágrimas a toda la compañía, y si quería levantaba el ánimo de tal manera, que todos nos revolcábamos de risa. ¡Era un hombre que hablaba estupendamente!

-Espera. ¿A qué vienen ahora los hermosos discursos? -dijo el meditabundo Lopajin, intentando atajar a Nekrassov; pero éste, inmerso en los recuerdos, hizo un gesto de impaciencia.

-¡No interrumpas, sigue escuchando! Para que te enteres, a este Astajov le comprendían y respetaban los soldados de todas las nacionalidades. ¡Era todo un hombre! Y a pesar de que no formaba parte del cuadro de mandos, de no ser muy instruido y de ser ya un poco mayor, ¡era un gran combatiente! ¡Hermano, debes saber que le concedieron la Bandera Roja por su intervención en la guerra civil! Todos los de la compañía estimábamos mucho a ese Astajov. Le queríamos por su arrojo, por su bondad para con los demás, y sobre todo por lo bien que se expresaba. Cuando le enterramos cerca de la aldea de Krasny Kut, toda la compañía lloraba; veteranos y reclutas le lloramos como niños. Todos los que integraban la compañía -sin contar con nosotros, los rusos- le lloraban, y cada uno expresaba su condolencia en su propia lengua. ¿Y tú, Lopajin, dices que a qué viene hablar ahora de bonitos discursos? Hermano, el hablar bien es una cosa importante para una persona, y la palabra precisa, si se dice a tiempo, encontrará siempre el camino hacia el corazón. Al menos, así lo entiendo yo.

Desconcertado, Lopajin escuchaba a su compañero y se encogía de hombros con sorpresa, lanzando miradas de perplejidad tan pronto a Kopytovsky como al adormilado Streltsov; en su rostro se reflejaba un desconcierto poco frecuente en él. No se imaginaba en absoluto que sus blasfemias hubieran causado tal impresión ni esperaba que Nekrassov las acogiera de aquella forma, pues siempre le había tenido por un hombre duro e indiferente a toda clase de elocuencia...

Todavía Nekrassov sonreía pensativamente, inmerso en sus recuerdos, mientras Lopajin se trotaba con fuerza su arrugada mejilla, en cuyos poros aún había polvillo de carbón, y finalmente dijo:

-Escucha, amiguito, no es ésa la cuestión. No se trata de bonitos discursos, ¡al cuerno con ellos! La cuestión es que el alemán se nos ha adelantado y se dirige hacia el Volga. Y allí está Stalingrado, ¿lo entiendes ahora?

-Sí, está muy claro. Seguro que quieren meterse allí, los muy bestias, eso es lo que buscan, los parásitos.

-Pues entonces, ¿en qué piensas? ¿Por qué cuernos no haces más que soñar en convertirte en yerno y en descansar? Quitate estas tonterías de la cabeza, Nekrassov. Tienes el cerebro embotado, eso es lo que te pasa, y todo porque te has quedado dormido sobre la tierra húmeda...

-¿Y tú sobre un colchón de plumas? Todos lo hemos hecho sobre la tierra húmeda.

-Pero tú eres el único a quien se le ha ocurrido casarse. No, como quieras, pero esto te ha sucedido por culpa de la humedad...

-¿De qué humedad me hablas? -dijo Nekrassov, aburrido-. Estoy terriblemente cansado, después de un año de luchar. Eso es lo que pasa, si quieres saberlo. Pero ¿es que el mundo se acaba conmigo? A mí no tienes por qué hacerme propaganda; desde niño estoy educado políticamente. Y si me quedo contigo, ¿haremos mucho tú y yo juntos? ¿Vamos a contener el frente? ¡Desde luego que no! Lopajin, desde los primeros días de la guerra, llevo esta miseria gris a la espalda. -Nekrassov golpeó con su ancha mano el capote y sus apagados ojos se animaron de pronto con un brillo claro y agresivo-. ¿Es que no tengo derecho a descansar?

-¿Cuándo y cómo? -contestó, evasivamente Lopajin.

-No, déjate de cuentos. ¡Dilo!

-Ahora, no.

Lopajin dijo esto con dureza, y de nuevo miró a Nekrassov a los ojos, con fijeza y sin pestañear.

Nekrassov volvió la cabeza a un lado como si buscara como prensión y ayuda y guiñó un ojo a Kopytovsky, que seguía atentamente la conversación.

-¡Ajá! Conque ahora no. ¿Cuándo, pues? Después de la primera vez que fui herido, no pude ni siquiera darme cuenta de cómo me reintegraron del batallón médico-sanitario a mi compañía. Después de la segunda vez, pasé revista en la compañía de la retaguardia, y entonces me hice a la idea de que probablemente me enviarían a casa para descansar al menos una semana. ¡Pero no fue así! ¡Cómo diablos me iban a dar permiso! Después de un traslado, pude escuchar de nuevo el tronar del frente. La tercera vez que me hirieron, me ingresaron en el hospital militar, y luego, vuelta a la compañía. Llevo un año entero circulando gratis por esta feria... ¿Hasta cuándo puede divertirse así un hombre ya mayorcito? No estoy en mis años mozos...

-Entonces, ¿para combatir ya eres viejo, pero no para casarte?

-¿Es que crees que me voy a arrimar a una mujer por ímpetu juvenil? ¡Por necesidad, estúpido! ¡Estas malditas gachas de mijo concentrado me han echado a perder el estómago y el bazo! -gritó Nekrassov, cada vez más enojado-. Además, después de tres heridas, se resiente la salud.

-Entonces, ¿no tienes suficiente salud para combatir, pero sí para convertirte en yerno? -preguntó otra vez Lopajin, con la misma seriedad de antes.

Kopytovsky soltó un resoplido, como un caballo cuando advierte que le van a dar avena, y se tapó la boca con la mano. Pero Nekrassov, mirando atentamente a Lopajin, dijo:

-En el hospital he oído que existe una terrible enfermedad que se llama cáncer de estómago...

Lopajin hizo una mueca maliciosa.

-¿No tendrás tú ya el cáncer?

-No tengo esa enfermedad, pero tú, Lopajin, eres esa enfermedad. Bueno, ¿es que no se puede hablar contigo como con una persona? Siempre estás con tus bromitas, tus salidas y tus tonterías... ¡Tú no eres un hombre, sino un cáncer de estómago con dos patas!

-De mí no vale la pena hablar; mejor que hablemos de ti. ¿De qué se resiente tu salud? ¿De qué te quejas?

-¡Déjame en paz, vete al infierno!

-No, de veras. Dime lo que te pasa con tu salud.

-Si tú no eres médico, ¿a qué voy a explicarte nada? -respondió Nekrassov, indeciso.

Lopajin lió un cigarrillo con toda calma, después le pasó la petaca a Nekrassov, y cuando, casualmente, se le ocurrió echarle una mirada, se quedó estupefacto: Nekrassov había arrancado un buen pedazo de la cuarta página de un periódico, y echando el tabaco con prodigalidad se disponía a liar un buen cigarrillo.

-¡Para! -exclamó asustado Lopajin, recogiendo la petaca-. ¡Así, no! ¿Cómo quieres hacerlo tan grueso como un dedo? No llevo una fábrica de tabaco en el macuto. ¡Echa la mitad!

-Es que yo no sé liar cigarrillos delgados con el tabaco de los demás -repuso Nekrassov tranquilamente.

-Entonces, ya te lo haré yo, ¿entiendes?

-No, no, no lo toques, se te caerá. Lo haré yo mismo. -Nekrassov se puso en seguida a liar el cigarrillo, y mientras lo estaba pegando con saliva, no hacía más que mirar a Lopajin de reojo.

-Tienes verdadera práctica en hacerte puros con el tabaco ajeno... -Lopajin movía la cabeza, mirando y sopesando con amargura la delgada petaca que tenía en la mano.

-Con mi tabaco los lío la mitad de delgados -dijo Nekrassov tranquilamente, y se dispuso a encender el cigarrillo.

Encendieron los dos con la misma cerilla, y se quedaron en silencio, mirándose el uno al otro con evidente animadversión.

17

Al principio de la conversación, Streltsov seguía atento las diversas expresiones de los rostros de Lopajin y de Nekrassov, pero pronto se aburrió de ello. Recostó su cabeza sobre el capote doblado, y sintió que un cansancio tal le recorría todo su cuerpo, que incluso llegaba a producirle náuseas en la garganta. Sabía muy bien cómo se prolongaban las conversaciones de los soldados en las horas de forzada inactividad, y quería dormirse, pero no podía conciliar el sueño. Le zumbaban los oídos fina, pero insistentemente, y le dolían las sienes. Un silencio sordo y letal, casi ilusorio, parecía rodearle.

Streltsov no podía aún asimilar su nueva situación, no podía acostumbrarse a una pérdida repentina del oído. Veía cómo las hojas relucientes, lavadas por la lluvia de la noche, se movían por encima de su cabeza, y cómo los abejorros y las abejas silvestres revoloteaban sobre los escaramujos, y quizá porque todo esto que sucedía ante sus ojos estaba privado de sus sonidos característicos, empezó a darle vueltas la cabeza. Cerró los ojos y se puso a pensar detenidamente en el pasado, en aquella existencia tranquila que se vio truncada el 22 de junio del año anterior... Sin embargo, en cuanto comenzó a recordar a sus hijos y a pensar en el futuro, cosa que le obsesionaba desde hacía tiempo, su corazón se le estremeció de nuevo y de súbito unas lágrimas asomaron a sus ojos, que abrió asustado:

Lopajin seguía sentado como antes, algo encorvado, apoyando sus fuertes y anchas manos sobre las puntiagudas rodillas; pero en su rostro no se advertía ya la reciente maldad y tensión oculta. Sus claros y atrevidos ojos guiñaban socarronamente, y una sonrisa asomaba a las comisuras de sus labios.

Streltsov conocía ya esta expresión del rostro de Lopajin y sonreía sin proponérselo, pensando: «Seguro que está exasperando al tonto de Nekrassov».

Al poco rato, Streltsov se vio sumido en un sueño pesado y triste; pero también en el sueño su cabeza daba sacudidas y sus manos, apoyadas sobre el pecho, eran presa de un febril temblor.

Nekrassov le miró durante bastante rato, tragando en silencio el humo de su cigarrillo y moviendo con dificultad la nuez; luego arrojó bajo sus pies la colilla, que le estaba quemando las puntas de los dedos, y por último empezó a decir:

-¿Qué clase de combatiente va a ser él? Es una amarga realidad, pero ya no es un soldado. Mira las convulsiones que tiene; no podrá aguantar una ametralladora en las manos, y a pesar de ello le empujas para que se quede en primera fila. Lopajin, tú tendrás mucha persuasión pero poca cabeza...

-No hables por los demás; es mejor que cuentes lo de tu enfermedad secreta -dijo Lopajin, sonriendo, y miró expectante el curtido rostro de Nekrassov, cuyos pómulos empezaban ya a despellejarse.

-No hay motivo para reírse -replicó Nekrassov, despechado-. No viene a cuento. Si quieres saberlo, lo que tengo no es más que la enfermedad de las trincheras, eso es todo.

-¡La primera vez que lo oigo! ¿Qué clase de broma es ésta? -preguntó Lopajin, sinceramente asombrado-. ¿Algo así... como...?

Nekrassov, aburrido, se enfurruñó.

-No, no se trata en absoluto de la simpleza que pensáis. Esta enfermedad no es corporal, sino cerebral.

-¿Ce-re-bral? -exclamó Lopajin, separando marcadamente las sílabas-. ¡Vaya estupidez! No puedes sufrir esa clase de enfermedad, no tienes por qué, ¡no hay motivo alguno...!

-¿En qué consiste esa clase de enfermedad? Habla, no te calles ahora -interrumpió Kopytovsky, picado por la curiosidad.

Nekrassov hizo como si no hubiera oído las palabras de Lopajin; durante un buen rato se entretuvo haciendo dibujos sobre la arena con una ramita que había cortado, después se la pasó por sus gastadas botas, y finalmente, con auténtica desgana, empezó a decir:

-Verás cómo sucedió la cosa... Ya desde el invierno empecé a notar que algo cambiaba en mí. Ya no tenía ganas de charlar con los amigos, ni de afeitarme, lavarme y otras cosas. De lo único que me cuidaba escrupulosamente era de mi ametralladora, pero no me preocupaba lo más mínimo de mi persona. No hice nada para arreglarme el forro del cuello, que lo tenía roto, ni procuré en absoluto tener un aspecto aseado, e incluso te diré que no me cambié de ropa interior ni me lavé como es debido durante unos dos meses. «Un diablo que se pierde -pensé-, tanto da que se lave o no.» En una palabra, me volví triste y extremadamente nervioso. Vivo como en sueños, camino como si estuviera inválido... El teniente Zhmykov me amenazó con trasladarme al batallón de castigo, pero yo ni siquiera le escuché, ya tenía mi idea formada: ¡no me mandarían más allá del frente, ni podían rebajarme de soldado raso! Lo único que conseguí fue embrutecerme: evitaba a los camaradas, no me entendía ni a mí mismo, no había nada que me causara lástima, ni los compañeros, ni los amigos, ni yo mismo. Ya estábamos en primavera... ¿Recuerdas, Lopajin, cuando nos reagruparon y nos hicieron avanzar lo largo de todo el frente, y pasamos una noche en Semienovka? Pues fue entonces cuando me sucedió todo esto... por primera vez... A media compañía nos metieron en una isba y dormíamos amontonados, sentados, como podíamos. En la isba había una atmósfera irrespirable, hacía un bochorno asfixiante, y faltaba poco para que desfalleciéramos. Desperté a causa de una pequeña necesidad, me puse de pie, y se me ocurrió que probablemente estaba en una chabola y que para salir tenía que subir unos peldaños. Estaba despierto, lo recuerdo perfectamente, y me subí a una estufa... ¡Y en la estufa había una vieja decrepita que estaba durmiendo!; aquella mujer debería tener más de noventa años, y a causa de su vejez parecía estar cubierta de musgo...

De pronto, Kopytovsky hipó de un modo extraño, enrojeció y luego se puso azulado, y se llevó las manos a la boca, como si se asfixiara. Miraba a Nekrassov por entre los dedos, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas, estremeciéndose en silencio para contener la risa.

Nekrassov quedó cortado y Lopajin se enfurruñó; movió los labios con rabia, sin que Nekrassov se diera cuenta, y amenazó con su nudoso puño a Kopytovsky, mientras decía:

-Vamos, Nekrassov, continúa, no te dé vergüenza, que aquí, aparte de un necio, los demás somos comprensivos.

Vuelto de espaldas, Kopytovsky, ya normalmente muy dado a la risa, hacía ahora crujir sus tripas, roncaba y lanzaba pequeños silbidos, intentando por todos los medios acabar con el ataque de risa que le asaltaba. Nekrassov esperó a que Kopytovsky acabara de toser y, con la misma serenidad de antes en su rostro taciturno, prosiguió:

-¡Hay que ver lo que aquella anciana llegó a imaginarse!... Yo estaba al borde de la estufa, pero ella, vieja tiñosa, medio dormida y con el consiguiente susto, claro está, se puso muy nerviosa, y me dijo lastimera: «¡Hijo mío!, ¿qué se te ha ocurrido, maldito?», y me echó sus botas por las narices. Debido a sus años, esa «reina de oros» dormía, incluso en aquella estufa caliente, con las botas y la pelliza puestas. ¡Dios mío, daban ganas de reír y de llorar! Bueno, entonces, como me había dado dos veces con las botas en las narices, me espabilé y le dije: «Abuela, por Dios, no haga ruido y deja de dar patadas; de lo contrario, en mala hora, por tu vejez te podría ocurrir algo. Verás, es que estaba medio dormido y creía que salía de una chabola; por eso he subido hasta aquí. Perdona, abuela, por haberle molestado, pero no te preocupes lo más mínimo por tu virginidad. ¡Antes me coja el cólera!» En esto, bajé, pero a causa del sueño, me tambaleaba como si estuviera en la resaca de una borrachera y los oídos me ardían. «Madre mía -pensé-, ¿qué es lo que ha pasado? Y si alguno de los muchachos ha oído mi conversación con la vieja, ¿qué habrá pensado? ¡Por culpa de esa estúpida vieja me van a enterrar vivo con sus bromas!» Acababa de pensar esto cuando alguien me cogió por una pierna. Un comandante de transmisiones estaba durmiendo cerca de la estufa. Se había despertado, encendió una linterna y me preguntó muy seriamente: «¿Qué te ocurre? ¿Qué pasa?» Con buenas palabras le expliqué que me había dormido, que absurdamente había imaginado estar en una chabola y que, sin pretenderlo, había importunado a la viejecita. El dijo: «Camarada soldado, lo que tú tienes es la enfermedad de las trincheras. A mí me ocurrió lo mismo en el frente occidental. La puerta está, a la derecha; sal y procura no ir a parar al tejado para hacer tu necesidad: podrías romperte la cabeza».

»Afortunadamente, ninguna de los muchachos oyó nuestra conversación: estaban demasiado cansados y dormían a pierna suelta, de modo que todo acabó bien. Sin embargo, desde entonces, es rara la noche en que no me imagino encontrarme en una chabola, en un fortín o en un refugio. Esta es mi desgracia: si hay un toque de generala, inmediatamente me doy cuenta de lo que pasa, pero cuando me despierto por una necesidad particular, siempre empiezo a hacer cosas raras...

»La semana pasada, cuando hicimos noche en Stukachev, me las ingenié por todos los medios para meterme en una estufa. ¡En una estufa! Sólo un verdadero loco haría una cosa semejante... Por poco me asfixio allí. Donde quiera que me meta, ¡el acabose! No se me ocurrió dar un paso atrás, puse la cabeza en el ladrillo, y me acosté. Alrededor apestaba a quemado... "Bueno -pensé-, ha llegado mi muerte, me han sepultado con granadas". Un caso parecido me ocurrió en noviembre del año pasado, cuando me enterraron vivo en un fortín. Si entonces mis camaradas no me hubieran desenterrado rápidamente, lo más seguro es que en estos momentos estaría criando malas. Y ahí me tenéis, arañando el ladrillo con las uñas, doy un manotazo a la leña, me agito y grito con todas mis fuerzas: "¡Queridos camaradas! ¿Quién ha quedado vivo? ¡Vamos a desenterrar con nuestros propios medios!" Nadie me contesta. Únicamente oigo mi propio corazón que, a causa del susto, latía casi en la misma garganta. Fui tanteando con las manos, pues no llevaba la pala al cinto. Pensé que todos los demás muchachos habían podido desenterrarse, cosa que yo, solo, no lograría conseguir. Bueno, al darme cuenta de todo esto, me puse a llorar... Pensé: "¡Qué muerte tan absurda me acecha por segunda vez! ¡Morir de esta manera, en esta guerra...!" En aquel preciso instante noté que alguien me cogía de las piernas. Era el cabo primero. Me sacó arrastrándome y yo, que estaba de bruces, no advertí quién era. Al ponerme de pie sentí una gran alegría. "¡Gracias, muchacho, eres un tío grande, querido camarada, que nos has salvado de la muerte! ¡Apresurémonos a sacar a los demás; si no, morirán asfixiados!" El cabo primero, soñoliento aún, no comprendió una sola palabra de todo aquello; me agarró por un hombro y al oído, muy lentamente, me susurró: "Pero ¿cuántos estabais en la estufa y por qué diablos?" Luego, al darse cuenta de lo que pasaba, me llevó al refugio, me insultó con duras palabras y terminó diciendo: "He luchado en tres guerras, en las que he visto toda clase de cosas, pero lunáticos que en vez de andar por los tejados se metan en las estufas ajenas, es la primera vez que lo veo. Si tú mismo has visto que la patrona había sacado todo el combustible y la había cargado de leña, ¿por qué diablos te metiste allí?"

»Yo ya empezaba a recuperarme, y quise darle una explicación sobre mi enfermedad de las trincheras, pero él no quería escucharme, se rascó y bostezó, y luego, con su dulce acento ucraniano, dijo despacio: "¡Sufres alucinaciones, hijo del diablo! Mañana cubrirás dos servicios, por haber ido a hurgar en una estufa ajena y ofender así a la gente, y otros dos servicios más por buscar donde no se debe. La leche hervida y las *schtchi* que sobraron de la cena, se las llevó la patrona al sótano al anochecer. ¡Ni siquiera tienes un poco de observación militar!"

Kopytovsky se echó a reír y, en un olvido, se dio una palmada nuevamente en la desnuda cadera.

-¡Con qué juicio lo arregló todo el cabo primero! ¡Eso no es un cabo primero, sino todo un Tribunal Supremo!

Nekrassov le miró con cara de pocos amigos, y con mucha tranquilidad, como si estuviese hablando de otra persona, continuó:

-¡He probado todos los sistemas para conciliar el sueño durante las noches, pero es inútil! ¡Pasé días enteros sin probar el agua y sin llevarme a la boca comida caliente! ¡Absurdo! Antes del alba pego un salto

como impulsado por la voz de «¡firmes!» y entonces empiezo a vagabundear... Incluso esta misma noche me desperté antes del amanecer; llovía y yo tenía los pies mojados. Todavía soñando, esa maldita enfermedad de las trincheras me hizo pensar: «La chabola se ha inundado, habrá que sacar el agua que ha entrado durante la noche». Me levanto, y con las manos palpo un árbol. No me daba cuenta de que Mayboroda y yo nos habíamos echado a dormir bajo un álamo... Seguí tocando el árbol, y creyendo que era una pared; busco las escalerillas, porque quiero subir. Mientras estaba rodeando el tronco del álamo, pisé sin querer la cabeza de Mayboroda... ¡Vaya jaleo que armó! Se levanta de un salto, tira el capote, traga saliva y empieza a blasfemar y a soltar tales palabrotas, que hasta una mosca se hubiera muerto al oírlas. «¡Estúpido -me dijo-, eres un psicópata, que si tal y que si cual, que si te has vuelto loco de repente y por las noches trepas a los árboles como un mono! ¡Por lo menos no molestes a los demás seres vivientes y no andes por encima de sus cabezas; de lo contrario, cogeré el fusil y te agujerearé junto al árbol! ¡Te secarás como una manzana llena de gusanos!»

»El muy imbécil no quería comprender que le había molestado porque no estaba en mi sano juicio y que todo se debía a esa maldita enfermedad de las trincheras. Estuvo soltando palabrotas hasta que se quedó afónico de tanto gritar. Como comprendí que yo era culpable de aquello, me callé. Pero él recogió sus cosas, las envolvió en su capote y antes de irse a buscar un nuevo sitio en el bosque, como despedida, me soltó: "Mira qué suerte más perra: a los buenos muchachos los matan, y en cambio tú, Nekrassov, todavía sigues con vida..." Entonces ya no pude aguantarme y le dije: "¡Vete, por favor, no apestes más aquí! ¡Lástima que haya pisado tu estúpida cabezota con un solo pie, en vez de hacerlo con los dos y corriendo..." Y él, que es un tipo fuerte y robusto como un toro, vino hacia mí enseñándome los puños. Yo cogí el fusil ametrallador, di dos pasos hacia atrás, y le grité de lejos: "¡No te acerques, o te limpiaré la cara con una ráfaga! ¡Te haré papilla!" Por poco llegamos a las manos...

-Ya he oído esta noche cómo os piropeabais -observó Lopajin-. Pero ¿para qué nos cuentas todo esto? No entiendo....

-Todo lleva a lo mismo: necesito un descanso.

-Y los demás, ¿qué?

-De los demás no sé nada. Tal vez yo no sea tan fuerte como los otros -dijo Nekrassov en tono lastimero.

Estaba sentado con las piernas muy abiertas, y sus botas, de un color blanquecino, estaban estropeadas por las malas hierbas de la estepa; seguía haciendo absurdos dibujos sobre la arena con una fina ramita, sin levantar la cabeza, inclinada hacia el suelo.

Una fugaz refriega aérea se libraba a la izquierda, detrás del bosque, en aquel despejado cielo azul que desde la tierra parecía sólido y compacto. Ninguno de los que estaban sentados en el calvero había visto los aviones; sólo se oía, cómo en las alturas iban cruzándose el sonoro ruido de las ráfagas de las ametralladoras y los frecuentes y sordos disparos de los cañones.

Del conjunto de distintos sonidos y del conjunto de los motores se separó por unos momentos el ruido de un avión cazabombardero; al principio, fino y agudo, que se incrementaba hasta convertirse en un sonido ronco y rabioso, pero al poco rato cesó de repente. A lo lejos se oían los diferentes sonidos de disparos y explosiones, como si estuvieran desgarrando un tejido.

De pronto surgió de la franja izquierda del cielo una columna de humo inclinada; a su cabeza se divisaba la silueta de un avión que se precipitaba a tierra y cuyo fuselaje centelleaba bajo los rayos del sol. Poco después se oyó el estruendo de un golpe seco y rechinante en la otra ribera del Don.

Kopytovsky palideció visiblemente y murmuró:

-Ya va uno... ¡Madre mía, pero que no sea nuestro! Se me revuelve el estómago y me atraganto cuando veo caer a uno de los nuestros...

Permaneció unos instantes en silencio, y cuando se repuso de la primera impresión fuerte, miró receloso hacia Nekrassov, y ahora, con un tono de voz preocupado, le preguntó:

-Oye, esa enfermedad de las trincheras que dices tener..., ¿no es contagiosa? Porque a lo mejor se sienta uno a tu lado tranquilamente y en su sano juicio y luego, por la noche, empieza a trepar por donde no debe.

Nekrassov frunció el ceño, y exclamó despectivo:

-¡Imbécil!

-Eso es interesante. ¿Por qué soy imbécil? -preguntó Kopytovsky, muy maravillado.

-Porque con la salud que tú tienes no se te pegaría ni el carbunco, y menos aún una enfermedad cerebral.

Kopytovsky, al parecer muy halagado, adoptando una expresión juvenil, e hinchando el pecho, aspiró una bocanada de aire y, visiblemente orgulloso de sí mismo, dijo:

-Eso que dices es cierto, gozo de buena salud.

Nekrassov observó entristecido:

-Esos son los jóvenes que pueden combatir sin descanso, pero yo ya no puedo. Mis años no son los suyos, y me gustaría poder estar en mi hogar... Tengo cuatro chiquillos y, compréndelo, hace un año que no les

veo... He olvidado la cara que tienen, es decir, sus rasgos. Recuerdo vagamente sus miradas y veo el resto de sus figuras como a través de una neblina... A veces, por la noche, cuando no combatimos, me atormento tratando de imaginármelos, ¡pero no puedo! ¡Por más que lo intento, y aunque se me desgarran el corazón, no llego a imaginármelos! Y lo peor es que esto me pasa también con la mayor de los cuatro, Mashutka, que tendrá unos quince años... Tan inteligente, siempre la primera en la clase...

Nekrassov hablaba cada vez más sordamente y con menos claridad. Pronunció las últimas palabras tembloroso, casi afónico, y por último quedó en silencio, rompió la ramita con la que todo el rato había estado jugueteando y de pronto dirigió hacia Lopajin sus ojos brillantes por las lágrimas, al tiempo que sonreía como si quisiera disimular su estado de ánimo.

-Ya no hablo de mi mujer... Para eso no tengo palabras... Sólo puedo decir que hace tiempo que he olvidado cómo le huelen los sobacos...

Pálido, sin apenas poderse dominar, Lopajin miraba a Nekrassov con ojos llenos de rabia, y le escuchaba en silencio, hasta que al cabo de un rato, con voz queda y lenta, preguntó:

-¿De dónde eres, Nekrassov? ¿De Kursk?

Y también en voz baja y tosiendo ligeramente, Nekrassov repuso:

-De Kursk, cerca de Lebedyan.

Lopajin apretó sus dedos con fuerza y sin apartar la vista del entristecido rostro de Nekrassov, dijo sordamente:

-¡Da lástima escucharte cuando hablas de los niños, da verdadera lástima! ¡Oírte hablar como un amante padre y esposo...! Sin embargo, mientras los alemanes se apoderan de tu hogar y se quedan con tu familia, tú en lo único que piensas es en convertirte en un yerno más, aquí en la retaguardia: has buscado el momento más oportuno para... Bueno, pues descansa, llénate el buche de comida, diviértete con otra mujer, y deja que mientras tanto los alemanes labren la tierra de tu mujer, y que tus hijos se mueran de hambre como perros callejeros... ¡Total, nada! ¡Y aún dices que te has olvidado de las caras de tus hijos! ¿No te da vergüenza preocuparte sólo de tu propio pellejo? ¡Escucha, no vuelvas el morro! Dices que te gustaría estar en tu hogar, pero ¿cómo piensas estar allí? Entrando sobre tus piernas con la conciencia y el honor de un soldado, o arrastrando tu barriga como prisionero de los alemanes. Después te arrastrarás hasta la puerta de tu casa y moverás el rabo para alegrar a tu familia, pues nuestro héroe se siente fatigado de luchar, pero esta dispuesto a servir en cuerpo y alma al fascista alemán, ¿no es eso? Nekrassov, yo creía que eras un ruso auténtico, y por lo visto no eres sino un individuo de nacionalidad desconocida. ¡Vete de aquí, sapo infecto, no me hagas desbarbar!

A medida que Lopajin hablaba, su corazón se le iba endureciendo cada vez más; finalmente, se calló, y dejó salir el aire de sus pulmones con tanto ímpetu como si en el pecho tuviera el fuelle de un forjador.

-Quizá sería mejor que te marcharas, Nekrassov; de lo contrario, podría suceder que éste... te pegara sin querer -aconsejó Kopytovsky, seriamente preocupado, no por las palabras de Lopajin, sino por su forma de hablar, contenida y amenazadora.

Nekrassov ni siquiera se inmutó. Al principio escuchaba, ruborizándose lentamente, sin apartar su brillante mirada de los ojos de Lopajin, pero después apartó la vista, y tanto en sus mandíbulas como en su mentón y en los despellejados pómulos, apareció cierta palidez azulada.

Ahora permanecía silencioso, cabizbajo, y sus temblorosos, dedos jugueteaban con la correa del fusil ametrallador. Tan pesado se había hecho el silencio, que Lopajin fue el primero en no poderlo resistir, y con voz todavía más dura y áspera, se volvió hacia Kopytovsky:

-Bueno, y tú, Sashka, ¿qué? ¿Te quedarás?

Kopytovsky rasgó rabiosamente un pedazo de papel para liar un cigarrillo, y enarcó una ceja con enojo, mientras decía:

-¡Vaya otra pregunta difícil de contestar! ¿Partiremos en dos nuestro fusil? Si tú te quedas, también me quedará yo. Tú y yo somos como el pez y el agua... Iremos juntos hasta la victoria final. No puedo abandonarte; sin mí té morirías de nostalgia, no tendría a quien insultar. Yo tengo paciencia, y otro cualquiera no te aguantaría, según lo que dijeras.

A Lopajin se le encendió la mirada y algo nuevo brilló en sus ojos cuando se volvió un poco para mirar de soslayo a su ayudante.

-Eso es justo -dijo, en tono aprobatorio-. Eso es camaradería. Mi querido Sashenka, quédate junto a Streltsov mientras voy a ver al cabo primero. Es preciso comunicar a los jefes que nos quedamos, esto no puede hacerse a escondidas.

Nekrassov echó a correr para alcanzarle.

-¡Ya está bien! ¿Qué más quieres, yerno de mujerzuela? -dijo groseramente Lopajin, sin volverse.

Una vez le hubo dado alcance, Nekrassov, con voz apenas inteligible, dijo:

-He decidido... que yo también... ¡He decidido quedarme con vosotros, eso es! Con tanto cansancio y

tanta maldad, uno ya no sabe lo que piensa, y la locura le hace decir a uno cosas desagradables... Y tú, Lopajin, no tomes en cuenta todas las tonterías... ¿Cuánto hemos caminado juntos? Realmente no somos extraños, el uno para el otro... No tienes por qué enfadarte tanto, ¿me oyes, Pietía? ¡Ea!, ¿fumamos el cigarrillo de la paz?

El corazón de Lopajin resultó ser poco rencoroso para su compañero... Lopajin aceleró su paso, al mismo tiempo que le alargaba la petaca, y en un tono de voz más suave, murmuró:

-¡A lo que habría que invitarte es a un culatazo, y no a un cigarrillo! El diablo sabe lo que haces, y además dices unas tonterías, que hacen que uno pierda los estribos... ¡Ah, y no olvides que, cuando lías un cigarrillo con una petaca de otro, debes liarlo más delgado!

-¡Te juro que no sé liados delgados! -exclamó alegremente Nekrassov.

Lopajin se detuvo, lió un cigarrillo muy delgado y se lo dio a Nekrassov. Este lo cogió cuidadosamente con sus negros dedos sin doblar, lo examinó por todos los lados, le prendió fuego en silencio y, con un suspiro se puso a fumar.

18

Llegaron a la tienda del cabo primero muy a tiempo; a la entrada, en posición de firmes y con las manos en las costuras de sus pantalones, se encontraba Vasili Jmys, un servidor de ametralladoras. El cabo primero Poprishtchenko le estaba amonestando; tenía los ojos hinchados y enrojecidos, y sus párpados se movían con rapidez:

-¡Vaya unos héroes que nos han venido! No quieren respetar las reglas ni la disciplina militares, no tienen la menor idea del servicio militar y actúan como chiquillos en una feria. ¡No hay más que hacer que darles lo que se les antoja! ¿No sabes que el soldado tiene que comer el rancho y morirse cuando lo ordena el mando, y no cuando a uno le dé la gana?

Guardó silencio unos instantes, mirando fijamente al rostro del servidor de la ametralladora, y de pronto alzó el tono de voz:

-¡Sois unos granujas! ¡Todo os es posible! Bueno, ¿por qué has venido a mí, desalmado? ¿Es que cuento con una unidad de guerra o con un taller de carpinteros? ¿Acaso te has alistado como si estuvieras en una faena a destajo? ¿Qué derecho tengo yo para autorizarte a que te traslades a otra compañía? ¿Eh, qué derecho? Ahora te marcharás tú, mañana otro, y vamos a ver, ¿qué pasará después? Me quedará solo, y ¿voy a presentarme yo solo ante el coronel de la división? Le diré: «Camarada coronel, ¿ha visto alguna vez aun viejo imbécil? Tengo el honor de presentarme: el cabo primero Poprishtchenko. Había supervivientes en el regimiento, pero les dejé marchar a todos adonde les dio la gana, al igual que la mala gallina clueca que regresó a su corral sin sus polluelos... Quítame los galones de cabo primero y ordene que me cuelguen de la peor rama, pues me he ganado de sobra que me columpien...» ¿Es eso, Vasili Jmys? ¿Es ése el honor que me reservas para mi vejez de soldado? ¿No lo habías pensado, hijo del diablo?

El cabo primero juntó las yemas de los dedos, negros por la nicotina, y durante un buen rato las tuvo apoyadas en su encorvada nariz, mientras seguía diciendo al servidor de la ametralladora:

-Si por tu imbecilidad se te ocurre marcharte por las buenas, te consideraré un desertor. ¡Entérate! ¡Y tendrás que presentarte ante un tribunal, para responder de tu desertión! ¡Vete al diablo y no vuelvas más a mí con semejantes tonterías!

-Está bien, camarada cabo primero, no volveré más ante su presencia con semejantes tonterías -subrayó Jmys, y frunciendo sus finas cejas juveniles, giró a la izquierda sobre sus talones y entrechocó blandamente sus desgastados talones.

El cabo primero acompañó con la mirada su figura erguida y algo orgullosa, y abrió ampliamente los brazos.

-¿Habrás visto qué elementos nos han venido? -exclamó, con los ojos llorosos y sin dejar de parpadear y de soplar a través del bigote rojizo con incipientes canas-. Es el cuarto que se me presenta esta mañana, y todos con la misma canción. ¡El cuarto! No quieren ir a la retaguardia, desean quedarse aquí... Es posible que yo tampoco tenga muchas ganas de ir a la retaguardia, pero ¡debo cumplir las órdenes! -gritó de pronto, con aguda voz de falsete; luego, un poco más tranquilizado, prosiguió en un tono algo más sereno-. Acabo de ver al mayor que manda el treinta y cuatro regimiento. Ha ordenado dirigirse inmediatamente a la aldea de Talovsky, donde se encuentra el Estado Mayor de nuestra división. Me atreví a preguntarle qué sería, pues, de nosotros, y me dijo: «No te preocupes, viejo: si habéis conservado lo más sagrado en el combate, la bandera, no disolverán vuestro regimiento, sino que rápidamente alistarán nuevos hombres, complementarán los mandos y os enviarán de nuevo al frente, al lugar más importante.» -El cabo primero levantó el dedo índice y repitió:- «¡Al más importante! ¿Lo entendéis? Porque nuestra división, dijo el mayor, es de cuadros, ha sufrido todas las pruebas y ha demostrado saber resistir. Y una división así, a pesar de encontrarse muy maltrecha, no puede permanecer inactiva». Eso dijo el mayor, para que ahora vengan unos cuantos listos a

calentarme la cabeza con su heroísmo infantil... Lo que quieren es abandonar su unidad para vagabundear por el frente como los intrigantes entre bastidores... ¿Dónde se ha visto eso de que uno, por su propia cuenta, vaya de unidad en unidad? Y digo yo: ¿de qué va a saber ese niño de pecho, Vasili Jmys, dónde está el lugar más importante? Tal vez otra división coja esta defensa y ocupe nuestro puesto hasta el invierno, con lo cual no sería raro que se estuviera aquí sin dar golpe, sin que tenga que intervenir en ningún combate, y estarán aquí como el que cumple una condena. Por que, ¿quién sabe más, el mayor o ese bocazas de Vaska?

¡Todo se fue al traste! Los anteriores cálculos y planes de Lopajin se desmoronaron completamente con las irrefutables palabras del cabo primero.

Lopajin se quitó maquinalmente el casco y, con la palma de la mano, lo acarició por la parte recalentada por el sol. «El viejo de los demonios tiene toda la razón. ¿Cómo no he removido yo antes estas ideas en mi puchero? -pensó, sorprendido, mientras lanzaba una mirada al cabo primero-. Incluso es muy lógico que nos envíen a un lugar de responsabilidad, ya que es probable que los fascistas alemanes olviden esta zona. ¡Eso es lo que pasará, seguro! Están avanzando hacia el Este, y nos dejan de lado... Vaya, me equivoqué, y ahora no me queda otro remedio que echar marcha atrás.»

-Y vosotros, hijos míos, ¿a qué habéis venido? -preguntó, malicioso, con modales insinuantes, el cabo primero, y temiendo algo desagradable, esperó la respuesta estirando su cuello arrugado, con el mismo gesto que un gallo ante la pelea.

La inesperada pregunta hizo que Nekrassov se quedara con la boca abierta, mientras que Lopajin, limpiándose con la manga el sudor que corría por su frente, respondió, con aire de indiferencia:

-Vinimos a saber cuándo entraríamos en acción.

El cabo primero lanzó un suspiro de alivio.

Lopajin prescindió, a su pesar, de la decisión anterior, y también suspiró. Pero Nekrassov, inspirando aire con un silbido, susurró:

-¿Por qué ir con rodeos? ¡Díselo en seguida! ¡Habla, a nosotros no va a asustarnos!

- ¡Está todo dicho! -cortó Lopajin. Y volviéndose al cabo primero, añadió:- Manda que formen, no sea que tu taller de carpintería se deshaga por las costuras.

19

Hacia las seis de la tarde se efectuó el traslado a unos quince kilómetros de distancia, con un breve alto en el camino, precisamente cuando el calor empezaba a disminuir, e hicieron su entrada en una aldea situada en un valle de secano, muy poblado de sauces.

Desde este lugar hasta la aldea de Talovsky, donde se encontraba el Alto Estado Mayor de la división, quedaban aproximadamente siete kilómetros; sin embargo, ya antes de hacer la entrada en la primera, el cabo Poprishtchenko anunció que se pernoctaría aquí. Uno de los soldados comentó, no sin cierto descontento:

-¡Es temprano, para prepararse a pernoctar! Cabo primero, sería mejor que hiciéramos un alto para fumar un cigarrillo, y a la puesta del sol podríamos estar ya en Talovsky. ¿No es preferible?

E incluso hubo quien agregó:

-¡No hemos comido en todo el día! Allí podríamos acercarnos al puchero que tiene el jefe...

Poprishtchenko lanzó un bufido a través de sus grisáceos bigotes, y miró severamente a los que hablaban.

-¡Bueno, basta ya de charla y de discusión! No puedo presentarme ante el coronel con unos descalzitos hambrientos, ¿está claro? Pernoctaremos y pondremos un poco de orden en todo: hay que coser los harapos, zurcir, dejar las botas limpias, hacer un buen zafarrancho, dejar el armamento como un espejo, y también habrá que lavarse y limpiar los pelos de las barbas, para que por la mañana lo encuentre yo todo como un cristal. Pasaré una minuciosa revista, ¿entendido? Yo mismo obtendré del koljós lo que haga falta. No hay otra fuerza aquí más que la nuestra, de manera que no tenemos por qué ir mendigando de puerta en puerta. ¡No somos pordioseros! ¡Que quede claro y entendido que no permitiré que se deshonne al regimiento!

Encontraron al presidente del koljós en la dirección. El cabo primero entró en el edificio, mientras los soldados se sentaban a la sombra; algunos de ellos se arrastraron pesadamente hasta el pozo. Unos quince minutos más tarde escucharon voces en el interior de la casa: la juiciosa y casi suplicante del cabo primero y la otra, de tenor, por lo visto la del presidente, que no hacía más que repetir una y otra vez en todos los tonos: «No puedo. Lo dicho, no puedo. ¡No puedo, camarada cabo primero!»

-Parece que no se ponen de acuerdo. Lopajin, ve a ayudar al viejo -le aconsejó entonces Kopytovsky, que estaba escuchando.

Hacia rato que Lopajin prestaba atención a las palabras que salían del edificio; entonces se levantó y se dirigió, decidido, hacia la entrada.

Se hallaban en una pequeña habitación junto a la ventana; el presidente del koljós estaba sentado junto a los cristales de dicha ventana, pegados con tiras de papel de periódico, y llevaba echada sobre los hombros una guerrera militar muy gastada. Era un hombre joven en apariencia, y llevaba puesta una gorra sin estrella.

La manga derecha de la guerrera, vacía, la tenía sujeta a la cintura. El cabo primero se colocó frente a él, acercándose un taburete de forma que sus rodillas casi rozaban las del presidente, y como si quisiera hacer resaltar el tono afónico de su voz, le decía con aplomo:

-Tú ya has estado en el frente, y sin embargo, no quieres comprender nuestra situación; perdona que te lo diga, pero piensas como una mujer estúpida...

Al presidente le brillaban maliciosamente los ojos, que mantenía entornados, y torció en silencio los labios. Estaba bien claro que le molestaba aquella conversación. Lopajin los saludó y tomó asiento en el borde de un banco.

-¿De qué tratan ustedes? ¿Qué es lo que se discute?

Sin ni siquiera mirarle, el presidente le respondió en seguida:

-Vuestro cabo primero quiere que le entreguemos diversos artículos del almacén del koljós, y yo, la verdad, no puedo hacerlo.

-¿Por qué?,

-¡Ja! ¡Por qué! Porque el almacén está vacío. ¿Os creéis que sois los primeros que habéis pasado huyendo a través de la aldea?

-Nosotros no huimos -corrigió Lopajin, haciendo esfuerzos por contenerse; notó cómo en su interior se iba incrementando un odio hacia aquel hombre de ojos muy juntos y cuya voz se le antojó cada vez más presuntuosa. «Se le ha olvidado cómo se vive en el frente, ha dejado de luchar, no hace más que cebarse, y ahora, ¿qué demonios le importa la necesidad ajena? Ahora todo se lo echa a la espalda», pensó, dirigiendo una aguda y hostil mirada al cuello fuerte y enrojecido y a las mejillas tersas y bien afeitadas del presidente del koljós.

-Vosotros no sois los primeros en huir, ni seréis los últimos que veamos -repitió, obstinadamente, el presidente.

-Repito que nosotros no huimos -dijo secamente Lopajin-. Eso, en primer lugar, y en segundo lugar, somos los últimos. No hay nadie, detrás de nosotros.

-¡Para nosotros eso es lo de menos! ¡Cuántos os han precedido ya, y han hecho una limpieza como si hubieran ido barriendo con una escoba!

El presidente volvió el rostro hacia Lopajin, como si quisiera añadir algo; sin embargo, Lopajin se le adelantó para preguntar:

-¿Has estado en el frente?

-¿Te figuras que un cordero se me comió el brazo?

-¿Has tenido que retroceder?

-Hubo de todo. Pero jamás vi lo que estoy presenciando ahora.

-Comprende, cabeza de alcorneque, que no puedo dejar hambrienta a toda esta gente -replicó el cabo primero-. Soy responsable ante el coronel de cada uno de ellos, ¿entiendes? Escribe un vale, ya se encontrará alguna cosa; no es mucho lo que necesitamos.

Para mayor persuasión, el cabo primero puso su mano encima de la rodilla del presidente, pero éste retiró la pierna, sonriendo tranquilamente.

-¡Ay, cabo, cabo! ¿Cómo hacértelo entender, viejo? Te estoy hablando en ruso: no hay nada en el almacén, excepto ratones, aunque no lo creas. Y no me toques la pierna, que no soy una mujerzuela; además, mi pierna no es sensible a las peticiones, puesto que es artificial... Mi última palabra: daré dos kilo de mijo, eso es todo; pan ya encontraréis por las casas de aquí.

-¿Y qué quieres que haga yo con sólo dos kilos para veintisiete personas en activo, para todo el regimiento? Por otra parte, ¿con qué vamos a condimentar las gachas? Además, no permitiré que los soldados vayan de puerta en puerta pidiendo pan. ¿Está claro?

Lopajin miró la cara entristecida del cabo primero, y separó el banco, haciendo un leve ruido. El cabo primero le advirtió, haciendo un gesto:

-Lopajin, no te acalores.

-Vayamos al almacén -se limitó a decir el presidente del koljós.

Pisando con fuerza en el suelo y haciendo chirriar su pierna artificial cuando la arrastraba, se dirigió a la salida. Poprishtchenko le seguía satisfecho. Lopajin iba tras ellos.

Cuando llegaron junto al granero, el presidente dejó que el cabo primero entrara delante, y cogió a Lopajin por debajo del codo.

-Mira tú mismo, impulsivo, lo que nos ha quedado. No tengo ningún granero oculto, no voy a esconderos nada en absoluto. Al parecer, muchachos, sois buenos soldados, valientes, y os daría con gusto, una oveja para que la comierais, pero todo el ganado, grande y pequeño, fue evacuado ayer por orden del distrito. Sólo ha quedado lo que corresponde al uso particular de cada uno de los miembros del koljós. Os habría regalado mi propia oveja si tuviera una en casa, pero en mi hogar sólo se encuentra mi mujer y un pequeño gato.

Lopajin, en silencio, ayudó a abrir el gran candado y se introdujo en el almacén de granos, sumido en la penumbra. Únicamente en un rincón se amontonaba un poco de mijo. El cabo primero, al advertir la indecisión de Lopajin, le ordenó imperativamente:

-¡Muévete!

Agachándose, rojo de vergüenza y de tensión, Lopajin se puso a amontonar en el centro, con la ayuda de una pluma de ganso que encontró en el vertedero de granos, todo el mijo que encontró. Cuando hubo terminado, se levantó.

-En total habrá cerca de los tres kilos.

-Bueno, cogedlo todo, no lo vamos a dejar para simiente -dijo el presidente, con aire benévolo, sin quitar los ojos de Lopajin.

Mientras Lopajin seguía echando puñados de mijo en el macuto, el cabo primero sacó del bolsillo la delgada cartera sucia por el sudor, y moviendo los bigotes llenos de polvo, empezó a contar unos grasientos rublos.

-¿Cuál es su precio? -preguntó, mirando al presidente por el rabillo del ojo.

Este, riéndose, movió el brazo:

-De ninguna manera. No cobramos por esta insignificancia.

-Y nosotros no nos llevamos las cosas sin pagar, ¿entiendes? -El cabo primero dejó el dinero en el lugar donde se guardaba el mijo, y añadió respetuosamente:- Agradecemos su atención.

Acto seguido se dirigió hacia la salida.

-Los ratones se comerán tu dinero -comentó, sonriente, el presidente.

El cabo primero, no contestó. Una vez hubo traspasado el umbral, se dirigió a Lopajin, diciendo:

-Ya tenemos la base, pero el resto, ¿qué? En el cuento se dice que un soldado calentó gachas con un hacha, pero no deja de ser un cuento. ¿Qué haremos nosotros, minero? Unas sopas poco espesas sin condimento alguno y sin pan serían lo mismo que una boda sin novio. ¡Y los muchachos están que se mueren de hambre! Una situación sin salida -concluyó tristemente el cabo primero.

¿Una situación sin salida? ¡No existen situaciones sin salida! Esto, al menos, es lo que siempre había creído Lopajin, y es posible que la última frase del cabo primero le llevase a cometer alguna imprudencia... Unas alegres lucecitas brillaron en los claros ojos de Lopajin. ¡Diablos! Pero, ¿cómo no había caído antes en ello? ¿Cómo podía rendirse, cuando tenía en sus manos un triunfo tan importante como el de su atractivo personal y su gran éxito entre las mujeres, él, tan irresistible entre el bello sexo? Lopajin dio unas palmaditas en el hombro del cabo primero, que tenía un aspecto de profundo abatimiento, y le dijo:

-¡Poprishtchenko, lo principal es que no te desanimes! Déjalo todo de mi cuenta. Déjalo de mi cuenta. Ahora lo organizaremos. No prometo mucho para hoy; me dedicaré a estudiar la situación y a explorar el terreno, ¡pero mañana os alimentaré a todos! ¿De acuerdo? -y mientras decía esto, se acercó la palma de la mano a la nariz.

-¿Qué se te ha ocurrido? -quiso averiguar el cabo primero-. ¿No habrás pensado hacer algo que sea ilegal?

-Todo será absolutamente legal, doy mi palabra de servidor antitanque -aseguró Lopajin, sonriendo-. En este asunto, el único perjudicado seré yo. Tendré que prescindir un poco de mis principios morales, aunque la verdad es que se han debilitado un tanto de un tiempo a esta parte, y además estoy dispuesto a sacrificarme por mis compañeros.

-Habla claro y no me marees.

-Pues bien, ahora lo sabrás. ¡Un momento, camarada presidente!

Lopajin se acercó a él y clavó su mirada en la del presidente; al tiempo que jugueteaba con un botón de la guerrera del camarada, dijo, con mucho aplomo:

-Eres una buena persona y te hablaré con claridad: hemos de comer, sea como sea, ¿no es eso? Tú no puedes hacer nada para proporcionarme comida, ¿cierto? Pues entonces, ayúdanos de otra manera.

-¿Cómo?

-¿Hay en tu koljós alguna viuda o mujer de soldado que viva desahogadamente y que en su casa tenga, algunas cosas como gallinas, ovejas o cualquier otra clase de pequeños animales domésticos?

-Desde luego que las hay. Nuestro koljós no es de los pobres.

-Bueno, en tal caso, lo que debes hacer es instalarnos en la casa de una de estas ciudadanas acomodadas para que pernoctemos en ella. Una vez allí, corre de nuestra cuenta cómo hemos de tratarla. Pero, por favor, que no tenga cara de monstruo. Que tenga poco más o menos aspecto de mujer. ¿Comprendes?

El presidente guiñó un ojo maliciosamente y en seguida preguntó:

-¿Y que no tenga más de setenta años?

El asunto era demasiado serio para que Lopajin aceptase cualquier clase de bromas. Quedó algo pensativo y repuso:

-Setenta, hermano, quizá resulte demasiado, es un precio muy elevado; pero en caso de necesidad, de

sesenta ya serviría. ¡Hay que aceptar el riesgo! No obstante, sería de desear que fuera más joven...

-¿Qué dices? ¡Claro que es posible! -exclamó el presidente, frunciendo los labios-. Decides como un soldado. Dicen que a falta de pan buenas son las tortas, y que en el campo, el escarabajo es carne. Te llevaré, pero con la condición de que luego no te enfades conmigo...

-¿Por qué? -preguntó Lopajin.

-Aquí cerca vive la mujer de un soldado. Tendrá unos treinta años. Su marido es teniente, y está luchando. En su casa no hay nadie, pero tiene gallinas, gansos, patos, dos cerdos y una decena y media de ovejas. ¡Vive en la abundancia! Y lo más importante es que está ella sola, no tiene hijos ni a nadie. Mira, ¿ves?, es aquella casa con el tejado verde más allá de los álamos. Ahí es donde vive. Y su marido, antes de la guerra, trabajaba...

-No sueño con su marido por las noches -le interrumpió Lopajin, impaciente-. ¿Y qué ocurre? ¿Por qué puedo enfadarme? ¡La edad me va bien!

-Amigo, es una mujer dura. ¡Vaya si es dura!

-Bueno, eso no es tan terrible; otras parecidas se han doblegado -replicó Lopajin, seguro de sí mismo, y se volvió hacia el cabo primero-. ¿Das tu permiso para actuar, cabo primero?

Poprishtchenko hizo un gesto, con cansancio.

-Actúa: Aunque no estoy muy seguro de que no nos vayas a comprometer.

-¿Yo? ¿Comprometeros? -exclamó Lopajin, irritándose.

-Pues no creas que sería tan difícil. Cuando serví en el viejo ejército, aún era joven, hacía de todo, no vivía sin pecar. Bueno, cuando a veces uno se separaba de los demás para ir a casa de alguna amigueta, siempre se salía con alguna tortilla y una botellita de vodka; pero aquí hay veintisiete hombres... No hago más que pensar en cómo hay que tratar a esta mujer para que dé comida, no para uno solo, sino para otros veintiséis. Aquí, minero, hay que esforzarse. Yo diría que...

-No me duele esforzarme -aseguró Lopajin, con aire de modestia.

20

En la parte occidental del cielo, una nubecilla blanca con una aureola de color rosado parecía estar fija. El viento silbaba alrededor de aquella nube, y ondulaba su aureola rosada. Por encima de la nube, cuatro «Messerschmidt» se dirigían hacia el Norte. Descendieron un poco en cuanto hubieron rebasado la aldea, y al poco rato el viento trajo consigo el tableteo característico de las ametralladoras y de las sordas explosiones.

-A alguien le están zurrando por el camino. Alguno debe aburrirse ahora por allí... -dijo el soldado alto de cuello largo que había pescado cangrejos en la otra margen del Don.

Lopajin levantó la cabeza un instante, prestando atención a las explosiones no muy lejanas, y la bajó en seguida; después escupió sobre sus botas y se puso a limpiarse detenidamente, utilizando para ello un trozo de capote alemán.

Los soldados se instalaron bajo el tejado del granero. En mangas de camisa, sucias y malolientes por el sudor, se dispusieron a remendar los codos de sus descoloridas y gastadas guerreras, y luego hicieron lo mismo con los pantalones y los capotes; más tarde recompusieron y arreglaron cuanto pudieron el calzado. Uno de los soldados había encontrado por allí cerca un instrumento de zapatero remendón y un par de hormas y sedal. Kopytovsky demostró no ser mal zapatero: puso medias suelas a sus botas, por lo cual sus camaradas amontonaron las suyas junto a él, que farfullaba irritado: «¡Conque habéis encontrado un taller de zapatería!, ¿eh? ¡Habéis topado con un imbécil al que no tenéis que pagar! ¡Me voy a estar aquí dando martillazos hasta el amanecer!» Permanecía sentado en un tocón, con unos calzoncillos grises muy deshilachados y las piernas muy abiertas; clavaba furioso unas cuñas de madera de abedul en unas medias suelas de unas botas de Nekrassov. Este se hallaba a su lado, sentado en suelo con las piernas cruzadas, tratando de poner un remiendo en la pernera de los pantalones de Kopytovsky con una aguja completamente torcida, tarea en la que se mostraba bastante torpe. En sus manos iba que dando un costurón lleno de protuberancias, y Kopytovsky, dejando su trabajo, dijo, con espíritu crítico:

-Nekrassov, tú quizá tengas alguna idea de lo que es un sastre, pero careces de maña. Lo único que puedes hacer son colleras y bridas para caballos, pero nada de remendar pantalones de soldados... ¡Vamos! ¿Qué modo es ése de trabajar? ¡Es una burla para los pantalones, y no un trabajo! Cualquier piojo se matará si se cae por esta costura del tamaño de un dedo. ¡Eres un pintamonas y no un sastre!

-¡Menudos pantalones son los tuyos! -replicó Nekrassov-. ¡Sólo tenerlos en las manos da asco! Yo ya los remiendo, gastando el segundo repuesto antigás, y por mucho que me atormento, no se le ve el final esto... Habría que hacerte unos pantalones de hojalata, entonces aún servirían para algo. Sashka, ¿por qué no le hacemos unos tirantes a tus calzoncillos y quemamos los pantalones?

Kopytovsky puso sus ojos en blanco, mientras pensaba una respuesta cáustica, pero en aquel preciso instante, alguien gritó:

-¡Hermanos, que viene la patrona!

Todos callaron de repente. Veintisiete pares de ojos dirigieron sus miradas hacia la puerta, y sólo Streltsov siguió silbando suavemente y engrasando con cuidado el cerrojo desmontado del fusil ametrallador, sin levantar la cabeza, que mantenía inclinada.

Una mujer se acercaba majestuosamente al umbral de la puerta: era bastante alta, bella y corpulenta. Toda ella estaba bien proporcionada, tenía unas facciones hermosas, y su estatura rebasaba al menos en una cabeza al más alto de ellos. En medio de aquel silencio, alguien suspiró:

-¡Vaya, mirad eso!

Y el cabo primero, abriendo desmesuradamente los ojos, empujó de lado a Lopajin.

-¡Alégrate ahora, muchacho... ¡Eso no lo esperábamos!

Lopajin se estrechó cuatro agujeros su correa, se arregló inmediatamente los pliegues de la guerrera, y tras quitarse el casco, se alisó los cabellos con la palma de la mano. Irguiéndose completamente, como caballo que ha oído los clarines que llaman al combate, con sus ojos embelesados acompañaba a aquella mujer de imponente aspecto.

El cabo primero movía con desesperación los brazos, diciendo:

-¡Todo perdido! ¡Ahora mismo voy a ir a romperle los morros a ese presidente! ¡Para que se burle otra vez de nosotros, el hijo de puta!

Lopajin le dirigió una mirada difusa, y algo descontento le preguntó:

-¿De qué te asustas?

-¿Cómo que de qué? -se indignó el cabo primero-. ¿No has visto lo que viene?

-Lo veo. Una mujer de una pieza. Con faldas y todo lo demás. ¡Simplemente una maravilla y no una mujer! -exclamó Lopajin, admirado.

-¡De una pieza! ¡Maravilla con faldas! -refunfuñó enojado el cabo primero-. No es una mujer lo que viene, sino un monumento. ¡Da miedo mirarla! Vi una como ésta en una exposición agrícola de Moscú, antes de la guerra. En la entrada había una mujer de piedra, un monumento, y ésta no es menos... ¡Puf, Dios ha creado cada cosa...! -El cabo primero, escupiendo y blasfemando, arrastró a Lopajin a un rincón del granero y en voz baja le preguntó:- ¿Qué haremos ahora? ¿Nos mudamos?

Lopajin, muy seguro de sí mismo y mirándole de arriba abajo, le dijo, encogiéndose de hombros:

-¿De qué hablas? ¿Por qué habríamos de mudarnos? Haremos tal y como hemos acordado. Todo sigue como antes.

-¡Vamos, Lopajin, deberías limpiarte los ojos! ¡Mira bien! ¿No ves que tu cabeza apenas alcanza a los hombros de esa mujer?

-Bueno, ¿y qué?

-Que eres bajito para ella, ¿no lo ves?

Mirando el rostro demudado e incluso algo asustado del cabo primero, Lopajin sonrió con cierto aire de desprecio:

-Cabo, ya te han crecido las canas y desconoces lo que sabe cualquier mujer...

-¿Qué es lo que yo no sé? Puedo enterarme ahora...

-Pues que la pulga pequeña pica más fuerte y mejor, ¿comprendes?

El cabo primero, una vez disipadas algunas de sus dudas, en silencio y con oculto respeto, contemplaba a Lopajin, que parecía irradiar arrogancia y aplomo. Lopajin, frunciendo el ceño, dijo con alegre sonrisa:

-Cabo, ¿has estudiado alguna vez la historia antigua?

-No tuve ocasión. Para hacerme albañil no la necesité en absoluto. ¿Por qué me lo preguntas?

-En la antigüedad vivió un jefe supremo de los ejércitos llamado Alejandro de Macedonia, y más tarde, en Roma, vivió también otro gran jefe de los ejércitos llamado Julio César, cuyo lema era «Llegué, vi y vencí.» Yo comparto este lema, ¡y no me asusta lo más mínimo la estatura de esta ciudadana! ¿Das permiso para actuar, cabo primero?

-Desde luego, actúa, no puedo oponerme porque no tenemos otra salida. Pero te diré una cosa, minero: tú no morirás de muerte natural...

El cabo primero movió la cabeza con aire desconsolado, pero Lopajin le guiñó un ojo alegremente y puso su manaza sobre el hombro del viejo cabo.

-Todo saldrá a la perfección. ¡Cabo primero, no te haré ninguna faena, ni me la haré tampoco a mí! ¡Puedes estar seguro!

Lopajin realizó heroicos esfuerzos para atraerse la simpatía de la patrona: se ofreció para ayudarle a regar el huerto, y en vez de apartarse del pozo lentamente con los cubos llenos, como suele hacer un hombre de la estepa, iba de prisa, delante de la mujer, dando pequeños y alegres saltitos. Partía la leña de tal modo, que el

hacha hacía saltar en todas direcciones, las pequeñas astillas de abedul; sin pensarlo ni un instante, se quitó sus brillantes botas y se subió los pantalones hasta las rodillas, tras lo cual se dedicó con gran ardor, a limpiar el corral de verano de las vacas, hundiéndose hasta los mismos tobillos en el estiércol...

La patrona aceptaba con gusto todos estos servicios, al tiempo que contemplaba al fogoso Lopajin con alegre y pícaro sonrisa de sus ojos grises, y de vez en cuando se volvía para arreglarse, aunque torpemente, un pequeño pañuelo blanco que llevaba en la cabeza. ¡Si Lopajin hubiera visto entonces su franca sonrisa de quien está al cabo de todo...!

Los demás soldados, seguían sentados, como antes, bajo el cobertizo del granero, hablando a media voz. Cada cual estaba ocupado en lo suyo, sin embargo, no les pasaba desapercibido ni un solo movimiento de Lopajin y la patrona, en quienes tenían fija la mirada. El cabo primero era quien con más celo seguía los pasos de Lopajin. Se sentó en el asiento de una segadora que estaba averiada junto al granero, y desde allí observaba el patio como si fuese un jefe militar que seguía las incidencias de un campo de batalla. Vasili Jmys, el servidor de la ametralladora, guiñando un ojo a los demás soldados, le dijo en tono burlón:

-Camarada cabo primero, tiene usted un puesto de observación que ni el de un general. ¡Menuda vista ha de tener desde ahí!

El cabo primero rezongó, enojado:

-¡Calla, perra parturienta! Un hombre está haciendo todo lo posible por vosotros, y tú no sabes hacer otra cosa que ladrar.

El cabo primero seguía mirando a Lopajin con desconfianza, pero su rostro se iluminó cuando al volverse advirtió que la mujer llamaba con voz suave y cariñosa al fusilero antitanque que estaba cortando leña.

-¡Vaya hijo del diablo! ¡Es terrible entre las mujeres! ¡Ya ha conseguido que le llame por su patronímico! ¿Habéis oído que le ha llamado Pëtr Fedotovich? ¡Qué minero! Este no es de los que se pierden o se quedan huérfanos.

-¡Pica! -exclamó satisfecho Nekrassov, moviendo la cabeza y señalando a la mujer, mientras le daba un golpecito amistoso al cabo primero.

-¡Por supuesto que pica! Dime, ¿por qué no iba a picar? Es un bravo muchacho, y la estatura... a fin de cuentas, ¿qué importa? Para hacer buena pareja con esa mujer se necesitaría un hombre largo como la viga de un puente, o harían falta dos fornidos muchachos, colocados uno encima del otro, para que el de arriba llegara a la altura de ella... ¡Pero Lopajin no necesita de esos trucos, el muy hijo de perra! Por algo dicen que la chinche huele mal, aunque es pequeña. Actúa como un héroe, como ese jefe del ejército... -Al llegar a este punto, el cabo primero, arrugando los labios, miró de frente a Nekrassov y súbita e inesperadamente, preguntó: ¿Has estudiado alguna vez, por casualidad, historia antigua?

-Tengo muy pocos estudios -repuso Nekrassov con un suspiro-. No pude ni acabar la enseñanza primaria por culpa del maldito zarismo y de la pobreza de mis padres. No he tenido ocasión de toparme con la historia antigua. Y lo que no lo sé, no lo sé, no vaya presumir.

-¡Lástima que no hayas estudiado, lástima! -exclamó el cabo primero en tono de reproche, y con aire de superioridad se atusó el bigote-. Cuando era niño tampoco se me daban bien algunas asignaturas. Solía ocurrirme que cuando tenía que estudiar historia antigua, o cualquier otra materia desagradable, como la geografía, lo creas o no, ¡me daban hasta dolores de cabeza! De todas maneras, llega un momento en que se supera todo eso y uno va adquiriendo cada vez más educación y más instrucción, ¿comprendes?

-Claro que lo comprendo -afirmó resuelto Nekrassov, admirando la cultura del cabo primero, de la que antes no se había dado cuenta, debido a los avatares de la guerra.

-Por ejemplo, en la antigüedad vivió un famoso general, Alejandro,.. Alejandro... ¡Ay, endemoniada memoria! De repente no te acuerdas de un apellido... La memoria de un viejo es como una manopla usada... Alejandro...

-¿Suvorov? -preguntó tímidamente Nekrassov.

-Nada de Suvorov, sino Alejandro Makedonskov. ¡Ese era su apellido! ¡Me ha costado acordarme, con este ajetreo de mil demonios! Vivió bastante antes que Suvorov, en tiempos del zar Goroj, cuando aún había poca gente. Pues bien, ese Alejandro combatía de la siguiente manera: ¡Uno, dos y jaque mate! Su primer precepto ante el enemigo era: «Llegué, vi y hollé». Y dejaba tales huellas el hijo de perra, que a veces, el enemigo, al cabo de cien años todavía estornudaba sin haberse dado cuenta de nada. ¡Y a cuántos atizó! Pudo con los alemanes, los franceses, los suecos y hasta algunos italianos. Sólo se estrelló en Rusia, donde no pudo hacer nada, y por ello tuvo que retroceder. ¡Le quedó grande Rusia!

-¿De qué nacionalidad era? -preguntó Nekrassov, interesado.

-¿Quién? ¿Ese Alejandro? -La inesperada pregunta dejó atónito al cabo primero, que durante largos segundos se estuvo atusando el bigote, con la frente fruncida y murmurando: ¡Ah, maldita memoria! A un hombre de edad le ocurre lo mismo que a un alazán viejo: le llaman Serjo, y ni siquiera mueve la cola; se le han olvidado todos los nombres... -El cabo primero permaneció un rato pensativo y en silencio y luego dijo,

con decisión-. Debería tener su propia nacionalidad.

-¿Qué es eso de su propia, nacionalidad? -preguntó Nekrassov, admirado por la respuesta.

-Pues eso, que tenía la suya, eso es todo. Su propia nacionalidad y se acabó. ¿Está claro? Así es como lo explica la historia antigua. Tuvo su propia nacionalidad, y después todo ello se fue al traste y no quedó nada ni para simiente. Bueno, pero no tiene importancia. Lopajin y yo nos hemos acordado de este Alejandro, a causa de la actual circunstancia; le he dicho: «Mira, pequeño, no te vayas a quemar con esa mujer, no nos hagas una jugarreta con los alimentos.» Y el hijo del diablo sonríe y dice: «Tengo la misma costumbre que Alejandro Makedonskov: "Llegué, vi y hollé"». «Bueno, le digo, haga Dios que nuestro ternero siga siempre vivo; ve y actúa, y gánate a esa mujer de manera que al final se desprenda, al menos, de una oveja. ¡Que no sea menos!» Prometió cumplir la palabra, y por lo visto la cosa le va bien. ¿Has oído cómo le ha hablado? Le ha dicho: «Pëtr Fedotovitch, deme un cubo». En primer lugar, se le ha dirigido llamándole por su patronímico, y en segundo lugar le ha tratado de usted: Esto significa algo, ¿no es cierto?

-Por supuesto, tienes toda la razón -confirmó Neokrassov, satisfecho-. Y no estaría nada mal que pudiéramos comernos unos *stchi* frescos con un cordero pascual... La patrona tiene buenos corderitos en su granja. Especialmente hay uno que debe tener cerca de los cuatro kilos, no menos, de grasa. Si la patrona se desprende de un animal, sólo tenemos que cortar y abrir. Antes me he quedado atónito, viendo a ese animal cuando volvía de los pastos.

-El *borshtch* de cordero resulta muy sabroso cuando se guisa con berza tierna -señaló, meditabundo, el cabo primero.

-El repollo debe ser tierno, mientras que la patata ha de ser vieja para poder hacer un buen *borshtch* -exclamó vivamente Nekrassov-. La patata nueva no sirve en absoluto para cocerla bien.

-Se le puede echar patata vieja -admitió el cabo primero-. Y tampoco quedaría nada mal si agregáramos un poco de cebolla frita....

Vasili Jmys, que se les había acercado sin que ellos lo advirtieran, dijo quedamente:

-Antes de la guerra, mi madre, siempre que hacía *borshtch* iba al mercado y compraba cordero con riñones. ¡Para el *borshtch* resulta excelente! ¡Y si se le echa hinojo, toda la casa despidе un aroma tan delicioso!...

-El hinojo es demasiado fino. Lo importante es que tanto el repollo como los tomates estén maduros. ¡En esto consiste la verdadera gracia! -dijo el cabo primero, convencido.

-La zanahoria tampoco es mala cosa -exclamó Neokrassov, con aire soñador.

El cabo primero estaba a punto de añadir algo, pero de repente escupió y exclamó con rabia:

-¡Bueno! ¡Se acabó la charla! ¡Venga, a limpiar las armas! En seguida pasaré revista minuciosamente. Se empiezan charlas estúpidas, y cuando uno las escucha, se le revuelven las tripas...

22

La mayoría de los soldados se dispusieron a descansar en el patio, junto al granero. La patrona se preparó la cama en la cocina, mientras en una habitación separada de ella por un zaguán, se acostaron en el suelo el cabo primero, Streltsov, Lopajin, Jmys, Kopytovsky y cuatro soldados más.

Jmys y el soldado del cuello largo, al que habían puesto el apodo de Cazacangrejos, estuvieron cuchicheando durante bastante rato. Kopytovsky logró cazar a tientas una pulga, al tiempo que soltaba una palabrota a media voz. Lopajin fumó dos cigarrillos seguidos y guardó silencio. Al cabo de un rato, el cabo primero le dijo en voz baja:

-Lopajin, ¿duermes?

-No.

-¡Procura no quedarte dormido!

-¡No te preocupes!

-Para cobrar ánimos y energías, te convendría beber un poco de vodka, pero ¿dónde diablos conseguido?

Lopajin se rió en la oscuridad y dijo:

-Pasaré igualmente sin el vodka.

Se levantó y al desperezarse, se oyó cómo todos sus huesos crujían.

-¿Te vas ya? -preguntó el cabo primero en voz bastante baja.

-Bueno, ¿y para qué voy a estar perdiendo el tiempo aquí? -respondió Lopajin sin bajar la voz.

-¡Que tengas suerte! -exclamó con fervor el camarada Cazacangrejos.

Lopajin no respondió. De puntillas, en medio de aquella densa oscuridad, se dirigió a la entrada del vestíbulo, que comunicaba con el zaguán.

-En la casa dormimos los más hambrientos; los demás están en el patio -dijo Jmys a media voz, y bostezando ligeramente, se tapó la boca con la mano.

-¿Qué dices? -preguntó Kopytovsky, sorprendido.

-¡No pasará! ¡No pasará! -exclamó Jmys, con voz que le temblaba de risa.

Y en aquel momento, Akimov, tirador, del tercer batallón, hombre amargado y bilioso, que antes de la guerra había trabajado como contable en una gran empresa constructora de Siberia, exclamó:

-Le ruego, camarada Jmys, que ponga mucho cuidado en las palabras que emplea y que son sagradas para la humanidad. Por lo que he podido saber, es usted persona que ha finalizado la segunda enseñanza, un intelectual, pero sus maneras de expresarse son algo burdas, emplea las palabras con demasiada ligereza...

-¡No pasará! -exclamó de nuevo el joven Jmys, sin poder contener la risa.

- ¿Por qué graznas, lengua de estropajo? -dijo indignado Cazacangrejos-. ¡No pasará, no pasará, pero va avanzando lentamente! ¿No oyes cómo cruje el suelo? Sin embargo, tú continuas con el «no pasará». ¡Claro que pasará! ¡Y muy fácilmente!

Kopytovsky advirtió:

-¡Más bajo! Aquí lo importante es callar y roncar.

-Bueno, ya basta de ronquidos...

-Lo principal es el camuflaje y el silencio. Si el hambre no te deja dormir, haz como que duermes.

-¿Qué camuflaje, cuando a uno se le revuelven las tripas de tal modo que se las puede oír desde la calle? -gritó enfurecido Cazacangrejos-. ¡Vaya con los explotadores! ¡Malditos campesinos ricos! ¿Como es posible que no den de comer al soldado? ¿Cómo es eso? En la región de Smolensk, a veces sucedía que una mujer le daba al soldado sus últimas patatas. ¡Pero estas mujeres no te darían ni un puñado de nieve en pleno invierno! Seguro que en el koljós tienen ex kulaks... Y a ése, ¿qué le ocurre? ¿Anda o no anda? No se le oye.

-¡Ha ocupado la posición de salida, pero de toda formas no pasará! -exclamó Jmys entre risotadas.

-A usted, joven, la atmósfera del frente le ha perjudicado en extremo. Por lo que observo, es un hombre incorregible -dijo Akimov, indignado.

-¡Vamos, ya está bien, dejad de charlar! -ordenó, enfadado, el cabo primero.

-¿Por qué grazna como un ganso? Lo que debería hacer es lo que cualquier viejo: estar echado y sorberse los mocos... La verdad es que nosotros no tenemos un cabo primero, sino a una fiera encadenada...

-¡Mañana verás tú la fiera! ¿Crees que no te he reconocido por la voz, Nekrassov? ¡Por mucho que cambies la voz, te la reconozco!

Durante algunos minutos sólo se oyeron en la estancia algunos ronquidos; por último, Cazacangrejos dijo con impaciencia:

-¡No avanza! ¿Qué estará haciendo ahí en el dintel? ¡Ya podría ir más rápido! Hasta que no salga de la línea de fuego, nos va a tener en un puño. ¡Oh, Señor, vaya tortura nos ha enviado! ¡Mañana por la mañana no habrá llegado al zaguán!

Quedaron de nuevo en silencio, hasta que Cazacangrejos, con voz desesperada, dijo:

-¡No, no se mueve! ¿Se habrá acostado? Y ¿por qué?, ¿O es que ella habrá colocado una alambrada en la cocina?

El cabo primero se incorporó ligeramente, y, agotada ya su paciencia, exclamó:

-¡Callaos, hijos del diablo!

-¡Vaya, aquí está uno igual que bajo los morteros alemanes...! -murmuró entre dientes Cazacangrejos, y se calló; Kopytovsky, con su palma de la mano, ancha y negra, le tapó la boca...

Aún transcurrieron unos largos minutos, de angustiosa espera, hasta que al fin les llegó desde la cocina la voz enojada de la patrona, así como un ligero ajetreo que duró breves instantes; algo se cayó, produciendo gran estruendo, y se oyó el ruido de cascos rotos estrellándose contra el suelo; en seguida sonó un fuerte portazo, y la puerta chocó tan fuertemente contra la pared, que empezaron a caer trozos de estuco y empezó a tintinear un reloj que estaba colgado encima del baúl.

Abriendo la puerta con la espalda, Lopajin entró en la habitación tambaleándose y dio unos pasos rápidos e indecisos; apenas podía tenerse en pie, y parecía un milagro que se sostuviese en mitad de la estancia...

El cabo primero se incorporó con viveza juvenil, encendió la lámpara de petróleo y la levantó por encima de su cabeza. Lopajin seguía de pie, con las piernas muy separadas. Tenía una hinchazón negro azulada en el ojo derecho, que mantenía casi cerrado, mientras que el izquierdo despedía chispas. Todos los soldados, que se encontraban tumbados en el suelo, se incorporaron inmediatamente como si obedecieran una orden. Sentados sobre sus capotes, todos observaban a Lopajin en completo silencio. Resultaba evidente que no había nada que preguntar: el ojo hinchado y el chichón que Lopajin tenía en la frente, del tamaño de un huevo de gallina, hablaban por sí mismos, sin necesidad de otra explicación...

-¡Alejandro Makedonskov! ¡Pulga miserable! ¿Qué talla sorpresa? -exclamaba el cabo primero entre dientes, lleno de ira.

Lopajin se palpaba con cuidado el chichón que tenía sobre la ceja derecha y que iba creciendo por momentos, e hizo un gesto de displicencia:

-¡Un error imprevisible! Sin embargo, hermanos, ¡qué fuerza la de esta mujer! ¡No es una mujer, es una

maravilla! No he visto otra igual. Es un boxeador de primera categoría, un verdadero luchador de los pesos pesados. Por suerte ya estoy acostumbrado a los platos fuertes, tengo fuerza en los brazos, e incluso levanto sacos de un quintal de peso y los arrastro adonde sea, pero ella me ha cogido de las piernas, por encima de las rodillas y por los hombros, y me ha dicho: «¡Vete a dormir, Pētr Fedotovitch, o te tiro por la ventana!» «Bueno, le digo, eso ya lo veremos.» Y lo vi... Tanto afanarme, y ahí tenéis... -Lopajin, con la cara crispada de dolor, se palpó aquel chichón de color lila que tenía sobre la ceja y añadió:- Y ha sido una suerte que diera con la espalda contra la puerta, podía haber dado contra el canto y hubiera sido peor... Bueno, como queráis, pero yo, si aún sigo vivo después de la guerra, volveré a esta aldea y le daré su merecido a esta mujer, aunque sea en presencia del teniente. ¡Esto es un tesoro, no una mujer!

-¿Y qué será ahora de la oveja? -preguntó Nekrassov con abatimiento.

Por toda respuesta hubo un estallido tal de carcajadas, que Streltsov, levantándose sobresaltado, se dirigió rápidamente hacia su fusil ametrallador que tenía a poca distancia de donde estaba echado.

-¿Nos alimentará mañana tu tesoro? -preguntó el cabo primero, sin poder disimular su rabia.

Lopajin bebió del agua tibia de la cantimplora, y al dejarla respondió tranquilamente:

-Lo dudo.

-Entonces, ¿para qué nos has hecho sudar tanto y nos has mareado de esta manera?

-Pero ¿qué es lo que pretendes de mí, camarada cabo primero? ¿Quieres, tal vez, que vuelva a visitar a la patrona? Preferiría enténdermelas con los tanques alemanes. Y si estás tan impaciente, ve tú mismo. A mí me ha hecho un chichón, pero estoy seguro que a ti te hará una docena. ¿Quieres que te acompañe hasta la cocina?

El cabo primero escupió, blasfemó entre dientes y se puso la guerrera. Una vez vestido, y sin dirigirse a nadie en particular, como si hablara consigo mismo, murmuró con aire taciturno:

-Vaya ver al presidente del koljós. No saldremos sin desayunar. No puedo presentarme ante el mando diciéndolo, a modo de saludo: «Alimentad a estos desarrapados». Estad tranquilos, regresaré pronto.

Lopajin se recostó en el lugar que le estaba reservado, puso los brazos debajo de la cabeza, y con el sentimiento del deber cumplido, dijo:

-Bueno, ahora ya se puede dormir. Mi ataque ha sido rechazado. He efectuado una retirada en orden, aunque con algunas pérdidas, y ante la clara superioridad de las fuerzas enemigas, no repetiré el asalto a la fortaleza. Sé que os vais a reír de mí, muchachos, durante dos meses -quien sobreviva dos meses-; pero ahora sólo os pido una cosa: que lo hagáis a partir de mañana, ya que ahora lo que hay que hacer es dormir.

Sin esperar respuesta, Lopajin se tumbó de lado, y al cabo de unos segundos ya estaba sumido en un profundo sueño, igual que un niño.

23

Por la mañana temprano, Kopytovsky despertó a Lopajin:

-¡Levántate para desayunar, pulga maldita! ¡Vamos, pequeña pulga!

-¿Cómo ha de ser una pulga? El, Alejandro Makedonskov... -dijo Akimov mientras frotaba con un trapo una cuchara de aluminio.

-El, protector de los pueblos, terror de las mujeres -agregó Jmys-. Sin embargo, ayer no pasó, tal como yo dije.

-¡Confía en un protector semejante, y te morirás de hambre! -exclamó Nekrassov.

Lopajin abrió los ojos y se incorporó. Su ojo izquierdo miraba como siempre, aguda y vivazmente, pero su ojo derecho continuaba teniendo el ribete azulado del hematoma, y tan sólo percibía la luz a través de una pequeña rendija.

-¡Te ha tratado bien la mujer! -dijo Kopytovsky, frunciendo el ceño, y se dio media vuelta para que el otro no le viera reírse.

Lopajin sabía perfectamente que la única manera de salvarse de las burlas de sus compañeros, era la de guardar silencio. Silbando con indiferencia, sacó una toalla del macuto y un pedacito de jabón y salió afuera. Junto al pozo, los soldados se lavaban apretujándose unos a otros, y en un pequeño jardín que estaba allí junto, sobre la hierba, se encontraban esparcidos los macutos y sobre éstos, los pucheritos, platos y escudillas correspondientes. No muy lejos ardía una gran hoguera. La gran olla de la brigada, colgaba de una viga de hierro. La patrona, muy arreglada, cuidaba del fuego, inclinando su robusto talle, mientras con una cuchara de madera removía lo que se estaba cociendo en el puchero.

A Lopajin todo esto le pareció un sueño. Hizo una dolorosa mueca y se frotó los ojos. «¡Maldita bruja!», pensó, pero en ese preciso instante llegó hasta sus narices un olor a sopa de carne, y Lopajin se encogió de hombros y salió al porche. Acercándose a la hoguera, dijo con galantería:

-Buenos días, Natalia Stepanovna.

La patrona se irguió, le dirigió una penetrante y aguda mirada, y se inclinó nuevamente sobre el puchero.

Sus mejillas se ruborizaron ligeramente, e incluso en su grueso cuello blanco aparecieron algunas manchas rojas.

-¡Hola! -dijo ella, en voz baja-. Bueno, perdóneme, Pëtr Ferlotovich. Tiene un morado que no presenta buen aspecto... ¿Acaso sus camaradas estaban escuchando anoche?

-No tiene importancia -repuso Lopajin, con suficiencia-. Los cardenales adornan la cara de un hombre. Claro que usted debería emplear sus puños con más acierto, pero ahora ya no hay remedio. No se preocupe por mí, se me pasará. El perro sale y encuentra un hueso... yo fui a verla a usted y encontré un morado y un chichón. Lo nuestro, Natalia Stepanovna, es cosa de solteros....

La patrona se irguió nuevamente, dirigió una clara mirada a Lopajin, y moviendo las cejas con un gesto, severo, le habló en estos términos:

-Eso es lo malo, que está usted soltero. ¿Cree usted que porque mi marido se encuentre en el ejército, tengo yo que comportarme como una infame? Fue por ello, Pëtr Fedotovich, que yo me vi obligada a mostrarle la eficacia de mis puños, ya que Dios no me ha privado de fuerza...

Lopajin miró asustado, con su ojo sano, a la patrona, que tenía los suyos entornados y le preguntó:

-Desde luego, y le pido perdón por mi atrevimiento. Pero, dígame: ¿cómo es su marido? ¿Cuál es su estatura?

La patrona midió con la mirada a Lopajin y sonrió:

-La misma que la de usted, Pëtr Fedotovich, sólo que él es algo más grueso.

-Seguro que estarían continuamente peleando, como gato y perro.

-¿Qué dice? Pero, ¿qué está diciendo, Pëtr Fedotovich? Vivíamos tan sólo el uno para el otro.

Los prominentes pómulos de la mujer se tiñeron de carmín. Se volvió de espaldas y se secó una lágrima con el pico del pañuelo, al tiempo que sonreía maliciosamente y, mirando a Lopajin, le dijo con los ojos muy abiertos:

-¡Como mi marido no hay otro en el mundo! Es una persona excelente, trabajadora, sosegada; sólo tiene el defecto que cuando bebe un poco más de la cuenta se pone algo nervioso. Sin embargo, nunca he ido a quejarme al miliciano del distrito; cuando empezaba a armar jaleo, yo sabía cómo arreglármelas con él. No le pegaba fuerte, sino así, cariñosamente... Ahora está herido, en el hospital de Kybishev. Tal vez le dejen venir a casa para que se restablezca.

-Seguro que le darán permiso -afirmó Lopajin-. Pero, dígame, ¿por qué usted, Natalia Stepanovna, está preparando la comida para toda nuestra gente? Hay algo que no comprendo...

-No hay nada que comprender. Si usted, ayer, me hubiera explicado el asunto claramente y le hubiera dicho al presidente del koljós que su unidad había estado batiéndose valerosamente con los alemanes cerca de la aldea de Podyemsky, yo no estaría preparando ahora la comida para ustedes, sino que ya lo habría hecho ayer mismo. Nosotras, las mujeres, pensábamos que ustedes huían a la desbandada y que no querían defenderse del enemigo, y habíamos decidido que a los que huyeran del Don y se retiraran, por nosotros ya podían morir los muy malditos: no les daríamos ni un mendrugo de pan ni una gota de leche. Por el contrario, a los que marcharan hacia el Don para defendernos, a éstos les daríamos de comer aunque no lo pidieran. Y así lo hemos venido haciendo. Ignorábamos que ustedes habían combatido en Podyemsky. Anteayer, las mujeres de nuestro koljós llevaron avituallamiento al Don, y al volver nos dijeron que corría la voz de que nuestras fuerzas habían sufrido muchas bajas en la otra orilla del río, pero que también los alemanes habían caído a montones, y que estaban diseminados por el campo de batalla como la leña. Si hubiéramos sabido que eran ustedes los que habían luchado de esta forma, les habríamos recibido de otra manera. Su jefe, el rojizo, el viejo canoso, ha ido esta noche a ver al presidente, y le ha dicho lo mucho que habían sufrido. Pues bien, al romper el alba, el presidente ha venido a todo correr a mi patio. «Natalia, hemos metido la pata -me dijo-. No son hombres que huyen, sino héroes. Mata unas cuantas gallinas, asa una pierna de cordero para que los muchachos coman lo que quieran.» Me explicó cómo se defendieron en Podyemsky y las pérdidas que sufrieron, y ahora mismo estoy asando una pierna de cordero; y he matado ocho gallinas que ya se están cociendo. ¿Acaso vamos a escatimar los alimentos a nuestros defensores? ¡Lo daríamos todo con tal de que los alemanes no llegaran hasta aquí! ¿Y hasta cuándo va a durar la retirada? Ya deberían empezar a afianzarse... No se ofenda por la dureza de mis palabras, pero da pena verles...

-¿De modo que no hemos acertado con la llave de su cerradura? -preguntó Lopajin.

-Eso mismo -sonrió la patrona.

Lopajin refunfuñó despechado, hizo un gesto con el brazo y se encaminó hacia el pozo. «Algo me va mal con el amor, últimamente», reconoció con tristeza, mientras caminaba por el sendero.

El coronel jefe de la división, Marchenko, que había resultado herido en los alrededores de Serafimovich, después que aquella mañana le hubieron cambiado el vendaje del antebrazo y de parte de la cabeza, se

dispuso a descansar. Debido a la pérdida de sangre y a las largas noches de insomnio, sentía una gran debilidad y una profunda somnolencia. Pero apenas había quedado sumido en un profundo sueño, alguien llamó a la puerta suave pero insistentemente. El comandante de Estado Mayor, Golovkov entró en la habitación en penumbra, sin esperar el oportuno permiso.

-¿Duermes, Vasili Semionovich? -preguntó.

-No. ¿Qué querías?

Golovkov, prematuramente, gordo como un tonel, y bajo de estatura, se acercó a la ventana con pasos apresurados, se sacó las gafas y, después de limpiarlas con un pañuelo, de espaldas a Marchenko, dijo con voz quebrada:

-Ha llegado el treinta y ocho...

-¡Ah!... -Marchenko se incorporó inmediatamente en el catre y rechinó los dientes; un agudo dolor en la sien estuvo a punto de hacerle caer de espaldas.

Se acostó de nuevo, y reuniendo todas sus fuerzas, preguntó con extraña voz:

-¿Y cómo...?

De algún lugar lejano le llegó la voz de Golovkov, harto conocida, que respondía:

-Veintisiete combatientes, de los cuales cinco se hallan levemente heridos. Los ha conducido el cabo primero Poprishtchenko. La mayoría pertenecen al segundo batallón. La parte material, ya sabes... Se ha conservado la bandera del regimiento. Están esperando formados. -Y acercándose a su oído, añadió:- No te levantes, Vasias, yo les recibiré. ¡No seas loco y no te levantes, podría hacerte daño! ¡Estás blanco como la cera! ¿Crees que es posible ir así?

Marchenko permaneció sentado en su catre durante unos segundos, pasándose la ennegrecida mano por el vendaje de la cabeza. Por su sien derecha descendían unas gotitas de sudor. Haciendo un postrer esfuerzo, levantó todo su huesudo cuerpo y dijo secamente:

- Saldré a recibirles. Sabes, Fiodor, que antes de la guerra estuve sirviendo bajo esa bandera por espacio de ocho años... Yo mismo iré a recibirles.

-¿Y no te caerás como ayer?

-No -respondió Marchenko.

-Tal vez convendría que alguien te sostuviera por el brazo.

-No. Vete a decirles que no hace falta que den la novedad, y que saquen la bandera.

Marchenko salió afuera y descendió poco a poco y con sumo cuidado los inseguros peldaños, apoyando su mano en la barandilla; cuando puso el pie en tierra, los veintisiete pares de botas de aquella formación de soldados, taconearon sordamente y al unísono.

Como si estuviera ciego, pisaba primero con la punta del pie y luego apoyaba toda la planta en el suelo; por último se enderezó y se encaminó, despacio, hacia la formación. En medio del profundo silencio, sólo se oía la respiración contenida de los soldados y el crujir de la tierra bajo los pies del coronel.

Este se detuvo y contempló, con su ojo no vendado, negro como la antracita, centelleante y escudriñador, el rostro de cada uno de los soldados; inesperadamente, con voz sonora, exclamó:

-¡Soldados! ¡La patria y Stalin jamás olvidarán vuestras hazañas y vuestros sufrimientos! Gracias por haber conservado la bandera, la reliquia del regimiento.

El coronel estaba emocionado y no podía ocultarlo; su mejilla derecha tenía una especie de tic nervioso. Tras una breve pausa, prosiguió la alocución en los siguientes términos:

-En el año 1919, nuestro gran Stalin rindió honores militares a esta bandera por dos veces, cuando se encontraba en el frente del Sur y su regimiento se batía contra las huestes de Danikin. El camarada Frunse vio esta bandera en Sivasch. Los camaradas Vorochilov y Budeny han visto esta bandera desplegada en muchas ocasiones...

El coronel levantó sobre su cabeza el puño cerrado de su sucia mano. Su voz, henchida de apasionada fe y tensa al máximo, creció y sonó como una cuerda musical tensa.

-Aunque el enemigo celebre temporalmente sus éxitos, la victoria será nuestra. ¡Llevad vuestra bandera a Alemania! La desgracia caerá sobre ese maldito país, que ha producido tantos saqueadores, violadores y asesinos, cuando en los últimos encuentros en suelo alemán, se desplieguen las insignias de nuestra bandera..., ¡de nuestro gran ejército de liberación! ¡Gracias, soldados!

El viento hacía ondear la dorada bandera que pendía del asta. El coronel se acercó a ella en silencio e hincó la rodilla en el suelo. Durante un segundo, su cuerpo vaciló y tuvo que apoyarse en tierra con los dedos de su mano derecha en la húmeda arena; pero, superando en seguida aquella debilidad, irguió su cuerpo, inclinó con veneración su cabeza vendada y apretó sus temblorosos labios contra aquella bandera de paño aterciopelado que olía a pólvora, al polvo de los lejanos caminos y al inevitable ajeno de la estepa...

Lopajin, con las mandíbulas apretadas, permanecía inmóvil, y sólo cuando escuchó un ligero sollozo a su derecha, volvió la cabeza; al cabo primero Poprishtchenko, el veterano de la guerra, le temblaban los

hombros, pero continuaba en su posición de firmes; de sus ojos entornados caían unas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas ya marchitas. Pero por la disciplina del reglamento, no movió la mano para secárselas; tan sólo poco a poco iba inclinando cada vez más la cabeza...